

EDIFICACIÓN

Gino I a f r a n c e s c o V.

© **Edificación**

Gino Iafrancesco V., 1987.

Bogotá D.C., Colombia.

Transcripción:

Iván Darío Páez Torres.

Revisada por el autor.

Cristianía ediciones.

Impreso en:

Dupligráficas Ltda.

Calle 18 Sur No. 5-70

Tel.: 239 70 89 - 272 3164

San Cristóbal, Bogotá D.C., Colombia.

Generalmente las citas bíblicas se hacen con base en la versión de 1960 de la traducción castellana de Reina y Valera.

Clasifíquese: Teología.

PREFACIO

El presente libro: “**Edificación**”, está conformado por la transcripción de casi un centenar de dosificadas emisiones radiales en serie de Gino Iafrancesco V. durante el año 1987, en su programa radial con el mismo título, entregadas al aire desde Bogotá, Colombia. Las transcripciones de las grabaciones fueron realizadas por Iván Darío Páez Torres, y revisadas por el autor.

Se presentan aquí estos mensajes para un público más amplio y para un espacio y tiempo más prolongados, si Dios así lo quiere, como registro de testimonio dado al cuerpo de Cristo, y a la humanidad en general. El autor no pretende ser original en todas las cosas y detalles, sino simplemente transmitir para sus hermanos más jóvenes, lo que es patrimonio de la Iglesia en su sentido más universal.

Cortina

“...a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento de Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:12,13).

CONTENIDO

- (1) Todo el consejo de Dios
- (2) La Suma de la Palabra
- (3) Piedad y conocimiento de la verdad
- (4) Consulta y tropiezo
- (5) Grosura de corazón y entendimiento
- (6) Sobre el altar
- (7) Revelación
- (8) La Iglesia edificada sobre Cristo confesado y revelado
- (9) El Espíritu revela el Misterio de Cristo
- (10) Conocer según el Espíritu
- (11) La revelación escrita
- (12) Forma y substancia
- (13) Guardar el buen depósito evitando la gnosis
- (14) Lo que habéis oído desde el principio
- (15) Candelabro y depósito
- (16) El misterio de la Fe una vez dada a los santos
- (17) Aquella Fe que iba a ser revelada
- (18) Acuérdate
- (19) Edificación de Dios en vez de heterodidascalías
- (20) Oikonomía
- (21) Salvos para el propósito de la voluntad divina
- (22) Beneplácito divino
- (23) Encabezamiento crístico
- (24) Administración delegada
- (25) Evangelio, economía y propósito
- (26) Economía e Iglesia
- (27) La pregunta por la administración
- (28) En qué consiste la economía divina

- (29) Dios, gracia y misterios
- (30) El Ungido
- (31) Dispensarse del mismo Dios Trino
- (32) Ecónomos
- (33) Tres clases de ecónomos
- (34) Objeto de la administración
- (35) Ministerio del Nuevo Pacto
- (36) Para la obra de la edificación del cuerpo de Cristo
- (37) Vida y edificación
- (38) Pareja
- (39) Elementos primordiales
- (40) Nuestro disfrute
- (41) Alimento de vida
- (42) Bebida y respiración
- (43) Nutridos
- (44) Aliento
- (45) Gracia, amor y comunión
- (46) Jesucristo y gracia a nuestro espíritu
- (47) Dispensarse divino al hombre redimido corporativo
- (48) El Padre revelado por el Hijo
- (49) El Hijo Creador, Sustentador, Redentor y Señor
- (50) Co-existencia del Verbo Divino con Dios
- (51) La Persona de la Sabiduría Divina
- (52) La voluntad, función del alma
- (53) La mente, función del alma
- (54) La emoción, función del alma
- (55) Distintas clases de emociones del alma
- (56) Constitución tripartita del hombre
- (57) Antropología y hamartiología del espíritu humano
- (58) El espíritu y el alma humanos tras la caída
- (59) Carne y naturaleza pecaminosa

- (60) Hamartiología
- (61) Las trasgresiones y el pecado
- (62) La ley del pecado en mis miembros
- (63) Triplicidad
- (64) Cristología y soteriología
- (65) Cristología, soteriología y pneumatología
- (66) Encarnación del Verbo Divino
- (67) Kenosis y concepción virginal
- (68) Desarrollo humano del Verbo de Dios
- (69) Vivir humano santificante y perfeccionante del Hijo
- (70) Tentado en todo, pero sin pecado
- (71) En semejanza de carne de pecado
- (72) Preámbulo a la soteriología
- (73) Introducción a los variados aspectos del sacrificio de Cristo
- (74) Ofrenda por las trasgresiones y ofrenda por el pecado
- (75) Perdón y liberación
- (76) Ofrenda de paz y reconciliación
- (77) Liberación
- (78) Hecho maldición por nosotros
- (79) Dos aspectos de la santificación
- (80) La Cruz entre el mundo y nosotros
- (81) La cabeza aplastada de la serpiente
- (82) El grano de trigo
- (83) Vivificado en espíritu
- (84) Sepultado
- (85) Primogénito
- (86) Declarado Hijo de Dios por la resurrección
- (87) Cristo, nuestra justificación y santificación, por la resurrección
- (88) Regeneración y nuevo nacimiento

- (89) Regeneración y renovación
- (90) Renovaos en el espíritu de vuestra mente
- (91) Transformación por la renovación
- (92) Recapitulación pro configuración
- (93) Conformación a Cristo
- (94) Vivificación y glorificación del cuerpo
- (95) La Vida de Jesús manifiesta en nuestros cuerpos mortales
- (96) Adopción, transformación, resurrección y glorificación de nuestros cuerpos
- (97) Ekklessía
- (98) Cristo magnificado en el cuerpo
- (99) Colofón
- (100) Bibliografía

(1)

Todo el consejo de Dios.-

Abrimos Las Escrituras en el Libro de los Hechos de los Apóstoles, el capítulo veinte, versículo veintisiete; allí el apóstol Pablo, hablándole a los ancianos de la iglesia de Éfeso, en Mileto, entre otras cosas les dice: *“porque no he rehuído anunciaros **todo el consejo de Dios**”*.

El apóstol se estaba despidiendo de estos ancianos; les decía que ya no volverían a verse en esta vida; y la carga de su corazón era que ellos retuvieran todo el consejo de Dios; el apóstol tenía carga por todo el consejo de Dios. Sea esa la carga de todos los ancianos y de todos los hijos de Dios: **todo el consejo de Dios**.

Cuando el apóstol escribía una carta a la iglesia de los Tesalonicenses, la primera a los Tesalonicenses, capítulo tres, versículo diez, les decía: *“orando de noche y de día con gran insistencia, para que veamos vuestro rostro, y **completemos lo que falte a vuestra fe**”*. Es importante ver también en esta carta la carga del apóstol, de completar la fe de la iglesia; *completemos lo que falte a vuestra fe*.

A Timoteo también el apóstol le hablaba en los siguientes términos, en la primera carta, capítulo dos, versículo cuatro: *“Dios quiere que todos los hombres sean salvos y **vengan al pleno conocimiento de la verdad**”*. En este pasaje, la versión Reina-Valera que estamos leyendo, revisión de 1960, nos dice simplemente: *“vengan al conocimiento de la verdad.”* No obstante, en el original griego, la palabra no es solamente “gnosis”, que quiere decir “conocimiento”; la palabra que utiliza el apóstol en el original griego es “epignosis”; se refiere al pleno conocimiento de la verdad. El tiene aquí la carga, no sola-

mente de que los hombres sean salvos, sino que, una vez que hayan sido salvos, vengan al pleno conocimiento de la verdad.

Es importante recordar lo que el Señor Jesús le contestó a Satanás en la tentación. Registra Mateo, en el capítulo cuatro, versículo cuatro, que el Señor le contestó: “*No sólo de pan vivirá el hombre, sino **de toda palabra que sale de la boca de Dios***”.

Otro pasaje importante, en Colosenses, el capítulo uno, el versículo veinticinco, nos dice que Pablo fue *hecho ministro de la Iglesia, según la administración de Dios que me fue dada, dice él, para con vosotros, para que **anuncie cumplidamente la palabra de Dios***. Aquí también la palabra clave es: “*anunciar cumplidamente la palabra de Dios*”.

(2)

La suma de la Palabra.-

Tenemos la palabra del Señor abierta en el Salmo 119, y vamos a leer la primera parte del versículo 160; allí nos dice la palabra: “**La suma de tu palabra es verdad**”; aquí el salmista está declarando a la palabra del Señor como la verdad; pero es interesante que el utilice la expresión: “*la suma de tu palabra es verdad*”.

La palabra del Señor se compone de muchas partes, pero no debemos aislar ninguna parte del resto de ella; necesitamos la suma de la palabra del Señor.

Es muy interesante notar en el primero de Samuel, capítulo tres, versículo diez y nueve, algo que se dice acerca de Samuel; nos dice allí: “*Y Samuel creció, y Yahveh estaba con él, y **no dejó caer a tierra ninguna de sus palabras***”. No dejar caer a tierra ninguna de las palabras del Señor, es algo que el Espíritu de Dios hace loable aquí en este pasaje que hemos leído. ¿Por qué? porque Satanás también usa las palabras de Dios, pero las aísla de su contexto, y las desvirtúa; como, por ejemplo, al Señor Jesús, Satanás tentó y le citó las Escrituras; sin embargo, el Señor Jesús tomó aquellas palabras de las Escrituras que estaba citando Satanás, y las relacionó a las demás palabras de Dios y a la verdadera intención de Dios. A lo largo de toda la palabra divina está la intención divina y el propósito divino; y cada porción de la palabra debemos relacionarla con su contexto y con la intención y el propósito de Dios.

Es por eso que el apóstol Pablo le escribía a Timoteo, en su segunda carta, que podemos leer en el capítulo dos, verso quince: “*Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene*

de que avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad". Otra traducción puede decir: que corta bien, o que traza bien, la palabra de verdad.

Es necesario, pues, tener en cuenta toda la palabra del Señor, la suma de Sus palabras; no dejar caer a tierra ninguna de Sus palabras; tomar el consejo de Dios completo, y trazar bien la palabra del Señor, identificando sus prioridades y la intención de Dios, sin aislarla del contexto.

Es por eso que en la segunda a los Corintios, decía el apóstol Pablo: "*renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios*". No adulteremos la palabra de Dios, sino tomémosla en su suma y en su intención original.

(3)

Piedad y conocimiento de la verdad.-

El apóstol Pablo, en su segunda carta a los Corintios, en el capítulo cuatro, versos uno y dos, escribió: *“Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio, según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos. Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios.”*

Es importante ver como lo oculto y vergonzoso de nuestro corazón puede adulterar la palabra de Dios. Muchas veces pretendemos acercarnos a la palabra de Dios con intenciones ya establecidas en nuestro corazón; y algunas veces no tenemos conciencia de ello. El salmista hablaba de pedir al Señor perdón aún por los pecados que nos son ocultos. Es importante, para entrar en los misterios de la palabra del Señor, tener un corazón dispuesto hacia Dios. Proverbios 18:1 dice: *“Su deseo busca el que se desvía...”*; antes de desviarse una persona, e inclusive en su entendimiento, como sigue diciendo: *“...y se entremete en todo negocio”*. El problema comienza en el deseo de su corazón.

Por eso, para no adulterar la palabra del Señor, para entenderla correctamente, se necesita un corazón limpio, como dice el Señor: *“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”*. En cambio, Daniel, en el capítulo 12, verso diez, dice que ninguno de los impíos entendería; los entendidos comprenderán, pero ninguno de los impíos entenderá.

El Señor Jesús, según lo registra Juan, en el capítulo siete, verso diez y siete, había declarado que quien quisiera hacer la voluntad de Dios, conocería si la doctrina de Cristo era de Dios, o no. Vemos que allí el Señor Jesús estableció como requisito para conocer verdaderamente si la doctrina de Cristo es de Dios, el que el corazón decidiera hacer la voluntad de Dios; no importa si uno todavía no entiende algo; lo importante es que el corazón esté dispuesto a hacer la voluntad de Dios; si el corazón se dispone a hacer la voluntad de Dios, tenemos la promesa del Señor de que conoceremos si la doctrina es de Dios.

Terminamos leyendo un saludo de Pablo a Tito; en su carta expresa Pablo algo muy interesante; le dice: "*Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo, conforme a la fe de los escogidos de Dios y **el conocimiento de la verdad que es según la piedad***". Esa frase en este saludo es importante: el conocimiento de la verdad que es según la piedad.

(4)

Consulta y tropiezo.-

Tenemos abiertas las Escrituras en el libro de Ezequiel, en el capítulo catorce; los primeros versos dicen así: *“Vinieron a mí algunos de los ancianos de Israel, y se sentaron delante de mí.*

Y vino a mí palabra de Yahveh diciendo: Hijo de hombre, estos hombres han puesto sus ídolos en su corazón, y han establecido el tropiezo de su maldad delante de su rostro. ¿Acaso he de ser Yo de modo alguno consultado por ellos?”

Son tremendas estas palabras del Señor a Ezequiel acerca de aquellos ancianos que se acercaron dizque a consultar al Señor; eso era para tomar una apariencia exterior de piedad, pero la realidad es que sus corazones ya se habían decidido por su propio tropiezo.

Es, pues, necesario, lo repetimos, que para penetrar en los negocios del Señor, en el misterio de Su palabra, necesitamos un corazón dispuesto al Señor; que la cruz opere en nuestro corazón. Muchas veces tenemos un mero ambiente exterior de piedad, pero eso no basta para que la luz del Señor ilumine nuestros corazones.

Ezequiel también registra en el capítulo treinta y tres, del verso treinta al treinta y tres, que el Señor le dice: *“Y tú, hijo de hombre, los hijos de tu pueblo se mofan de ti junto a las paredes y a las puertas de las casas, y habla el uno con el otro, cada uno con su hermano, diciendo: venid ahora y oíd que palabra viene de Yahveh. Y vendrán a ti como viene el pueblo, y estarán delante de ti como pueblo mío, y oirán tus palabras, y no las pondrán por obra; antes hacen halagos con sus bocas, y el corazón de ellos anda en*

pos de su avaricia. Y he aquí que tú eres a ellos como cantor de amores, hermoso de voz y que canta bien; y oirán tus palabras, pero no las pondrán por obra.”

Vemos aquí que el Señor denuncia de nuevo el corazón de su propio pueblo; cómo se alegra en un ambiente de piedad exterior, pero en lo profundo de su corazón está siguiendo tras la idolatría, y tras su propia avaricia.

En Malaquías, capítulo 1:10, el Señor dice que El no se complace de su pueblo, ni aún de muchos de sus ministros; dice: “*¿Quién de vosotros cierra las puertas o alumbra mi altar de balde?*” Muchas cosas religiosas se hacen con motivos e intereses equivocados; por eso dice el Señor en 1 Samuel 15:23: “*Como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación*”.

Vemos allí que la obstinación es considerada también idolatría. Muchos estaríamos dispuestos a predicar en contra de los ídolos externos, pero nuestro corazón ha establecido ídolos en aquello que nosotros nos obstinamos por encima de la voluntad del Señor.

También en Efesios 5:5 se nos habla de la avaricia, la cual es idolatría. Muchas veces la avaricia, o la obstinación de nuestro corazón, nos impiden ver la luz de Dios. Si nos acercamos a consultar al Señor, habiendo establecido ya en nuestro corazón lo que queremos, El Señor pregunta: ¿he de ser acaso consultado en modo alguno por ellos?

El Señor guarde nuestros corazones para que estén dispuestos a Su verdadera luz.

(5)

Grosura de corazón y entendimiento.-

Tenemos abiertas las Escrituras en la carta del apóstol Pablo a los Gálatas; leemos en el capítulo uno, el verso diez, donde pregunta Pablo: “*¿Busco ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo*”.

Esta pregunta que se hace públicamente el apóstol Pablo, delante de los Gálatas, se refiere a dos cosas importantes que son una: ¿qué es lo que busco?, y ¿qué es lo que estoy tratando de hacer? El se pregunta: ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? o ¿trato de agradar a los hombres? Si todavía tratara de agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo.

Ser siervo de Cristo está, pues, muy relacionado con lo que nosotros estamos buscando, y con lo que nosotros estamos tratando de hacer. Nuestro corazón, si debe servir a Dios, si desea agradar al Señor, debe buscar primeramente eso, el agrado de Dios. Por ejemplo, decía también Pablo, citando al profeta Isaías, como lo registra Lucas en Hechos 28:26-27:

“Ve a este pueblo, y diles:

De oído oiréis, y no entenderéis;

y viendo veréis, y no percibiréis;

Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado,

Y con los oídos oyeron pesadamente,

*Y sus ojos se han cerrado,
Para que no vean con los ojos,
Y oigan con los oídos,
Y entiendan de corazón,
Y se conviertan,
Y Yo los sane.”*

Vemos aquí, en las palabras del Señor, que nuestro corazón engrosado nos impide entender. Si nosotros no estamos buscando con pureza al Señor, y la realidad de Su palabra, nosotros mismos estamos poniéndonos un velo que nos impedirá entender; pero el Señor dice que nos convirtamos a Él. Tenemos el ejemplo del profeta Daniel, en el capítulo 10 de su profecía, en el verso 12; el ángel le dijo a Daniel: “*Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido*”.

Vemos aquí, pues, que el Señor toma en cuenta profundamente el corazón del hombre; al Señor no le engañan nuestras apariencias. El desea que busquemos de todo corazón Su rostro, que busquemos Su perfecta voluntad; por eso dice: “*desde el primer día en que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras*”.

(6)

Sobre el altar.-

El tercer libro del Pentateuco, comúnmente llamado "Levítico", es un libro especialmente sacerdotal. El sacerdocio del Antiguo Testamento, sus altares, el sacrificio del cordero, el templo, y todas las demás cosas, eran figura de las cosas espirituales correspondientes al Nuevo Testamento, o al Nuevo Pacto.

Lemos, pues, en este Libro, algo muy importante acerca de la disposición a Dios, y de la parte del Señor para con nosotros. En el capítulo uno de Levítico, versos dos en adelante, leemos: *"Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando alguno de vosotros ofrende a Yahveh, de ganado ovejuno o vacuno haréis vuestra ofrenda (figura de Cristo). Si su ofrenda fuere holocausto vacuno, macho sin defecto lo ofrecerá (figura de que el cordero es sin mancha); de su voluntad lo ofrecerá a la puerta del tabernáculo de reunión delante de Yahveh. Y pondrá su mano sobre la cabeza del holocausto, y será aceptado para expiación suya"*.

Allí vemos al pecador identificándose con Aquel que es sacrificado para que le sea válida la expiación. Sigue diciendo: *"Entonces degollará el becerro en la presencia de Yahveh; y los sacerdotes hijos de Aarón ofrecerán la sangre (figura de Cristo), y la rociarán alrededor del sobre el altar (la disposición al Señor), el cual está a la puerta del tabernáculo de reunión. Y desollará el holocausto, y lo dividirá en sus piezas. Y los hijos del sacerdote Aarón pondrán fuego sobre el altar, y compondrán la leña sobre el fuego."*

Para penetrar en los misterios de la palabra del Señor necesitamos, por lo menos, dos cosas fundamentales: por una parte, por la parte del hombre, necesitamos la correcta disposición de corazón hacia Dios; lo cual se presenta aquí en el venir voluntariamente como pecador, reconocer el pecado, identificarse con el sacrificio, reconociendo que Aquél que es sacrificado lo hace por nuestros pecados y por nuestra culpa, y disponernos sobre el altar para ser separados pieza por pieza.

Por otra parte, o sea, por la parte del Señor, nosotros encontramos también la intervención del sumo sacerdote, o sea, en figura de Cristo. Por eso el sumo sacerdote, o los sacerdotes, ofrecían la sangre.

Vemos la parte del hombre: disponerse delante del Señor, haciendo libre uso de Su gracia capacitadora; y la parte del Señor es, después de haber hecho Su sacrificio, entonces sobre el altar, aquel sacrificio sobre el cual nosotros en Cristo nos ofrecemos a Dios, entonces nosotros somos, como se dice, separados o divididos.

En Hebreos 4:12 se nos dice que “*La palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos, y penetra hasta partir el alma y el espíritu...*” Así que la palabra del Señor, cuando nos ofrecemos a Dios, nos alumbra. La exposición de Sus palabras nos alumbra. De nuestra parte, nos disponemos a Dios; Su gracia nos capacita, pero no nos obliga; y de Su parte, se revela a nosotros; se revela El, nos revela lo que somos, nos revela Su salvación y Su propósito eterno.

(7)

Revelación.-

Tenemos abiertas las Sagradas Escrituras en el Libro de Mateo, donde en el capítulo once, verso veinte y siete, se nos registran las siguientes palabras del Señor Jesucristo: "*Todas la cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera **revelar***".

Es preciosa esta frase última que nos dice el Señor Jesús; también son preciosas todas las palabras de Dios. Nos dice el Señor Jesús que Él conoce al Padre, y que también lo ha de conocer aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. Necesitamos que el Hijo nos quiera revelar al Padre; y el Hijo vino especialmente para revelarnos al Padre.

Aquí queremos hacer énfasis en la palabra "revelar". No podemos conocer a Dios solamente por nuestros medios naturales, necesitamos la revelación divina. Por eso el Señor, hablándole a Pedro, también lo registra Mateo, le dice que no se lo había enseñado carne ni sangre, sino el Padre que está en los cielos. Y Juan nos registra también otras palabras del Señor Jesús que dice: "*Todo aquél que oyó al Padre, y **aprendió de Él**, viene a mí.*"

La verdad está en Jesús. El mensaje de Dios es que Dios es luz. Como dice en Job; que "*ciertamente espíritu hay en el hombre, y **el soplo del Omnipotente le hace que entienda***". Necesitamos el soplo del Omnipotente, necesitamos la luz que proviene de Dios. Nuestras luces meramente humanas no son suficientes para conocer a Dios y el mensaje de Dios. Necesitamos de la revelación divina; por eso dice: "*Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera **revelar***".

Por eso el apóstol Pablo oraba en su carta a los Efesios, para que los santos recibieran de Dios ***espíritu de sabiduría y de revelación***; él sabía que la Iglesia necesitaba mucho más que el esfuerzo humano; necesitaba de la intervención divina del soplo del Omnipotente, el espíritu de sabiduría y de revelación de parte de Dios. Pablo mismo decía que él mismo había conocido a Jesucristo por revelación; dijo: *cuando plugo a Dios **revelar a Su Hijo en mí, para que yo le predicase...***

Es necesario, pues, que recibamos revelación de Dios, de Su palabra.

(8)

La Iglesia edificada sobre Cristo revelado y confesado.-

El apóstol Mateo, en su Libro, capítulo diez y seis, desde el versículo trece, nos registra: *“Vinieron Jesús a la región de Cesaréa de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas. El les dijo: Y vosotros. ¿Quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.”*

El Señor Jesús apartó a los suyos, a los apóstoles, de aquel ambiente religioso de Jerusalén, los llevó a un lugar apartado en Cesaréa de Filipo, y les preguntó acerca de Sí mismo; primeramente preguntó lo que los hombres opinaban, pero luego les preguntó a ellos, a los suyos; y Pedro, por revelación de Dios, oyendo del Padre, le contestó: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces el Señor le llamó a Pedro, bienaventurado, y le cambió el nombre.

Esa revelación de Jesucristo que Pedro recibió de parte de Dios, convirtió a Simón Bar Jonás, en piedra, en Pedro; entonces el Señor le dijo: *Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre.* Lo que hizo bienaventurado a Pedro, fue recibir directamente del Padre, la revelación de quién es Jesucristo.

Claro está que esa revelación concuerda con toda revelación que el Señor ha dado a la Iglesia, según la palabra de Dios. Y vemos que el Señor le dijo: *y yo también te digo*; por una parte, el Padre le dijo a Pedro quien es Jesús; ahora Jesús le dice también a Pedro la segunda parte.

El misterio de Dios es Cristo; pero el misterio de Cristo es la Iglesia. Por eso el Señor le Dijo: *Yo también te digo, tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia*; no le dice: sobre ti. Con Pedro está hablando en segunda persona; le dice: a ti daré las llaves, y yo también te digo que tú eres Pedro; pero NO le dice: sobre ti edificaré mi iglesia; sino que traslada las palabras a la tercera persona: *sobre ésta roca*; o sea, Pedro acababa de declarar por revelación del Padre quien era Jesús, el Cristo, el Hijo del Dios viviente; y **sobre esa roca**, del Cristo revelado y confesado, el Señor Jesús edifica Su Iglesia. Cuanto necesitamos de parte de Dios, la revelación de Jesucristo.

El Espíritu revela el misterio de Cristo.-

El apóstol Pablo, en su epístola a los Efesios, en el capítulo tres, nos dice: *“Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles; si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros; Que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender cual sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu; que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio.”*

Es tremendo lo que nos dice aquí en esta porción el apóstol Pablo; aquí él está hablando del misterio de Cristo, e incluye en este misterio al cuerpo de Cristo; pero nos dice Pablo que este misterio él lo recibió directamente de Dios por revelación; *por revelación me fue declarado el misterio*. También en el verso cinco, nos dice, que ese misterio ahora es revelado, revelado, a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu. El Señor Jesús prometió que recibiríamos la promesa del Espíritu santo; y unas de las funciones importantes del Espíritu Santo es revelarnos el misterio de Cristo; el misterio de Cristo fue revelado a Pablo, y ha sido escrito, y está consignado en el Nuevo Testamento, y el Espíritu Santo nos hace penetrar en las riquezas del Nuevo Testamento y de su Nuevo Pacto, para que conozcamos el misterio de Cristo. Dios revela este misterio a sus apóstoles y profetas por el Espíritu.

En la primera carta a los Corintios, en el capítulo dos, Pablo decía en el verso nueve: *“Está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aún lo profundo de Dios. Porque ¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido; lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”*.

Vemos aquí como el apóstol enfatiza la necesidad de recibir de Dios una revelación por el Espíritu Santo acerca de Su palabra; no basta nuestra capacidad humana, no basta la situación caída del hombre natural para penetrar en los misterios de la palabra de Dios. Si por Su gracia, como reacción positiva a la gracia de Dios, nos disponemos a El sobre el altar, El nos revela por Su Espíritu.

(10)

Conocer según el Espíritu.-

En la segunda carta del apóstol Pablo a los Corintios, en el capítulo cinco, versos catorce al diez y siete; leemos:

“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y si aún a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.

En estas palabras, el apóstol nos muestra un contraste de lo que es en la carne, y de lo que es en el Espíritu, de lo que era antes de conocer a Cristo, y de lo que es ahora que estamos en Cristo. El dice que si alguno es de Cristo, ha muerto con Cristo; por lo tanto, también ha resucitado con Cristo, y está posicionado en una nueva creación, está posicionado en la resurrección de Cristo.

La naturaleza caída opera en nuestra carne, pero la naturaleza divina participada a nosotros por el Espíritu de Cristo, opera en nuestro espíritu; por eso es que el apóstol nos dice: *de manera que nosotros de aquí en adelante*, desde que estamos en Cristo, desde que hemos muerto a la vieja creación, desde que estamos usufructuando el suplir por gracia del Espíritu de Jesucristo. Entonces nos dice allí: *de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne.*

Hay una manera de conocer según la carne. El apóstol Santiago nos habla de una sabiduría que es terrenal, que es animal y que es diabólica, en contraste con una sabiduría que es celestial, pacífica, pura y que proviene de lo alto. Esa es la sabiduría que proviene de la gracia; la sabiduría y la inteligencia que nos hace conocer el misterio de la voluntad de Dios, proveniente de la gracia divina.

Hay, pues, otra manera de conocer; a esa es a la cual somos invitados por Dios, y la cual es posible mediante la gracia en Jesucristo; conocer según el Espíritu, no según la carne.

Por eso el Señor decía en Juan 7:24, que no debemos juzgar por las apariencias, sino juzgar con justo juicio. Dios ve el corazón del hombre; en cambio el hombre ve lo que está a su vista. Recordemos el caso de David; cuando los hijos de Isaí fueron traídos delante de Samuel, ellos tenían apariencia, pero el Espíritu Santo no los confirmaba en el corazón de Samuel, hasta que vino David; ¿Por qué?, porque Dios conoce lo que está en el corazón del hombre; el hombre mira lo que está delante de sus ojos, y juzga por la carne. Por eso los hijos de Dios no son conocidos por el mundo.

En la primera carta de Juan, el capítulo tres, el verso dos nos dice: *“Amados, ahora somos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser”*. ¿Por qué? Porque había dicho anteriormente: *“El mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él”*.

Conozcamos, pues, a través del Espíritu, sin confiar en los juicios de nuestra propia mente natural.

(11)

La revelación escrita.-

Es curioso que la epístola a los Hebreos no tiene un autor humano visible, pero Su Autor divino es el Espíritu Santo. Las demás cartas aparecen como escritas por Pablo, como escritas por Pedro, como escritas por Santiago, como escritas por Juan, etc.; pero la carta a los Hebreos ha sido motivo de controversia acerca de su autor humano; pero se reconoce su Autor divino.

¿Por qué? porque allí se nos enfatiza el hablar de Dios; esta carta comienza diciendo: *“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo”*; y ahí comienza en esa carta a contrastar la excelencia del Hijo con otras cosas, también buenas, y que eran tenidas como excelentes. Pero aquí, el énfasis está en la excelencia del hablar de Dios por el Hijo, la excelencia del Hijo como el Verbo de Dios, como la palabra autorizada de Dios.

Cuando hablamos de la revelación divina, no nos estamos refiriendo a mistificaciones extrañas; nos referimos a la definitiva revelación de Dios en su Hijo Jesucristo, como está consignada en las Sagradas Escrituras; especialmente en el Nuevo Testamento, como continuación y concreción y cumplimiento del Antiguo Testamento.

Así que la revelación de Dios se hace perfecta a través de su Hijo Jesucristo. Jesucristo es quien nos revela al Padre; el Padre se nos da a conocer a través del Hijo, y en el Hijo conocemos a Dios, conocemos el plan de Dios y conocemos la salvación de Dios. A

la vez, el Hijo habló y transmitió y encomendó Su revelación a los apóstoles; y los apóstoles hablaron y escribieron; y ese registro de lo esencial, de lo clave, está registrado en el Nuevo Testamento.

De manera que la revelación de Dios, la revelación de Jesucristo, no puede separarse de la palabra de Dios, del Nuevo Testamento, ni siquiera del Antiguo Testamento, porque el Antiguo Testamento está ligado y explicado y completado en el Nuevo Testamento.

De manera que la revelación divina está escrita; por eso Pablo decía que lo que le fue revelado lo escribió, leyendo lo cual, podemos entender. Cuando nos acerquemos, pues a leer la revelación que está escrita en la palabra del Señor, sabemos que estamos acercándonos a palabras de Dios; por eso nuestra disposición debe ser correcta y debe ser confiando en la gracia del Señor.

Nuestra disposición a Dios es también una reacción positiva a la gracia de Dios, y la luz de Dios nos hace conocer la palabra de Dios; la palabra de Dios es la revelación de Dios. Tenemos, pues, la palabra de Dios escrita afuera de nosotros en las Sagradas Escrituras, y también tenemos el Espíritu de Dios que inspiró estas palabras morando de nosotros, en nuestro espíritu, si somos hijos de Dios; el Espíritu nos dirige interiormente para comprender la palabra exteriormente, y hay una concordancia entre la guianza interior del Espíritu Santo y Su inspiración registrada objetivamente en las Sagradas Escrituras.

(12)

Forma y substancia.-

A la segunda epístola del apóstol Pablo a Timoteo, podríamos llamarla: el testamento del apóstol Pablo. Pablo fue especialmente escogido de Dios como apóstol y maestro de los gentiles, predicador de Jesucristo; y su último escrito que nos ha quedado es su segunda carta a su colaborador Timoteo. En esta carta, el apóstol está a punto de partir, ha terminado su carrera, y está transmitiéndole a Timoteo lo que quiere que Timoteo retenga en su corazón; y sus consejos son de suma importancia, porque trazan las directrices en las cuales Timoteo y todo obrero aprobado por el Señor debería caminar.

En el capítulo primero, versos trece y catorce de esta carta, le dice Pablo a Timoteo, y también a nosotros: *“Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús”*. Amén, la fe y el amor son en Cristo Jesús. Y sigue diciendo: *“Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros”*.

Hay dos palabras importantes aquí de Pablo a Timoteo en su testamento, como lo hemos llamado; le dice, “retén”; por una parte, pues, le dice: *“Retén la forma de las sanas palabras”*; se refiere a la expresión ortodoxa exterior de la palabra del Señor. En la primera carta a los Corintios, capítulo dos, había dicho Pablo que: *hablamos lo que Dios nos ha revelado, no con palabras de sabiduría humana, sino con palabras enseñadas por el Espíritu*. Así que también el Espíritu Santo ha inspirado igualmente la forma ortodoxa exterior de las palabras de Dios, como están escritas; por lo tanto, debemos también retener la forma de las sanas palabras que recibimos de los apóstoles del Nuevo Testamento.

Y continúa Pablo en el verso catorce también: “*Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros*”. El Espíritu Santo que mora en todos los hijos de Dios nos hace guardar el depósito de Dios. Hay una forma ortodoxa de las palabras exteriores, y hay un depósito interior, una sustancia de tales palabras, una verdad espiritual; y no sólo verdad, porque es aún el mismo Señor que se nos da y se nos suministra en Su propia palabra.

Por lo tanto, es importante retener la forma de las sanas palabras, y guardar el buen depósito. La Iglesia ha recibido desde el principio un depósito que debe retener y guardar para poderlo disfrutar, para penetrarlo, y para vivirlo, y para poderlo distribuir correctamente. La Iglesia no está para improvisar, la Iglesia no está para distraerse en ocurrencias humanas; la Iglesia debe retener las palabras de Dios reveladas, y también guardar el buen depósito.

(13)

Guardar el buen depósito evitando la gnosis.-

Lemos en la primera carta del apóstol Pablo a Timoteo, en el capítulo seis, el verso veinte: "*Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada gnosis*". En este verso quisiera llamar la atención a dos palabras claves: una es "guarda", la otra es "evitando"; la carga del apóstol se remarca en estas dos palabras: *guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamado gnosis, o ciencia.*

El apóstol está interesado en que los cristianos, especialmente aquellos obreros colaboradores como Timoteo, guarden lo que se ha encomendado. Es muy fácil distraerse con ocurrencias múltiples, y disímiles, y apartarse de la línea central del propósito divino, de la intención de Dios, del ministerio del Nuevo Testamento. Por eso el apóstol le encarga: "*guarda lo que se te ha encomendado*".

Hay algo específico que por Pablo le ha sido encomendado a Timoteo; es el ministerio que se recibió del Señor, del cual no hay que apartarse a diestra ni a siniestra. Esa era la preocupación del apóstol. Por eso en su segunda carta le vuelve a decir a Timoteo en el capítulo dos, verso dos: "*Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros*". En este verso, como en el anterior, se ve lo que dice el apóstol: *lo que has oído de mí*; es un depósito específico recibido en los comienzos del Cristianismo; es algo que debe conservarse, que debe transmitirse; es por eso que recordábamos aquel

pasaje también en la misma carta, en el capítulo uno, verso catorce, donde dice: “*Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros*”.

Existe, pues, algo que se llama **el buen depósito**, algo que se encarga, algo que se ha recibido, algo específico, algo definido; no es una cosa nebulosa, no es algo de lo cual no se sabe bien qué es; no son improvisaciones; Dios se ha revelado, nos ha dado un mensaje definido; es el ministerio del Nuevo Pacto; y eso es lo que Pablo estuvo predicando, y eso es lo que Pablo está encomendando con mucho cuidado a Timoteo.

Todo obrero del Señor y todo siervo de Dios, necesita recibir esta carga que el apóstol Pablo estaba trasladando a Timoteo: el buen depósito de Dios.

(14)

Lo que habéis oído desde el principio.-

Así como el apóstol Pablo le había encargado en su primera carta a Timoteo, como lo dice el capítulo seis, verso veinte, el guardar lo que se le había encomendado y el evitar la profanas pláticas; en su segunda carta, vuelve a insistirle, y lo registra el capítulo dos, verso veinte y tres: "*Pero desecha las cuestiones necias e insensatas, sabiendo que engendran contiendas*". Así que existen cuestiones necias e insensatas que engendran contiendas, y existen profanas pláticas sobre cosas vanas.

Todas estas cosas causan una distracción, aún en la mente de los siervos del Señor, y Satanás astutamente los enreda en este tipo de cuestiones, y sutilmente los va apartando poco a poco de la línea central del propósito divino. Es por eso que debemos siempre atender al depósito inicial que ha sido entregado a la Iglesia de parte de Dios. Esta era la carga no sólo del apóstol Pablo; también el apóstol Juan tenía esta carga.

En su primera carta, en el capítulo dos, nos dice en el verso veinte y cuatro: "*Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre*". Nos damos cuenta de que aquí el apóstol está hablando de algo que se ha escuchado en el principio; aquí no se refiere al principio de ninguna denominación específica; se refiere al principio del Nuevo Pacto, al principio del Nuevo Testamento, cuando vino el Señor Jesús y depositó su Espíritu y encargo en Sus apóstoles, en Su cuerpo, en la Iglesia.

Desde el comienzo de la Iglesia, lo cual está registrado en el Nuevo Testamento, se ha recibido un depósito; y eso es lo que el apóstol Juan llama también: *“lo que habéis oído”*; lo que, es algo específico, es algo definido; *lo que habéis oído desde el principio permanezca en vosotros*.

Note que lo que se ha oído en el principio tiene el efecto de colocarnos en el Hijo y en el Padre; por eso dice: *“Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre”*. El propósito del mensaje cristiano, depositado en la Iglesia desde sus comienzos, es introducirnos en el Hijo de Dios, y por medio del Hijo de Dios, introducirnos también en el Padre.

En su segunda carta, Juan, en el capítulo uno, ya que tiene un solo capítulo esta carta, en el verso nueve, decía también:

“Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo...”; aquí se refiere específicamente a la doctrina de Cristo, la básica del Cristianismo; lógicamente no se refiere a algún desvío posterior; dice: *“el que se desvía de la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo”*.

La doctrina de Cristo es para que tengamos al Hijo, y al tener al Hijo, tengamos también al Padre.

Candelabro y depósito.-

El libro del profeta Zacarías, al igual que el libro del profeta Hageo, y los libros de Esdras y Nehemías, son libros especiales de restauración, donde el Dios de la resurrección nos muestra principios de restauración.

Zacarías es un libro de restauración, y es un libro centrado en Cristo; es un libro profético y mesiánico al igual que Isaías; Cristo y la resurrección son el elemento y la sustancia de la restauración de la casa de Dios, del templo de Dios.

En este libro de Zacarías, en el capítulo cuatro, leemos una visión importantísima; leemos del candelabro todo de oro; leemos en los versos 2 y 3: *“Y el ángel le dijo: ¿Qué ves? Y respondí: He mirado, y he aquí un candelabro todo de oro, con un depósito encima, y sus siete lámparas encima del candelabro, y siete tubos para las lámparas que están encima de él; Y junto a él dos olivos, el uno a la derecha del depósito, y el otro a su izquierda”; en el verso doce leemos que dice: “Hablé aún de nuevo, y le dije: ¿Qué significan las dos ramas de olivo que por medio de los dos tubos de oro vierten de sí aceite como oro?”*

Vemos que existe el aceite como oro, que figura en el Nuevo Testamento al Espíritu Santo; vemos también que esto fluye de los olivos hacia el depósito, y del depósito hacia el candelero, y del candelero ilumina con luz plena. En el candelero, o candelabro todo de oro, el oro representa a la naturaleza más preciosa; el metal más precioso representa a la naturaleza divina, representa a Cristo expresado, y la luz de Cristo expresada en Su cuerpo, en Su pueblo.

En el Antiguo Testamento, en figura lo era Israel; en el Nuevo Testamento es la iglesia en cada población; la iglesia es el candelero de Dios; por eso leemos en Apocalipsis de siete candeleros siendo las siete iglesias. Ahora, notemos que la iglesia no tiene luz propia para alumbrar con algo nacido de sí misma, con sus ocurrencias, su propia antropología, o su propia economía. La iglesia necesita alumbrar con el aceite proveniente de las olivas machacadas; el Señor Jesús en el monte de los olivos fue aprehendido para luego ser juzgado y ser encarcelado; y a través de la muerte, resurrección y ascensión del Señor recibimos el Espíritu Santo que ilumina el candelero, que es la iglesia en cada población.

Notamos que en el verso dos que hemos leído de Zacarías cuatro, se nos habla de que aquél candelabro todo de oro tenía un depósito encima. Es el depósito el que alimenta el candelabro; la iglesia necesita estar conectada al depósito para que su luz sea verdaderamente divina, y verdaderamente alumbrar, no estando debajo del almud, sino a la vista de todos los hombres, para que Dios sea glorificado.

(16)

El misterio de la fe que una vez fue dada a los santos.-

El apóstol Juan nos hablaba de lo que fue recibido en el principio, para que estemos en Cristo y en el Padre; también el apóstol Pablo nos hablaba del depósito de Dios que debíamos guardar. Ahora bien, ¿Cuál es el contenido del depósito de Dios? Hay una expresión especial, particular y específica en el Nuevo Testamento, que se refiere justamente al contenido del depósito de Dios, y se expresa con esta simple palabra: “La fe”. No se refiere a una fe indefinida, sino con el artículo definido: **la** fe. Es como lo dice Judas Tadeo Lebeo en su carta, que está antes del Apocalipsis, en el capítulo uno, que es el único de su carta; en el verso tres nos dice:

*“Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por **la fe que ha sido una vez dada a los santos**”.*

Esta, la fe, que ha sido una vez dada a los santos, se refiere al depósito de Dios, a lo que se ha oído desde el principio, de parte del Señor, y en medio de los apóstoles, registrado en el Nuevo Testamento, que tiene un contenido básico y fundamental; esta es: la fe que una vez ha sido dada a los santos. No se refiere, pues, a una fe cualquiera; a un acto de fe indefinido, o definido en cualquier cosa; se refiere al contenido del plan divino y del anuncio divino, a la fe que una vez ha sido dada a los santos.

El apóstol Pablo, cuando estaba escribiendo a Timoteo, entre los requisitos para los diáconos, decía en el capítulo tres de su primera carta, en el verso

nueve: “*que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia*”. Y al comenzar a leer los requisitos para los diáconos, decía: “*Los diáconos **asimismo** deben ser...*”, y sigue declarando varios requisitos. Cuando dice: *asimismo*, quiere decir que esto no era solamente para los diáconos; ya había hablado de los obispos, y ahora estaba extendiendo los mismos requisitos a los diáconos; en el verso nueve dice como requisito: guardar el misterio de la fe.

Está hablando, pues, de algo definido; se llama: el misterio de la fe. Para poder servir apropiadamente al Señor en la casa de Dios, debemos conocer el misterio de la fe, y guardarlo con limpia conciencia; no basta solamente tener un conocimiento superficial, mental, intelectual, de la doctrina del Cristianismo; se necesita estar identificado con el Espíritu y el contenido sustancial del misterio de la fe, como está registrado en el Nuevo Testamento. Esta es una sola fe. Efesios nos dice: un señor, una fe, un bautismo, etc.

Aquella Fe que iba a ser revelada.-

A las iglesias de Galacia escribía el apóstol Pablo acerca de su historia, y les decía como él antiguamente había sido un perseguidor, y como Cristo le había sido revelado, el Hijo le había sido revelado, y como él había empezado a predicar entre los cristianos, y como aquellos cristianos primitivos decían, y nos lo dice en el capítulo uno, verso veinte y tres: *“Oían decir: aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica **la fe** que en otro tiempo asolaba”*.

No es demasiado enfatizar siempre la fe; aquella que el apóstol Pablo en otro tiempo asolaba, pero que ahora predicaba; Pablo predicaba la fe que en otro tiempo asolaba. Pablo no predicaba ocurrencias; Pablo predicaba la fe que había provenido del mismo Señor; el Señor habla de **Mi fe**, en Apocalipsis, el capítulo dos, el verso trece; el Señor habla a la iglesia de Esmirna, y le dice: *“porque no has negado **mi fe**”*. La fe del Señor Jesucristo, como Autor y Consumador de la fe, fue transmitida a la iglesia primitiva; y Pablo predicaba esta fe que asolaba en otro tiempo; era una fe específica.

Por eso es que más adelante, en la misma carta a los Gálatas, él se refiere específicamente a **la fe**, y dice en el verso veinte y tres: *“Antes que viniese **la fe**, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para **aquella fe que iba a ser revelada**”*.

El instinto religioso de los seres humanos, muchas veces los somete a muchos tipos de normas que parecen muy morales, pero que todas maneras abandonan al hombre a sus propias fuerzas, que son siempre nulas para poder agradar verdaderamente a Dios; pero nos dice Pablo aquí: *pero antes que viniese la fe, **la fe**, estábamos*

confinados bajo la ley, estábamos encerrados para... para, para; ese objetivo es importante. Todas aquellas tristes experiencias religiosas del hombre tratando de agradar a Dios y de encontrar a Dios por sí mismo, y no pudiendo, sirven para enfocarlo en *aquella fe que había de ser revelada*.

Esta es una expresión muy especial; Pablo dice: *aquella fe que iba a ser revelada*. Dios habría de revelar una fe que proviniese de Sí mismo; es la fe del Señor Jesucristo. Esta es la fe que Pablo predicaba, esta es la fe que Pablo tenía, y esta es la fe que Pablo encomendaba, y que Pablo guardaba; él, en la segunda a Timoteo, en el capítulo cuatro, versículo siete, había declarado: “*he peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe*”.

La fe es el contenido depósito de Dios; es el misterio revelado en el Nuevo Testamento, del cual forman parte todas las cosas escritas allí, pero conectadas por el hilo central de la palabra de Dios.

(18)

Acuérdate.-

No puede dejar de enfatizarse demasiado la importancia que tiene para la Iglesia el retornar siempre a su fuente primitiva de donde obtuvo sus orígenes, su vida y su desarrollo legítimo.

Recordamos los encargos de Pablo de guardar el buen depósito de Dios, los encargos del apóstol Juan de retener lo que siempre se había recibido en el principio, sin ir más allá; ahora, en el Apocalipsis, también por mano de Juan, Jesucristo es el que hace este encargo a la iglesia de cada población.

En el capítulo tres del Apocalipsis leemos también en el verso tres, que el Señor le dice a la iglesia en Sardis: *“Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y arrepíentete. Pues si no velas, vendré a ti como ladrón, y no, sabrás a qué hora vendré sobre tí”*.

Es importante que el Señor aquí habla de que algo ha recibido la iglesia, que algo ha oído y ha recibido, y que debe guardarlo; que debe arrepentirse de no mantenerse en lo que ha recibido. Lo que oímos, y hemos recibido desde el principio, según el Nuevo Testamento, nos coloca en el Hijo y en el Padre; por lo tanto, debemos guardarlo y arrepentirnos de todo desvío. Debemos velar; es decir, hay un enemigo que quiere apartarnos de lo que hemos oído del Señor y de lo que hemos recibido.

Es importante que en el estudio profético, porque estos mensajes a las iglesias son profecía, además de ser un mensaje histórico a aquella iglesia histórica, sirven como proyección profética. Y Sardis, que significa “los escapados”, representa a la iglesia de la reforma; representa, no necesariamente la línea del catolicismo, sino más principalmente la línea del

protestantismo; y el Señor le encarga a la misma línea de los escapados, a Sardis, que se acuerde de lo que ha recibido y oído. Y esto no se refiere, lógicamente, solamente al tiempo de la reforma, al tiempo de Lutero, de Calvino, de Zwinglio, de Melanthon, etc.; se refiere al principio de la Iglesia, el cual está registrado en el Nuevo Testamento.

El primer mensaje a las siete iglesias fue a Éfeso, que nos representa aquella iglesia del principio. Cuando leemos la carta a los Efesios de Pablo, nos damos cuenta de una profundidad tremenda en esta carta; pero cuando vemos la carta del Señor también a la iglesia en Éfeso en Apocalipsis, vemos que algo ha sucedido a la iglesia; entre esas dos cartas está la primera carta a Timoteo, que fue dejado en Éfeso para que él corrigiera aquellas cosas que estaban comenzando a suceder en Éfeso, pues se estaban apartando de la edificación de Dios, y enredándose en fábulas, en genealogías, en cosas profanas, en pláticas, en cosas innecesarias, con las cuales Satanás les distraía y desviaba.

Por eso es que el Señor le vuelve a decir a los Efesios en el capítulo dos, el versículo cinco: *“Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido”*.

(19)

Edificación de Dios en vez de heterodidascalías.-

Leemos en la primera carta de Pablo a Timoteo, en el capítulo uno, los versos tres y cuatro: "*Como te rogué que te quedases en Éfeso, cuando fui a Macedonia, para que mandases a algunos que no enseñen diferente doctrina, ni presten atención a fabulas y genealogías interminables, que acarrear disputas más bien que edificación de Dios que es por fe, así te encargo ahora.*"

Es importantísimo ver la carga del apóstol, encomendándole a Timoteo centrarse en aquello que es para la edificación de Dios por la fe. Le dice: "no prestar atención a fábulas y genealogías interminables, cosas que acarrear disputas". Vemos en el verso tres a algunos que estaban enseñando diferente doctrina, heterodidascalía. Esa diferente doctrina es en relación a la edificación de Dios que Pablo le está encomendando a Timoteo. Por eso le dice que: "*mandases a algunos que no enseñen diferente doctrina, ni presten atención a fabulas y genealogías interminables, que acarrear disputas más bien que edificación de Dios*".

La palabra aquí traducida “edificación”¹, en el original griego es “oikonomía”²; que también se ha traducido como “dispensación”³ en otros lugares, o como “administración”⁴, o como “mayordomía”⁵, o como “comisión”⁶. Dios tiene un programa, Dios ha hecho un arreglo administrativo para dispensarse en el hombre y para tratar con Su enemigo, para recuperar al hombre y llevar adelante Su propósito; y la carga de Pablo es que Timoteo no se distraiga, y que enseñe a no distraerse con minucias menores y salirse por las ramas descuidando lo central y lo principal de la administración Divina que es la edificación de Dios.

Es interesante notar que, en esta primera carta a Timoteo, Pablo le dice: *"te rogué que te quedases en Éfeso"*.

Si nosotros estudiamos la situación de Éfeso, y vemos la primera carta a los Efesios, la que el Espíritu envió por Pablo, vemos allí un gran nivel elevado en

¹Tim.1:4 RV.

²B. F. Wescott D.D & F. J. Hort D.D, The New Testament in the Original Greek. E. Nestle, El Nuevo Testamento Griego.

Barbara & Kurt Aland, J. Karavidopoulos, C. M. Martini, B. M. Metzger, Novum Testamentum Graece, con aparato crítico de Barbara & Kurt Aland y con el Instituto de Estudios del Texto del Nuevo Testamento, Münster, Westfalia. Ediciones 4 y 27 revisada.

Barbara & Timothy Friberg, O Novo Testamento Grego Analítico, del Texto Griego editado por K. Aland, M. Black, C. M. Martini, B. M. Metzger y A. Wikgren, en cooperación con el Instituto para la Investigación Textual del Nuevo Testamento.

R. N. Champlin Ph.D, O Novo Testamento interpretado versículo por versículo. Volumen 5.

Bambas Versión, Greek Bible, Ta Iera Grammata: metafrazthenta ek Ton Theion Arxetypon.

³Ef.1:10; 3:9 RV.

⁴Ef.3:2; Col.1:25 RV.

⁵Lc.16:2-4 RV.

⁶1Cor.9:17 RV.

la iglesia; pero cuando vemos la segunda carta a los Efesios, la que el Señor Jesús envió por el apóstol Juan en el Apocalipsis, allí vemos que Éfeso estaba en peligro de perder el candelero en su lugar. La iglesia en Éfeso estaba perdiendo su primer amor; es más, había perdido su primer amor; y entre la carta a los Efesios de Pablo y la del Apocalipsis, vemos la primera carta de Pablo a Timoteo. Lo que le pasó a la iglesia en Éfeso fue que se desvió de la línea de la edificación de Dios hacia cosas menores, a heterodidascalías, a diferentes doctrinas que acarrearán disputas.

El Señor nos centre a todos en la edificación Suya.

(20)

Oikonomía.-

Tenemos, pues, algunas Escrituras que quisiéramos poner delante de los lectores y de los oyentes, porque traen unas traducciones de una palabra que el apóstol Pablo, principalmente, y en una ocasión el Señor Jesús, según lo registra Lucas, emplearon; se refiere a la palabra "oikonomía" en el griego; de "oiko", que quiere decir "casa", y "nomos" que quiere decir "ley". "Oikonomía" se podría traducir "economía"; esa es la palabra que está en el original griego, que se traduce en Efesios 1:10 como dispensación, y se traduce también en Efesios 3:9 como dispensación.

Se nos dice en el 1:10 de Efesios que Dios quiere reunir todas las cosas en Cristo, en la **dispensación** del cumplimiento de los tiempos. Es decir, en la economía del cumplimiento de los tiempos. En 3:9 se nos dice que Pablo estaba encargado de aclarar a todos cual sea la dispensación del misterio escondido. Pablo debía aclarar la economía, la "oikonomía". La palabra **administración** también se ha utilizado en el Nuevo Testamento para traducir la "oikonomía" de Dios; por ejemplo, en Efesios 3:2, Pablo dice: "*si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios...*"; es decir, de la economía de la gracia de Dios. Colosenses 1:25, también dice que Pablo fue hecho ministro de la Iglesia, *según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros*. O sea, según la economía, la "oikonomía" de Dios que le fue dada para con los gentiles.

En Lucas 16, versos 2 y 3, el Señor Jesús emplea la palabra **mayordomía** cuando está hablando la parábola de aquel mayordomo a quien el Señor le dijo: "*da cuenta de tu mayordomía*".

O sea que la palabra “oikonomía” contiene todos estos aspectos: **dispensación**, Dios tiene algo que dispensar; **administración**, tiene un arreglo administrativo, un programa específico para dispensarse a Si mismo; **mayordomía**, quiere decir que hay personas responsables de recibir lo que Dios dispense para administrarlo. También en la primera carta a Timoteo, capítulo 1:4, el apóstol Pablo le decía que buscara lo que contribuía a la **edificación** de Dios. En este pasaje, el original griego dice “oikonomía”, que se traduce, pues, como edificación; edificación, mayordomía, administración, dispensación, son traducciones españolas de ésta sola palabra “oikonomía”, que está en el original griego. También en la primera carta de Pablo a los corintios 9:17, él habla de la “oikonomía” que le ha sido encomendada; y allí la palabra es traducida como **comisión**.

El pueblo del Señor debe conocer, pues, que Dios tiene una economía, Dios tiene algo que dispensar, Dios tiene una administración específica, y por eso somos mayordomos comisionados de una economía de Dios, de una administración Divina y de una edificación de Dios.

Esta palabra es, pues, una palabra bíblica importante, porque se refiere al programa específico de Dios.

(21)

Salvos para el propósito de la voluntad divina.-

En Efesios, capítulo uno, leemos desde el verso 6 hasta el verso 12: *"en el Amado, en quien tenemos redención, por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.*

En el asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo."

En este pasaje de Pablo se mencionan varias cosas; y algunas de ellas quisiéramos observar más detenidamente. Vemos que en el verso 8, se nos dice que Dios ha hecho sobreabundar Su gracia para con nosotros, los redimidos, en toda sabiduría e inteligencia. La gracia del Señor, por una parte, como decía en el verso 6, nos trae el perdón de los pecados; y por medio del perdón de los pecados, y también por la regeneración en el Señor, llegamos a ser salvos. La intención de Dios, no obstante, no es que solamente nos quedemos salvos, sino que seamos salvos **para Su propósito**. En este pasaje se nos habla del propósito de Dios. Por eso dice que la gracia hizo sobreabundar para con nosotros toda sabiduría e inteligencia. Aquí habla de una sabiduría y de

una inteligencia que provienen de la gracia; no es la sabiduría del mundo, terrenal, animal, diabólica, como la que habla Santiago¹, sino que es una sabiduría e inteligencia que provienen de la gracia, y es en relación al misterio de la voluntad de Dios.

La voluntad de Dios, lo que Dios tiene planeado en Su corazón, lo exacto de lo que Dios quiere, nos es revelado por medio de la sabiduría y la inteligencia que provienen de la gracia de Dios.

Se les habla aquí a los lectores del "*misterio de la voluntad de Dios*". La voluntad de Dios para muchas personas es un misterio; para muchos filósofos el universo mismo es un misterio; no saben de dónde venimos, no saben para qué estamos aquí, no saben cómo estamos diseñados, ni para dónde vamos; no saben si hay o no hay Dios; ellos están confundidos; son grandes filósofos, pero no tienen respuesta; esto sigue siendo para ellos un misterio. Sin embargo, dice el pasaje, que el Señor, a los que ha limpiado por Su sangre, a los que ha salvado, por medio de la sabiduría de la gracia le es dado a conocer el misterio de Su voluntad.

Existe, pues, una voluntad específica de Dios para la cual fuimos creados y para la cual fuimos también redimidos.

¹ Stgo.3:14-16.

Beneplácito divino.-

En Efesios, capítulo uno, verso 9, seguimos leyendo: "*dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo...*". Vamos a para allí antes de continuar.

Nos habla este pasaje de "el misterio de la voluntad de Dios", lo que Dios tiene en Su corazón, lo que Dios eternamente ha querido, lo que Dios está decidido a hacer; y nos dice aquí que el misterio de Su voluntad es también según Su beneplácito. Es muy interesante ver que el misterio de la voluntad de Dios es según Su beneplácito. El beneplácito de Dios se refiere a lo que a Dios le place, lo que ha Dios le gusta, lo que es el deleite del corazón de Dios, exactamente aquello en lo cual Dios se deleita. El Señor, a los Suyos, desea darnos a conocer el misterio de Su voluntad; es decir, aquello en lo cual Él se complace.

No solamente debemos ser hijos de Dios salvos; Dios sí quiere que seamos salvos; pero no solamente para que nos deleitemos muy superficialmente en la salvación. La salvación tiene el propósito de recuperarnos para que logremos el beneplácito de Dios. Hay cosas que a nosotros nos placen, pero que todavía no placen a Dios; hay cosas en las cuales nosotros ya nos sentimos contentos, satisfechos, y creemos que es suficiente, pero que todavía no llenan la medida de Dios. Lo que nos debe interesar es cuál es la medida de Dios, qué es lo que a Dios le agrada, qué es lo que a Dios le place, qué es lo que Dios quiere, cuál es el misterio de Su voluntad según Su beneplácito; y acrecienta Pablo aquí: "**...el cual se había propuesto en sí mismo**". Dios es un

Dios que no solamente tiene deseos, pero que se va a quedar frustrado con esos deseos; no, no, no; Dios es un Dios todopoderoso, un Dios que sí sabe lo que quiere, un Dios que sí sabe a dónde va, un Dios que no le tiene miedo al enemigo, un Dios que conocía que habría enemigos, que habría dificultades, que habría problemas, pero que se decidió concretar el deseo de Su corazón, Su beneplácito, Su voluntad; por eso dice que se lo ha propuesto en Sí mismo.

Dios tiene una meta definida, y todos los hijos de Dios que hemos llegado a ser salvos por la gracia de Cristo, recibimos también gracia para ir conociendo qué es lo que Dios quiere y para qué fuimos salvados, para qué estamos siendo recuperados por Dios; es para colaborar con Dios en lo que El se ha propuesto.

(23)

Encabezamiento crístico.-

En Efesios capítulo uno, verso diez, el apóstol Pablo, inspirado por el Espíritu Santo, nos dice qué es lo que Dios se ha propuesto en Su corazón. En el verso nueve nos ha hablado de que, por la gracia de Dios, Él nos hace conocer el misterio de Su voluntad. Habíamos aprendido también en ese verso que el misterio de Su voluntad es según Su beneplácito, y que ese beneplácito y esa voluntad, Dios se lo había propuesto en Sí mismo; Dios se puso una meta.

Ahora en el verso diez, un verso importantísimo, un verso que nos muestra el blanco de Dios, nos dice qué es la meta que Dios se ha puesto. Y dice que Él se ha propuesto en Sí mismo reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. Este verso es sumamente importante; nos declara lo que Dios se ha propuesto. Dios tiene este propósito de reunirlo todo en Cristo.

Esta palabra que se traduce aquí "reunir", implica que las cosas originalmente en el plan de Dios estarían unidas, pero que habiendo habido una rebelión en el universo, el Señor también ahora viene a reunir las cosas. La palabra que se traduce aquí reunir, también puede traducirse, según otra versión, como encabezar (anakefalaiosastai).

Dios quiere encabezar las cosas con Cristo; las cosas están dispersas, las cosas están fuera de lugar cuando no están bajo los pies de Jesucristo, cuando no están bajo la autoridad del Señor. Por eso, lo que Dios quiere, a lo que apunta todo el obrar de Dios, y a lo que debe apuntar nuestra colabora-

ción con el Señor, es a que todas las cosas sean reunidas en Cristo Jesús.

Si habría una rebelión en el universo, el Señor lo conocía; y Dios se propuso remediar esta situación. Para eso Él hizo al hombre, y lo hizo a Su imagen, a Su semejanza, para que señoreara; y el hombre cayó de ese estado en que Dios lo creó. Pero entonces Dios ya conocía esto; así que planeó desde antes de la fundación del mundo una salvación para recuperarlo.

La salvación tiene, pues, el propósito de recuperar al hombre, para llevar adelante lo que Dios se ha propuesto. Dios quiere hacerle un gran regalo a Su Hijo. El Hijo de Dios está en el centro del corazón de Dios; lo que Dios desea es que Su Hijo tenga la preeminencia en todas las cosas. Dios quiere encabezar todas las cosas con Su Hijo, y le quiere dar al Hijo también una esposa, le quiere dar a Su Hijo también una Iglesia, unos compañeros. Dios quiere que el Unigénito sea también el Primogénito entre muchos hermanos, donde Dios pueda ser contenido, donde Dios pueda ser expresado, donde Su autoridad pueda tratar con el desorden en el universo, y pueda ser conocida Su gloria. La gloria de Dios está establecida, pero Dios desea también que sea manifestada y conocida.

Cuando nosotros vemos el Apocalipsis, en el último capítulo vemos allí a la Nueva Jerusalén teniendo ya la gloria de Dios. Este libro, que nos habla de la revelación de Jesucristo, de la culminación, de la consumación del plan de Dios, nos muestra la gloria de Dios manifestada en Su pueblo redimido. Vemos también sojuzgado el universo.

Eso es lo que Dios quiere; reunirlo todo en Cristo Jesús; ese es el blanco de Dios y debe ser el blanco de todo redimido.

Administración delegada.-

Leíamos en Efesios 1:10 que "Dios se había propuesto en Sí mismo, reunir todas las cosas en Cristo"; y nos dice también allí, "en la dispensación del cumplimiento de los tiempos".

Esta expresión, de que Dios ha de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, puede traducirse, "en la oikonomía", en la economía...

La palabra que aquí se traduce dispensación es la palabra griega que se dice "oikonomía", de oiko: casa; y "nomos": ley. Se refiere a la ley de la casa, se refiere al arreglo administrativo de Dios.

Dios, desde Su corazón, tiene un beneplácito; y según ese beneplácito se ha hecho un propósito, y ha puesto Su voluntad en el designio de alcanzar Su propósito; entonces ha diseñado un plan; y para llevar adelante ese plan ha hecho un arreglo administrativo.

Dios ha preparado todas las cosas según Su omnisciencia, según Su omnipresencia, según Su omnipotencia, para llegar a la meta que se ha propuesto. Y Él ha de llegar a esta meta "*en la dispensación del cumplimiento de los tiempos*", en la economía del cumplimiento de los eones. Los tiempos están marcados por Dios, los tiempos están siendo usados por Dios en Su propósito específico, y está desarrollándose una administración divina, una economía de Dios. Para eso vino el Señor Jesús, para llevar adelante la economía de Dios. Para eso Él envió a Sus siervos, para trabajar en Su economía, en Su dispensación, en Su administración.

Es por eso que el apóstol Pablo, en esta misma carta a los Efesios, capítulo tres, verso dos, dice: *"si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros; que por revelación me fue declarado el misterio como antes lo he escrito brevemente"*. El apóstol nos habla, pues, aquí, de una administración de la gracia que le fue dada para con los gentiles.

Existe, pues, una administración; y esta palabra administración es también en el original griego: "oikonomía", una economía de la gracia de Dios. Dios ha hecho un arreglo administrativo para dispensarse, para darse, para entregarse, para edificarnos en Él, y para concretar Su expresión de gloria en el universo. Y de este arreglo administrativo, que fue el que vino a llevar adelante el Señor Jesús, Él ha delegado a los apóstoles, y los apóstoles lo trasladan a la Iglesia. O sea que nosotros, la Iglesia, debemos ser los depositarios de la administración de Dios.

El Señor nos centre en el misterio de la administración de la economía Divina.

Evangelio, economía y propósito.-

En Efesios, capítulo tres, versículos ocho y nueve, nos dice así Pablo:

"A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cual sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas".

En este pasaje, el apóstol Pablo se presenta como el más pequeño, y ese es un buen marco para la grande y gloriosa gracia del Señor. Y dice Pablo que a él, el más pequeño de todos los santos, le fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio; y él no dice solamente aquí "el evangelio" y punto. Quizás algunos de nosotros diríamos: sí, yo también anuncio el evangelio; no lo vamos a discutir; pero Pablo no puso el punto final allí en la palabra evangelio, como si fuera una cosa muy simple, muy superficial; Pablo dijo: "*el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo*". Y usa la palabra inescrutable, mostrando que las riquezas de Cristo son tan profundas que no se pueden escrutar, que no se pueden escudriñar, que uno sigue penetrando en ellas y uno sigue encontrando el fluir de la gracia y del Espíritu de Dios.

Pablo, pues, fue constituido para anunciar el evangelio; no simplemente el evangelio como algo así muy superficial, sino el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo.

Quizá nosotros, al haber conocido un poco más al Señor y al evangelio, hubiéramos puesto el punto final entonces aquí; quizá no lo pondríamos en

evangelio; quizá no diríamos: sí, yo anuncio el evangelio, punto. Quizá podríamos decir: sí, anunciamos el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, punto. Pero tampoco Pablo puso el punto final aquí. Él dice que le fue dada la gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, "y..."; esta palabra "y", es una conjunción; hay algo más que Pablo tenía en su corazón: "...y de aclarar a todos cual sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios que creó todas las cosas".

Es importante notar allí que el apóstol no solamente anunciaba el evangelio de salvación; ¿por qué? porque la salvación es para recuperar a los redimidos para el propósito de Dios; lo que Pablo llama allí: "*el misterio escondido desde los siglos en Dios*". Dios no creó al hombre para que cayera y entonces salvarlo y poner punto. No, la intención de Dios no era que el hombre simplemente cayera y salvarlo. No, cuando Dios planeó las cosas desde la eternidad, le dio un lugar especial al hombre; pero como la caída habría de venir, entonces Dios remedió el accidente de la caída por medio del plan de salvación. El plan de salvación es, pues, para recuperar al hombre de ese accidente que sufrió.

Pero recuperarlo ¿para qué? para volverlo a colocar en el centro de la mira Suya, en el centro de Su propósito, para concretar con el hombre, ahora recuperado, el propósito que Él tiene desde antes de la fundación del mundo.

Por eso Pablo no solamente anunciaba el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, que son aquellas que nos salvan, que nos dan el perdón, la reconciliación, la renovación, la regeneración, la justificación, la santificación, y cuantas cosas más. Todas estas riquezas de Cristo y de la gloria del Señor para recuperar al hombre, son para volvernos a poner en la línea del cumplimiento del propósito Divino.

Por eso Pablo anunciaba el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y también aclaraba a todos cual es la economía divina, la “oikonomía”, la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios.

(26)

Economía e Iglesia.-

Así como se lee en Efesios, capítulo tres, el mencionar de Pablo acerca de su anunciar el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de su aclarar a todos cual sea la dispensación o economía del misterio escondido desde los siglos en Dios, también a los colosenses Pablo les hablaba de este asunto importantísimo.

En el capítulo uno de la carta de Pablo a los colosenses, leemos en el verso 25, que él dice que él fue *"hecho ministro de la iglesia, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre"* .

Vemos, pues, que Pablo aquí a los colosenses les habla, y a nosotros que lo leemos también, de la administración de Dios que le fue dada. Dios tiene un plan, Dios tiene un propósito; por lo tanto ha hecho un arreglo administrativo para llevar adelante ese propósito. Entonces se le encomendó a Pablo la administración de ese misterio escondido desde los siglos en Dios. Entonces por eso es que Pablo habla también de estas cosas con suma atención; y nosotros, todos los hijos de Dios, y como Iglesia, debemos estar muy interesados en cual sea el misterio de la dispensación, de la economía, de la administración de Dios y de de Su gracia.

Es importante ver que a los efesios Pablo les había dicho, en el capítulo tres, de que todo eso era relacionado a la Iglesia; por eso es que después de hablarles de la dispensación del misterio escondido, él dice en efesios 3:10: "*para que...*"; la expresión "para que" nos dice para qué él anunciaba lo que aparecía como un misterio; él dice: "*para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor*".

La Iglesia, pues, tiene un lugar importantísimo en el propósito eterno de Dios. La Iglesia no es un accidente, la Iglesia es el centro del beneplácito de Dios. Todo lo relacionado a la Iglesia es algo de suma importancia, porque toca el misterio del corazón de Dios y de Su voluntad.

La pregunta por la administración.-

Cuando leemos en diversos pasajes de la palabra del Señor acerca del misterio escondido desde antes de los siglos en Dios, cuando leemos de la dispensación de Dios, cuando leemos de la administración de Dios y de la administración de Su gracia, entonces nos damos cuenta de que realmente existe una economía Divina. Esa es la palabra "oikonomía", que aparece en el griego del Nuevo Testamento, y que se traduce dispensación, o administración, o mayordomía, o comisión, o edificación en el caso de primera a Timoteo 1:4.

Ahora bien, si ya hemos visto en la palabra del Señor que realmente existe una administración de Dios, una administración de Su gracia, una economía divina, entonces debemos preguntarnos muy bien: entonces si existe una administración específica de Dios, ¿qué es esa administración? ¿en qué consiste esa administración?

Porque cuando hablamos de administración, o de dispensación, o de mayordomía, o de edificación, o de comisión, se está hablando de un programa específico; hay algo que se está dispensando, hay algo que se está administrando, hay algo por lo cual somos responsables. Si hemos sido puestos por el Señor como mayordomos, es decir, como encargados de los bienes del Señor, entonces debemos comprender en qué consisten estos bienes, en qué consiste el arreglo administrativo del Señor, en qué consiste la edificación de Dios y Su dispensar.

Por eso es que al mencionar la palabra "oikonomía", o economía de Dios, o administración, debemos pensar: ¿qué es?, ¿en qué consiste?, ¿qué es lo que se administra?, ¿quiénes lo administran?,

¿a quiénes se administra?, ¿cómo se administra?, ¿para qué se administra?

Nosotros, los hijos de Dios, y como un solo cuerpo, debemos comprender que somos colaboradores del plan de Dios y del propósito divino; y vemos que Dios en Su economía, en Su administración, tiene algo que administrar, y tiene también un escogido fundamental, que es el mismo Señor Jesús, para dirigir la administración; y el Espíritu Santo, en Su nombre, a través de la Iglesia, debe llevarla también adelante.

También vemos que la palabra del Señor nos muestra el objeto de esa administración, a quien se administra lo que Dios administra.

Todas estas cosas debemos tenerlas muy presente al escudriñar en la palabra de Dios la economía divina, la administración de la gracia de Dios.

En qué consiste la economía divina.-

Cuando hablamos de la administración de Dios, debemos entonces preguntarnos: ¿en qué consiste la administración, o la economía divina?

Podríamos resumirlo en la siguiente frase: **La economía de Dios es el mismo Dios dispensándose, o administrándose, al hombre tripartito individual y corporativamente, en Cristo, y por el Espíritu, con el fin de expresarse, y también tratar con Su enemigo, estableciendo Su autoridad en el universo.**

De los distintos pasajes de la palabra en Efesios, en Colosenses, y en otros lugares del Nuevo Testamento, captamos que Dios tiene una economía, una administración.

Recordamos que esa palabra economía, u "oikonomía", del griego del Nuevo Testamento, implica varios aspectos: implica dispensación; de manera que hay Alguien que está dispensándose, el cual es Dios mismo. Implica también administración; quiere decir que Dios se está dispensando según un arreglo, según un programa que El ha elaborado. Implica también mayordomía, que quiere decir, entonces, que lo que Dios está dispensando según Su arreglo, ha sido encargado a personas para que lo transmitan; es decir, Dios ha arreglado dispensarse a través de mayordomos, de los cuales todos juntos y cada uno tiene una comisión. La otra palabra que implica economía es edificación.

Entonces Dios está dispensándose según un arreglo administrativo, y ha constituido mayordomos para una edificación. Es la edificación de Dios mismo. Dios mismo, a través de Cristo, y por el Espíritu,

entregándose al ser humano, en su espíritu, para encaminar su alma, y también para vivificar su cuerpo, y para edificar el cuerpo de Cristo.

No es solamente una edificación de individuos, sino una edificación corporativa de la Iglesia universal expresada, en cada localidad como un candelero, la iglesia de la población. Dios se deposita Él mismo, y lo hace en la iglesia de la localidad, para entonces tratar con Su enemigo. La Iglesia tiene que luchar corporativamente, en virtud de Dios, por Cristo, y por el Espíritu, contra el enemigo, y establecer el reino de Dios, la autoridad de Dios.

En esto es en lo que consiste la administración o economía divina.

Dios, gracia y misterios.-

En la medida en que por el Espíritu Santo de Dios, por la palabra de Dios registrada en la Biblia, y especialmente en el Nuevo Testamento, vamos conociendo poco a poco lo que es la economía divina o la administración de Dios, y en qué consiste, debemos detenernos entonces en considerar qué es lo que la palabra de Dios nos dice que se administra, qué es lo que se dispensa.

Comencemos leyendo la primera epístola de Pablo a los corintios, capítulo cuatro; nos dice así el apóstol Pablo: "*Así, pues, ténganos los hombres por servidores de Cristo, y **administradores de los misterios de Dios***". Entonces una de las cosas que se administra es los misterios de Dios. Esto está en primera a los corintios capítulo cuatro, verso uno.

Podemos ver también ahora Efesios, capítulo tres, verso dos; allí el apóstol Pablo dice: "*si es que habéis oído de la **administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros***". Entonces vemos allí la expresión: administración de la gracia de Dios. En la economía divina se administran los misterios de Dios y la gracia de Dios. Esta expresión también la utiliza el apóstol Pedro en su primera carta, en el capítulo cuatro, verso diez, donde dice: "*cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como **buenos administradores de la multiforme gracia de Dios***". Buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Se administran, pues, los misterios de Dios y la multiforme gracia de Dios.

Una expresión que aparece en la epístola paulina a Tito es muy interesante; allí el apóstol, escribiendo a Tito acerca de los obispos, dice en el

capítulo uno, en el versículo siete: "*es necesario que el obispo sea irreprochable como administrador de Dios*"; administrador de Dios. Por una parte implica que lo que se administra es a Dios mismo; y también que es de parte de Dios. Administrador de parte de Dios, y administrador de Dios mismo. Dios está fluyendo a través de la iglesia; la vida divina corre por el Espíritu Santo a través de la iglesia, revelando los misterios de Dios y entregando la gracia de Dios, la gracia de Dios en Cristo, por el Espíritu, depositada en la Iglesia para ser administrada.

Entonces en la economía divina, repetimos, resumimos, se administra fundamentalmente: Dios mismo, la gracia multiforme de Dios y los misterios de Dios. Dios en Gracia, y a través de Sus misterios revelados conforme están en Su palabra, constituye el capital que se administra en la economía divina. Dios le bendiga.

(30)

El Ungido.-

Al considerar en la palabra del Señor el importantísimo y central tema de la economía divina, de la administración de Dios, del programa del plan divino, y ver que lo que se administra es Dios mismo a través de Su gracia, la gracia multiforme de Dios, y los misterios de Dios, debemos también preguntarnos quién lo administra. Y debemos comenzar principalmente por el principal administrador de Dios, Jesús, el Hijo del Dios viviente, el Cristo. El Cristo, es una palabra griega traducción de la palabra hebrea que en la traducción es el Mesías.

El Cristo o el Mesías significa "el Ungido"; ungi-do quiere decir: el encargado, el designado por Dios para llevar adelante el plan de Dios, cumplir el programa del propósito divino, para el cual Dios ha hecho un arreglo administrativo y se está dispensando en esta economía divina. El Cristo, pues, quiere decir, el Ungido.

Si nosotros, por ejemplo, pensamos en un país que tiene cierto tipo de gobierno, digamos, republicano, entonces vemos que se presentan varios candidatos con un programa, con una manera especial propia de ellos para administrar el país. Si ellos pertenecen a un partido, ellos administrarían según el punto de vista de ese partido; pero si pertenecen a otro partido, entonces no administrarían así sino así. Si ellos son de tendencia capitalista, pues administrarían al estilo capitalista; si ellos fueran comunistas, o socialistas, administrarían de otra manera; y si fueran nazis administrarían de otra manera. Y hay muchas diferentes formas de administrar.

Entonces, al presentarse a la elección popular, el pueblo elige aquel que ha de ser su gobernante;

es decir, elige cual es la clase de economía o de administración que quieren que se desarrolle en su país. Una vez que ese candidato resulta elegido, entonces es investido, o ungido y autorizado para poner en marcha el programa de su estilo propio de administración, tomar el país y arreglarlo de la manera que él piensa.

Pues bien, así como en la tierra existen distintas clases de programas administrativos, y distintos estilos, Dios tiene Su programa también. Dios tiene en Su corazón un programa, Dios tiene un plan, Dios tiene un propósito, y Dios ha hecho un arreglo administrativo; y Aquel que ha sido ungido por Dios, y por el pueblo de Dios, es el Cristo de Dios, el Mesías, el Ungido, el Señor Jesús. Él es el que ha sido encargado para llevar adelante la economía divina, la administración de Dios, para darnos a Dios, la gracia de Dios, y revelarnos los misterios de Dios. Cristo, el Mesías, el Ungido, el encargado por Dios, y reconocido por Su pueblo, para llevar adelante la administración específica y única de Dios.

Dispensarse del mismo Dios Trino.-

En la economía Divina, administrada por el Señor Jesús, el Cristo, el Ungido de Dios, para desarrollar y llevar a concreción el programa de Dios con la creación y con los hombres, vemos también que el Administrador ha enviado al Espíritu Santo, y el Espíritu Santo es el que viene en el nombre de Jesucristo.

Así como el Hijo vino en el nombre del Padre, así el Espíritu Santo viene en el nombre del Hijo. Y no solamente que el Hijo vino en el nombre del Padre, sino que también el Padre vino en el Hijo; "*Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo*"; Jesús dijo: "*no me ha dejado solo el Padre, el que me envió, conmigo está*". De la misma manera, el Espíritu Santo no viene solo, sino que El toma lo que es del Padre y lo que es del Hijo. Eso nos lo registra, en las palabras de Jesús, el apóstol Juan; Jesús dijo: "*el Espíritu tomará de lo mío y os lo hará saber; y todo lo que tiene el Padre, dice el Señor Jesús, es mío*"; por lo tanto, "*el Espíritu tomará de lo mío y os lo hará saber*".

Así que por medio del Espíritu Santo, Cristo viene a nosotros; y el que recibe a Cristo, recibe también al Padre; de manera que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, morando en la Iglesia, van desarrollando el programa Divino.

Dios dispensándose, según un arreglo administrativo, al hombre corporativo que llega a ser la Iglesia, para establecer Su reino, y tratar con Su enemigo; ésta es la edificación que Dios está haciendo.

Esta edificación, entonces la realiza hoy en la Iglesia el Espíritu Santo. En la Escritura se dice también: "*el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros*"; lo dijo Jesús. También en Gálatas está la expresión: "*por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de Su Hijo*"; así que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo desarrollan la economía, o la administración divina, en la tierra, a través del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, expresada en los candeleros locales, la iglesia en cada localidad.

Es importante comprender que, aparte del Espíritu Santo, aparte de la corriente de vida divina, no se puede llevar adelante la obra de Dios. La obra de Dios, es de Dios, es Divina, y es fundamental que el mismo Dios esté interviniendo en ella; tiene que ser de Él, tiene que ser por El, y tiene que ser para El. Si no es de El, es obra humana, o terrenal, o de otra fuente. Pero no solamente tiene que ser de El; tiene que ser también por El; o sea que la presencia del Espíritu tiene que estar viviente y gobernando la obra de Dios, el desarrollo de Su administración y de Su programa. Y tercero, debe ser para El. Debe ser según los propósitos y motivos de Dios. No deben usarse las cosas de Dios para justificar otros intereses y otros motivos.

El Espíritu de Dios, la vida Divina, son los únicos que pueden adelantar el programa de Dios.

Ecónomos.-

Dios administra Su economía a través de Cristo y por el Espíritu Santo. Ahora bien, Dios, Cristo y el Espíritu Santo, la Divinidad, ha delegado Su trabajo de administración a mayordomos, o administradores.

Esas dos expresiones las tenemos en la Biblia: la palabra “mayordomos”, y también la palabra “administradores”; y en un pasaje en Gálatas están las palabras “tutores” y “curadores”. Pues bien, la Escritura, en el original griego, usa una palabra que es “*oikónomos*”; o sea, los “ecónomos”, las personas humanas encargadas de trabajar en la economía Divina, en la administración de Dios, de Su gracia y de Sus misterios. Dios ha delegado Su autoridad; y a través de Su vida y de Su Espíritu, ha constituido apóstoles, ha constituido obispos o presbíteros; y también, los mismos santos son los ecónomos de Dios, son los administradores de la gracia de Dios, y de los misterios de Dios, y de la misma vida de Dios que fluye por el Espíritu Santo a través de la Iglesia.

Los ecónomos, o administradores de Dios, lógicamente que no pueden independizarse de la administración divina, o del programa divino realizado por el Ungido, por el Cristo, por, la Cabeza. Si un presidente de un país constituye un gabinete de quince o doce ministros, o los que fuere el número, esos ministros no pueden hacer de su departamento una republiqueta independiente; ellos deben administrar según el plano del administrador cabeza.

Asimismo en la Iglesia, cada uno de sus ministros no debe administrar en forma independiente, porque no está construyendo una pared sin tener relación con aquel otro que está construyendo otra

pared de la misma casa. De otra manera, no se edificaría la casa de Dios, sino que construiríamos un laberinto, pero no la casa de Dios. Por eso, todos los ministros debemos formar parte de la economía divina, y trabajar en la edificación de la casa de Dios, del cuerpo de Cristo, cada uno según su actividad, cada uno según su función, pero todos trabajando en la línea del propósito de Dios.

No debemos, pues, independizarnos del plano. Si vamos a levantar una casa, a construir un edificio, existe un plano, existe una maqueta. En el Antiguo Testamento tenemos la maqueta, tenemos la figura, tenemos el símbolo, el tipo; y en el Nuevo Testamento tenemos el plano y el registro de la verdadera y auténtica edificación de la Iglesia, del cuerpo de Cristo.

Todos los ecónomos deben trabajar, pues, en esta economía, y no erigir una administración rival y contradictoria con la línea central del propósito divino. La corriente de la vida divina va vivificando al cuerpo de Cristo en general, y a todos sus miembros en particular, para desarrollar el propósito divino según el programa Divino. De manera que cada uno de los miembros del cuerpo de Cristo, no importa cuál sea su función, no debe trabajar aisladamente ni desconectado de la intención de Dios.

Debemos compenetrarnos del estilo de gobierno y administración de la Cabeza: el Ungido, y realizar el trabajo según Dios y Su palabra.

(33)

Tres clases de ecónomos.-

Los administradores de la economía divina son, pues, llamados, según el lenguaje del Nuevo Testamento, *oikónomos*, o ecónomos; lo cual se traduce administradores, o dispensadores, o mayordomos, o tutores y curadores.

Muchas veces, cuando hablamos de mayordomía, a veces pensamos solamente en al aspecto económico; a lo mejor de la ofrenda, o a lo mejor del diezmo; pero la palabra "mayordomo" es una palabra más grande en las Escrituras. No somos solamente mayordomos de algún dinero, aino que somos mayordomos de todo lo que Dios nos ha dado; y Dios nos ha dado también una revelación a través de Jesucristo, que está consignada en el Nuevo Testamento, donde está la intención de Dios y el programa de Dios.

De manera que los administradores debemos trabajar en conjunción con el Administrador Jefe, con la Cabeza. El, a través del Espíritu Santo, ha constituido ecónomos. Esos ecónomos son principalmente de tres clases; aunque todos son hermanos en Cristo, pero en las Escrituras se les llama ecónomos primeramente a los apóstoles; administradores; eso está en primera a los Corintios, capítulo 4, donde dice Pablo: "*Ténganos los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dio; ahora bien, se requiere de los administradores, (de los ecónomos), que cada uno sea hallado fiel*"; fiel en relación A Dios y al programa divino. Entonces vemos en primera a los Corintios, capítulo 4, verso 1, a los ecónomos, a los administradores apóstoles, encargados de administrar los misterios de Dios.

También vemos en Tito, recordando esa carta de Pablo a Tito, que allí los obispos o presbíteros son también llamados ecónomos o administradores. Allí dice que es necesario que el obispo sea hallado irreprochable como administrador de Dios, como ecónomo de Dios, como persona encargada de la economía Divina.

Entonces vemos a los apóstoles como administradores de los misterios de Dios, cuya jurisdicción es la Iglesia universal; los apóstoles son constituidos en el ámbito general del cuerpo de Cristo, en una región de la obra de Dios que abarca muchas localidades. Allí los vemos a ellos administrando los misterios de Dios.

Ahora, vemos a los obispos, o también llamados presbíteros, o ancianos de la iglesia de la localidad, que su jurisdicción es la ciudad o localidad donde el Señor ha establecido Su candelero. La Iglesia universal se expresa a través de las iglesias de las poblaciones, que son los candeleros. Cada candelero son todos los hijos de Dios que están en una ciudad, y forman la iglesia de esa ciudad. El presbiterio, o conjunto de obispos, de ancianos encargados allí de la iglesia del Señor en la población, son los administradores o ecónomos encargados de esa economía ahora local.

Y los santos, dice Pedro, son también administradores de la multiforme gracia de Dios; dice: "*como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios*". Pedro y Pablo hablan, pues, de que los apóstoles, obispos, y santos son los ecónomos encargados del programa divino.

Objeto de la administración.-

En el Nuevo Testamento vemos, pues, que existe una economía divina, una administración de Dios, donde Dios mismo se administra, donde la gracia multiforme de Dios es administrada, y donde los misterios de Dios son administrados, de parte del encargado principal que es la Cabeza, el Ungido, a través de Su vicario que es el Espíritu Santo, y a través de las autoridades delegadas, los apóstoles, los obispos, y también los santos; cada uno tiene autoridad en su función particular en el cuerpo de Cristo.

Así que recordamos que hay algo que se administra, hay quienes lo administran, y ahora tenemos que ver a quien se administra; porque una administración tiene un capital, tiene una manera de administrarse, y tiene también un destinatario, un objeto de esa administración, a quien se administra.

Vemos en las Escrituras principalmente tres áreas fundamentales en las cuales se desarrolla la administración de Dios. Vemos que se ministra a Dios, y se administra a todo hombre, y específicamente a la casa de Dios; y dentro de la casa de Dios, unos a otros.

Dios, Su gracia y sus misterios, se administran en esta triple dirección: hacia todo hombre en lo exterior, a la casa para edificarla en lo interior, y dentro de la casa unos a otros. Y todo para la gloria de Dios. Eso podemos revisarlo, por ejemplo, inicialmente en Colosenses capítulo 1, versículos 25 al 28, donde nos dice Pablo que fue: "*hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, el misterio que había estado oculto desde*

los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles"; aquí vemos a los santos como destinatarios; pero continúa: "ese misterio es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre".

De manera que la administración de Dios tiene como objeto al hombre para la gloria de Dios; todos los hombres deben recibir la corriente de vida de Dios, la palabra de Dios, la administración de los misterios, y de la gracia de Dios, y de la misma vida de Dios, para que sean regenerados y perfeccionados para Dios.

Vemos también en Mateo 24:45, que ante una pregunta de unos de los apóstoles, el Señor dijo en una de sus parábolas: "*¿quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa, para que les dé el alimento a tiempo?*" Vemos, pues también, que la casa de Dios es objeto de la mayordomía de los siervos del Señor. El siervo del Señor debe dar el alimento a la casa de Dios. Y 1Pedro 4:10 dice: "*Cada uno, según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios*". Entonces también los santos se administran unos a otros la multiforme gracia de Dios. La gracia de Dios, a través de unos para con otros, debe ser el ambiente normal de cada iglesia.

Se administra, pues, a los hombres, a la casa, y en la casa, los santos unos a otros, para la gloria de Dios.

Ministerio del Nuevo Pacto.-

En la administración o economía divina hay algo, pues, que se administra, hay quienes lo administran, hay a quienes se administra, y también está establecida en la palabra del Señor la manera cómo se administra.

Dios no nos ha dejado en plena libertad de administrar Su gracia, ni de administrar Sus misterios en Su economía o administración, de la manera como a nosotros nos place. El ha establecido el ministerio del Nuevo Pacto. Especialmente en la segunda carta a los Corintios, en el capítulo 3, se nos habla del ministerio del Nuevo Pacto. Esas son palabras muy importantes: “ministerio”, “Nuevo” y “Pacto”. Aquí se nos habla de la manera cómo se administra; y en primer lugar, del ministerio.

Ministerio quiere decir simplemente servicio; ministerio, no es, pues, un título altisonante para que nosotros nos levantemos a nosotros mismos; no, ministro quiere decir sirviente, quiere decir servidor; ministerio es, pues, el servicio de Dios, del Señor Jesús, del Cristo, quien vino como el siervo de Yahveh para servir a Dios y para servir a los hombres. Ministerio es, pues, servicio; se administra un servicio; lo que se hace es servir a Dios y a los hombres; no servirse de Dios ni de los hombres. Claro que Dios nos ayuda, pero servimos a Dios y servimos a los hombres.

Otra cosa; se le dice también Nuevo Pacto; servicio o ministerio del Nuevo Pacto. ¿Por qué es nuevo? es nuevo en relación a un pacto antiguo; existía un pacto antiguo, había una alianza, pues pacto quiere decir alianza; había una alianza que Dios había realizado con Israel, algo que estaba fuera de

ellos, ya que estaban en la carne; ellos trataban de agradar a Dios cumpliendo en sus propias fuerzas una ley que estaba escrita en tablas y rollos fuera de ellos; pero ahora el Señor ha establecido un pacto nuevo, una alianza nueva donde Dios mismo se dispensa por Su Espíritu, se administra dentro de los hijos de Dios. Entonces es el Espíritu de Dios el que lleva adelante el transmitir, el ministerio de la gracia de Dios, de la justificación de Dios.

Cuando en el Nuevo Testamento nos encontramos con el antiguo pacto, resultamos condenados y muertos; pero ahora, al encontrarnos con la gracia de Dios, resultamos justificados y vivificados.

Se administra, pues, conforme al Espíritu, y se administra gracia y justificación de Dios.

(36)

Para la obra del ministerio de edificación del cuerpo de Cristo.-

Recordamos que en la Palabra hay una administración divina: Dios, Su gracia y Sus misterios se administran. Lo administra Cristo, Su Espíritu, Sus apóstoles, Sus obispos y en general a todos Sus santos. Se administra a todo hombre, a la casa de Dios, y en la casa de Dios los santos unos a otros; se administra la multiforme gracia de Dios, para Su gloria. Se administra también conforme al servicio o ministerio del Nuevo Pacto, en el Espíritu.

Muy bien, habiendo, pues, visto, que hay una economía divina, en qué consiste, que es lo que se administra, quien lo administra, a quien se administra, cómo se administra, debemos ver también para qué se administra.

Vamos a ver un pasaje muy importante en Efesios capítulo 4, verso 13; pero vamos a leer desde el verso 11: "*Y él mismo... (o sea, el Señor que descendió y ascendió) ...constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de... (aquí nos muestra el objetivo, la meta para la cual Dios ha constituido apóstoles, etc.) ...a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*".

Vemos, pues, que el Señor administra para algo específico; Dios se ha puesto una meta; y la meta que Dios se puso, para la cual se ha hecho un arreglo administrativo, debe ser también la meta de

todos los que hemos sido salvados y llamados a colaborar y a participar en la administración divina, y en el reino del Señor.

Vemos, pues, que los apóstoles son constituidos para la edificación del cuerpo; también los profetas, también los evangelistas, etc.; ningún siervo del Señor está fuera del programa administrativo de Dios. Cada uno de nosotros, los que Dios ha llamado y nos ha involucrado en esta tarea y en este objetivo Suyo, en esta meta, está dentro de este marco. Por eso dice que es para la edificación del cuerpo de Cristo.

Cada apóstol debe preguntarse para qué ha sido enviado; cada profeta debe preguntarse qué es y con qué propósito profetisa; cada pastor debe saber para qué pastorea; cada evangelista debe saber para qué evangeliza; cada maestro debe saber para qué enseña. Es para perfeccionar a los santos; pero allí nos está el punto final. No se trata solamente de perfeccionar a los santos en sentido individual, y ni siquiera solo en lo familiar. Se trata de algo mucho más profundo. Se trata de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio de la edificación del cuerpo de Cristo.

Existe algo que se llama el ministerio; es el servicio que Dios realiza a través del cuerpo de Cristo en general; y todos los santos, como miembros del cuerpo de Cristo, deben desarrollar la obra del ministerio. Y la obra del ministerio es también ¿para qué? No para formar auditorios privados y particulares de líderes. ¡No!; todos los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros están constituidos para la edificación del cuerpo de Cristo; y esa medida no tiene que quedarse a la mitad; es hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a la estatura de la medida de la plenitud de Cristo.

(37)

Vida y edificación.-

En el libro del Génesis nosotros encontramos varias cosas importantes; encontramos a Dios y al hombre en el huerto, y en medio del huerto encontramos el árbol de vida, y encontramos también un río que fluye del huerto para regar el huerto, y que nos lleva a una tierra donde hay materiales preciosos; y el hombre está en aquella situación.

Al final de la Biblia, en el libro del Apocalipsis, cuando vemos ya la consumación del plan de Dios, del programa divino, encontramos también al árbol de vida, encontramos también al río de vida, encontramos también a Dios y al hombre; pero encontramos, además del paraíso, una ciudad, la Santa Ciudad, la Nueva Jerusalén de Dios y el hombre, la morada de Dios con los hombres, el Tabernáculo de Dios con los hombres

Vemos, pues, un desarrollo desde el libro del Génesis hasta el libro del Apocalipsis; y a lo largo de la palabra del Señor nos encontramos con un tema que se repite constantemente y que se va desarrollando progresivamente; nosotros vemos a Dios preparando una edificación.

Vemos, pues, la vida divina dirigida hacia una edificación de parte de Dios, donde Dios y el hombre lleguen a ser una morada mutua; vemos esa línea central en la palabra del Señor.

La palabra clave en la Biblia, en el Antiguo Testamento, es la palabra vida, la vida divina; es Dios revelado como vida, como árbol de vida para alimento del hombre, para que el hombre se alimente de Dios, y Dios pueda edificarse una casa para Sí mismo, donde El pueda ser contenido, donde El

pueda ser expresado, donde El pueda ser representado, donde El pueda tratar con Su enemigo.

Entonces, la otra palabra clave, es la palabra que vemos también en el Nuevo Testamento: es la palabra edificación; la palabra edificación es otra palabra clave; la palabra vida y la palabra edificación son dos palabras muy importantes en las Sagradas Escrituras. Dios, por medio de Su vida, está desarrollando una edificación.

Ese es el programa divino, esa es la administración divina, hablando a grandes rasgos, en forma muy somera y muy panorámica.

Debemos, pues, hermanos, aprender a centrarnos en todo aquello que nos vivifica de parte de Dios, y que nos edifica en comunión corporativamente; porque lo que comenzó en el Génesis, terminará en el Apocalipsis; y lo que se está desarrollando a lo largo de la palabra del Señor, nos lleva hacia esa meta y hacia ese objetivo.

Eventualmente todos los hijos de Dios estaremos haciendo parte de aquella grande edificación de Dios, de la gran ciudad de Dios, de la Nueva Jerusalén de Dios; esa será la consumación de la edificación de Dios.

Dios, con Su vida, edificando con el hombre rescatado, la Iglesia, un solo cuerpo, un solo y nuevo hombre, una casa, un edificio para morada de Dios en Espíritu.

Vemos allí que, por una parte, el hombre es una casa para Dios; por otra parte, vemos también que Dios es una casa para el hombre. Dios y el hombre juntos es el programa de Dios.

(38)

Pareja.-

Desde el comienzo de la palabra del Señor encontramos una pareja; esa pareja avanza a lo largo de toda la Biblia.

En el libro del Génesis encontramos a Dios y entramos al hombre; eso está simbolizado también en Adán y Eva. Adán, como se nos dice en la carta a los Romanos, el primer hombre, el primer Adán, es figura del que había de venir; o sea de Cristo y la nueva Eva, que como ella fue tomada del costado de Adán, y es figura de la Iglesia de Cristo. Entonces vemos ya desde el mismo principio, desde el comienzo del trabajo de Dios con el hombre, esa preciosa figura de una pareja. Dios quiere tener una pareja.

El Señor Jesús usó una parábola muy preciosa. El dijo: "*Había un rey que quería hacerle bodas a su hijo...*". Ese rey lógicamente que es Dios; y allí nos dice el Señor Jesús que es lo que quería Dios; dice: "*un rey que quería hacerle bodas a su hijo*". Hay algo que está en el corazón del Padre, y es Su Hijo; el Hijo está en el seno del Padre; el amor intenso del Padre es por Su Hijo; Dios ama profundamente al Hijo.

El Padre ama al Hijo y le ha entregado todas las cosas; entonces El ha querido hacerle bodas a Su Hijo; eso es lo que Dios ha querido; por eso en el principio aparece Adán y aparece Eva.

También vemos en los profetas como Dios, muchas veces, habla de ser el marido; y como muchas veces habla a Su pueblo de ser Su esposa. Israel habla de la Hija de Sion; y en el Nuevo Testamento vemos con mucha más claridad a Cristo como el esposo, y a la Iglesia como la esposa; eso es

un encuentro mutuo; esa es una pareja que se complementa.

Dios quiere una creación en la cual El pueda ser expresado, en la cual halle satisfacción, y que esa creación halle satisfacción en El; entonces por eso es que vemos este rema de la pareja y de la edificación.

La palabra que utiliza el idioma hebreo para la hechura de Eva de la costilla, es la palabra edificación justamente; en la Palabra en hebreo dice que Dios le edificó de la costilla una compañera idónea. Esa palabra es muy importante; es una palabra que se repite en toda la Escritura, y que nos muestra a grandes rasgos qué es lo que Dios tiene en Su corazón.

Dios quiere casarse; Dios se ha revelado en Su Hijo Jesucristo; y Dios quiere que Su Hijo Jesucristo tenga la preeminencia; que Su Unigénito sea también primogénito, que tenga muchos hermanos semejantes a El, coherederos con El, que reinen con El, que lo expresen también a El, que estén en un acuerdo con El, que sean como una esposa para El; así como vemos en el Salmo 45 al rey, y vemos también a la reina a la diestra del rey. Vemos al heredero de toda plenitud, Cristo Jesús, el Hijo primogénito de Dios, y vemos también a la iglesia, su compañera, coherederos con El.

Este es un tema importante en la palabra del Señor.

(39)

Elementos primordiales.-

Cuando vemos en la palabra del Señor el precioso tema de la edificación de Dios y del matrimonio de Dios, de la pareja universal de Dios con la humanidad, de Cristo con la Iglesia, y de la edificación de la casa de Dios, debemos preguntarnos cómo se realiza esto, qué elementos intervienen allí, qué parte tiene Dios, qué parte tenemos nosotros, cómo podemos colaborar eficazmente con este programa de Dios.

Primeramente, entonces, debemos ver los dos elementos principales. El principal elemento, pues, es lógicamente Dios; y el elemento complementario es lógicamente el hombre. Dios y el hombre son las dos partes principales de este programa divino, de este casamiento de Dios, de esta edificación de Dios; Dios por una parte, y el hombre por otra parte.

Entonces debemos ya ir más despacio. Y ¿Quién es Dios? ¿Cómo es Dios? y ¿qué ha hecho Dios? y ¿cómo lo ha hecho? y ¿para qué lo ha hecho? También tenemos que entender a la contraparte o al complemento; mejor, al hombre; ¿cómo es el hombre? ¿Cómo ha sido hecho? ¿Cómo está diseñado? ¿De qué manera funciona, y cómo se relaciona con Dios, y qué le ha pasado, cómo ha caído, qué le ha acontecido en su naturaleza con la caída? Pero ¿qué ha hecho Su esposo, que ha hecho el Señor para rescatarlo, para recuperarlo, y cómo lo recupera, y cómo logra conseguir otra vez al ser humano, y redimirlo, y rescatarlo? Esa es la iglesia; la iglesia es el hombre redimido corporativo.

Para Dios solamente hay dos hombres; El dice, el primer hombre: Adán; y el segundo hombre: Cristo. El primer hombre nos incluye a todos; todos fuimos

creados en Adán, todos fuimos diseñados como Adán, y todos heredamos lo que Adán era.

Así también, el segundo hombre es Cristo; también Dios lo engendró; El realizó una obra de vivir, de morir, de resucitar, de ascender, de enviar su Espíritu, de morar en nosotros y traernos a Dios para dentro; y entonces también en Espíritu heredamos de este segundo hombre Sus características.

Todas estas cosas son importantes en la palabra del Señor, porque nos muestran lo que Dios es, lo que el hombre es, lo que la Iglesia es, lo que nosotros somos, lo que Dios quiere. Y si es también lo que nosotros queremos. Como Iglesia debemos querer lo que Dios quiere; entonces nos pondremos a colaborar con El de una manera discernidora, entendiendo las prioridades de Dios, según el propósito de Dios.

(40)

Nuestro disfrute.-

Unos de los Salmos nos dice: "*No hay para mí bien fuera de ti, Señor*".

El Señor debe ser el centro de nuestro corazón; eso es lo que nos conviene a nosotros; eso es lo que el Señor nos mandó primero. Aunque ahora no estamos bajo la ley, sin embargo, la ley nos refleja lo que el Señor decía en Su corazón que nos convenía; lo primero que El mandó es: "*Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas; y en segundo lugar, a tu prójimo como a ti mismo.*" Aquí vemos, pues, a Dios y al hombre ¿amén? .

Ahora, Dios tiene que ser, pues, para nosotros, el centro de nuestra vida, el centro de nuestra búsqueda; y debemos conocer a Dios, y no solamente conocerlo de una manera mental, sólo teológica, aunque esa es una parte también necesaria; pero debemos conocerlo de una manera vivencial y espiritual.

Nuestro ser humano tiene tres partes: espíritu, alma y cuerpo; Dios quiere que le amemos también con nuestra mente; de manera que nuestra mente debe comprender a Dios, debe pensar correctamente acerca de Dios; pero no solamente debe quedarse en nuestro conocimiento acerca de Dios en la mente; debemos conocer a Dios mismo con el espíritu; y colaborar con Dios para que la vida de Dios, que llega a morar en nuestro espíritu desde el momento de la regeneración, vaya también tomando nuestra alma, vaya convirtiendo nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, vaya fortaleciendo nuestra voluntad para colaborar con Dios en este casamiento precioso que El quiere tener con el ser humano, y que se consumará en la Nueva Jerusalén de Dios.

De manera, hermanos, que debemos considerar a Dios, lo que Dios es; primeramente lo que El es para sí mismo, y lo que El es para nosotros también; lo que El es en sí, y lo que El significa para sus criaturas; y entre sus criaturas, principalmente para nosotros los seres humanos, y para la Iglesia, corporativamente; principalmente como la esposa escogida para casarse con el Señor eternamente.

Entonces, hermanos, debemos ver la esencia de Dios, la naturaleza de Dios, cómo subsisten en la esencia única y en la naturaleza única de Dios tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; Quién es el Padre, Quién es el Hijo, Quién es el Espíritu Santo; qué relación tiene el Padre con el Hijo y con el Espíritu; Quién es Dios en Sí mismo, y qué atributos tiene.

Ahora bien, todas estas cosas, como decía, no son para tenerlas solamente como un programa teológico guardado en un anaquel de una biblioteca; Dios quiere ser disfrutado por el hombre. Cuando nosotros aplicamos nuestra mente y nuestro corazón para estudiar teología, debemos acordarnos de que la intención de Dios no es que solamente nos quedemos con la teología, sino que disfrutemos a Dios. Dios siempre se nos ha presentado como Alguien para disfrutar. Es importante comprender que Dios es disfrutable; debemos conocer y amar a Dios, y disfrutarlo.

Alimento de vida.-

Es precioso ver en la palabra del Señor que El no solamente se nos presenta como un tema teológico, con términos raros, como solemos usar aquí en la tierra, cuando nos ponemos a pensar o a filosofar; Dios se nos presenta como disfrutable; Dios siempre se representa como Alguien que se puede disfrutar; Dios se presenta como comida, Dios se presenta como bebida, Dios se presenta como que lo podemos respirar, como Espíritu, como aire; aunque claro que no es aire, pero se puede respirar, beber y comer; el Señor Jesús decía: "*mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida*".

Cuando la vida divina estuvo representada en el huerto del Edén, aparecía no como una biblioteca, sino que aparecía como un árbol de vida, y estaba en medio de los árboles frutales; y le dijo el Señor a Adán: mira Adán, puedes comer de todos los árboles del huerto; solamente del árbol del conocimiento del bien y del mal no debes comer porque morirás; pero, imagínense, del árbol de Vida podía comer, y el árbol de Vida era el árbol que estaba en medio del huerto.

Dios se nos presenta, pues, como cercano y como disfrutable, como Alguien a quien nos podemos acercar, estirar la mano y alcanzarlo, e introducirlo dentro de nuestro ser, para que llegue a ser asimilado por nosotros, y llegue a ir transformando nuestro ser a la imagen de El, llenándolo y expresándolo a El.

Uno llega a irse convirtiendo poco a poco en aquello que uno come; si uno come muchas cebollas y muchos ajos, por ejemplo, pues empieza a oler a ajo, empieza a oler a cebolla; si uno empieza a comer

cosas, por ejemplo, tomates, zanahorias, remolachas, cosas para la sangre, se empieza a volver coloradito como un tomate, y uno empieza a convertirse en aquello que come.

Justamente eso es lo que Dios quiere para el ser humano; Dios se puso en medio del huerto representado en un árbol y puso al hombre en medio del huerto y le dijo: mira, Adán, puedes comer de todo; y el árbol principal del cual Adán debía comer era el que estaba en el medio, porque el que está en el medio es el principal, y el árbol principal es el árbol de Vida, y Dios es la Vida, Dios es vida; la vida eterna que estaba con Dios se nos manifestó y es Cristo. Cristo es la vida de Dios, tipificado allí en el huerto como el árbol de Vida, y el hombre debe comer de la vida de Dios.

Dios es vida para nutrirnos, para fortalecernos; si nosotros tomamos a Dios como vida, y no solamente como conocimiento, seremos fortalecidos en nuestro hombre interior, y los elementos divinos de la naturaleza divina empezarán a ser asimilados por nosotros, por nuestro espíritu, por nuestra alma, aún por nuestros huesos, y llegaremos a ir recuperando la imagen y la semejanza de Dios que se afectó en el hombre con la caída, pero que empieza a ser recuperada a través de la redención. Por eso la redención se realiza a través de la muerte y la resurrección de Jesucristo, transmitidas a nosotros por el Espíritu como vida. Espíritu de vida es llamado, pues Dios es vida y alimento.

Bebida y respiración.-

No podemos dejar de enfatizar a Dios como vida para nosotros los seres humanos, y para la Iglesia como esposa, como cuerpo de Cristo; es el sustento de la Iglesia, es la vida de los hombres; Dios como vida; El se nos presenta como comida y como bebida.

Es interesante notar que el Señor se nos presenta también como bebida; habíamos estado considerando en el numeral pasado que El se presenta como comida, como árbol de vida con frutos para vida.

Pero ahora consideremos otra manera como El se nos presenta; El se nos presenta también como aguas vivas para beber; el Señor se nos presenta como aguas que se pueden beber; dice la palabra del Señor que se nos dio a beber del Espíritu Santo.

Que maravilloso que Dios nos es alguien lejano, por allá lejanísimo, sino que es Alguien que está cerca de nosotros, al cual podemos acercarnos con nuestra sed, con nuestras dificultades, y venir al Señor y beber vida eterna; beber al Señor, beber el Espíritu de Dios.

Es precioso que Dios se nos da a través de Su Espíritu; Dios se manifestó a través de Su Hijo; el Padre se manifiesta a través de Hijo, y el Padre y el Hijo se nos dan para beber a través del Espíritu Santo. Jesús dijo: "*Y cuando el Espíritu Santo viniere, dice, El tomará de lo mío y os lo hará saber*"; o sea que el Espíritu Santo trae lo que es de Cristo, pero Cristo nos trae lo que es del Padre, porque el que recibe al Hijo, recibe también al Padre, porque el Padre está en el Hijo. Por eso Jesús decía: "*Tú, oh Padre en mí y Yo en ellos, para que sean uno*"; ahí vemos la vida y la edificación de Dios.

Entonces, vemos a Dios cercano y bebible; ¿qué les parece? Que el Espíritu de Dios se puede beber. Por eso también se dice que *no nos embriaguemos con vino, sino que seamos llenos del Espíritu*; amén. Nosotros podemos beber del Espíritu Santo; el Espíritu se nos dio a beber a todos, y todos los que bebemos del Espíritu somos bautizados por el Espíritu en un solo cuerpo; y ese cuerpo es la casa de Dios, la edificación de Dios.

Para nosotros poder crecer en el propósito divino y ser edificados juntamente con todos los santos, necesitamos beber del Espíritu de Dios.

El Espíritu de Dios se puede también respirar; ¿qué les parece? Hay palabras en la Biblia que son distintas en el idioma original; por ejemplo: vida; hay tres palabras para vida, tres palabras para amor en el griego, y varias en el hebreo, porque Dios no quiere que confundamos lo que es amor del cuerpo y lo que es amor del alma y lo que es amor ágape, divino; tampoco quiere Dios que confundamos lo que es vida espiritual con lo que es apenas vida psíquica, o apenas vida biológica; pero sí hay una palabra que sí parece que Dios nos dejó en el original como para que la confundamos; parece que Dios quiere, no que nos confundamos, sino que asociemos la palabra espíritu con la palabra aire o la palabra viento; hay una sola palabra en el original griego y es *pneuma* (*pneuma*); y *pneuma* quiere decir aire, y quiere decir también espíritu; y Dios es *pneuma*; así como nuestro cuerpo físico respira el aire, Dios quiere que nuestro espíritu respire el *Pneuma* Divino, el Espíritu de Dios.

Dios es cercano, lo podemos comer, beber y respirar para nutrirnos y edificarnos en Dios y para Dios.

(43)

Nutridos.-

En la primera carta de Pablo a Timoteo, capítulo cuatro, verso 6, leemos que le escribía Pablo: "*Si esto enseñas a los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo, nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido*".

Quisiera llamar la atención, con la ayuda del Señor, a la expresión "*nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido*". Nutrido, no solamente instruido; sí, la palabra del Señor nos instruye, pero aquí el apóstol Pablo está utilizando la palabra "nutrido".

La intención de Dios es nutrirnos; la palabra de Dios no tiene como meta solamente nuestra mente para instruirnos, para enseñarnos mentalmente; la intención de Dios con Su palabra es nutrirnos; por eso el Señor Jesús dijo que sus palabras son Espíritu y son vida. La vida de Dios es la que nos nutre, y el aliento de Dios es el que alimenta nuestro hombre interior. Por eso la palabra del Señor es para nutrirnos.

Cuando nos acercamos a la palabra del Señor, no debemos acercarnos solamente para leer con nuestra mente, sino que con nuestro espíritu debemos estar en dialogo con el Señor, leyendo lentamente, para que así el Espíritu de la palabra toque nuestro espíritu y nos nutra.

Hemos visto que Dios se presenta como comida para comer, como pan de vida, como leche espiritual, como carne sólida; también se presenta como aguas para beber; el Señor se presenta como la vid que debe dar fruto en nosotros; el Señor se presenta, pues, no como algo meramente mental, sino como

Alguien espiritual. Lógicamente que también nuestra mente saca fruto; y no estamos en ningún momento despreciando nuestra mente, porque debemos amar a Dios también con toda nuestra mente; pero la palabra del Señor es para nutrirnos.

Nutrirnos. Muchas veces podemos tener un buen entendimiento en la mente, pero estar débiles en el hombre interior; por eso es necesario invocar al Señor, beber del Espíritu, leer la palabra detenidamente atendiendo en nuestro espíritu al Señor mismo y su mover, para ser nutridos por la palabra de Dios, para ser fortalecidos en el contacto directo y espiritual con Él; por eso es que se nos habla de leche espiritual, por eso se nos habla de pan celestial, por eso se nos habla de vianda, por eso se nos habla de aguas vivas; ¿para qué? para nutrirnos; la intención de Dios es nutrir con Su propio elemento el hombre interior nuestro.

Nutrido con las palabras de la fe y con la buena doctrina que has seguido; es Dios mismo transmitiéndose a través de Su palabra que es Espíritu y es vida, y va dirigida a nuestros espíritus para que nuestro hombre interior sea fortalecido con la palabra del Señor. El Señor nos bendiga.

Aliento.-

En la segunda carta de Pablo a Timoteo, capítulo tres, verso diez y seis, nos dice: "*Toda la escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.*"

En este pasaje vemos también otras funciones importantes de la palabra del Señor; en el numeral pasado vimos que la palabra del Señor es para nutrirnos; ahora vemos que las Sagradas Escrituras nos pueden hacer sabios para la salvación que es por la fe en Cristo Jesús; y declara, "*toda la Escritura es inspirada por Dios*".

Esta palabra "inspirada", en el idioma griego, es como decir "soplada"; nos habla del aliento de Dios; el aliento de Dios soplando Su palabra, inspirando a los hombres de Dios que escribieron la palabra del Señor bajo el influjo del soplo del Omnipotente, bajo el influjo del soplo del Espíritu. Es muy importante comprender eso, que la palabra del Señor es soplada, es inspirada, alentada por el aliento de Dios como el viento sobre la vela.

El aliento del Señor contiene los elementos de Dios, contiene la vida de Dios. Cuando el Señor Jesucristo resucitó, El apareció a los apóstoles, y nos dice el apóstol Juan que les sopló, y les dijo: "*Recibid el Espíritu Santo*". Sopló sobre ellos en aquel momento de la resurrección; El sopló para la regeneración en vida de los apóstoles; luego también, en el día de Pentecostés sopló sobre ellos también como un viento recio para investirlos de poder.

Ahora notemos que, entonces, el aliento de Dios es el Espíritu de Dios moviéndose, conteniendo los elementos de Dios a transmitirnos; Dios ha escogido transmitirnos las "cosas suyas" a través de Su Espíritu.

La palabra espíritu en el hebreo es "ruaj", y en el griego es "pneuma"; y tanto en uno como en otro idioma, y tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, esta palabra es también como decir viento, como decir aire. El Señor se asemeja al viento o al aire; y lógico que El no es viento y no es aire; pero esa analogía de la palabra nos ayuda a entender la omnipresencia activa del Señor, y como al Señor podemos respirarle.

Así que el aliento del Señor fluye en Su palabra; los elementos divinos están contenidos en el Espíritu del Señor, y nosotros podemos respirar al Señor y ser suministrados con los elementos divinos, con la provisión de Dios. Toda la provisión de Dios para nosotros, está contenida en el Espíritu, y es transmitida por el Espíritu.

Aparte del fluir del Espíritu de Dios, nosotros no recibimos de Dios nada; Dios se reveló en Su Hijo, y a través de Su Espíritu nos comunica lo que El es, lo que Su Hijo es, lo que El ha hecho, la redención que El ha efectuado, lo que ha hecho en la cruz, en la resurrección, en la ascensión, etc.; el Espíritu es el que nos transmite. También el Espíritu inspiró la palabra, y cuando leemos la palabra en fe, en contacto espiritual con Dios, con oración, y no solamente con nuestra mente, sino despacio, en comunión con Dios, entonces el aliento de Dios se mueve en nuestro espíritu y nos comunica los elementos divinos y de Cristo que nos nutren.

Gracia, amor y comunión.-

Al final de la segunda carta de Pablo a los corintios, en el capítulo 13, verso 14, leemos: "*La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo, sean con todos vosotros, amén.*"

Vemos que el apóstol hace mención del Hijo, del Señor Jesucristo, hace mención del Padre, de Dios, y hace mención del Espíritu Santo, y relaciona la gracia al Señor Jesucristo, el amor a Dios el Padre, y la comunión al Espíritu Santo. Es precioso que en este pasaje el apóstol nos está hablando de una relación que tenemos con Dios, y que Dios tiene para con nosotros, y que es una relación experimental.

El apóstol aquí no está precisamente tan solo teologando o filosofando acerca de Dios, sino que él nos está acercando a Dios mismo, y no solamente a nuestro entendimiento, sino a todo nuestro ser; dice: "la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros". El apóstol está deseando aquí que nosotros conozcamos a Dios mismo, y no solamente acerca de Él por estudio teológico, lo cual también tiene su lugar; pero El quiere que conozcamos a Dios por la experiencia de la fe; conocemos al Señor Jesucristo por la experiencia de la gracia recibida por fe, conocemos a Dios nuestro Padre por la experiencia de Su amor en el cual realmente creemos, conocemos Su Espíritu por la experiencia de la comunión del Espíritu.

Dios mismo es amor, Dios es también luz; y el amor de Dios, la realidad de Dios, se nos revela a través de Su Hijo Jesucristo. Antiguamente, dice Juan, la Ley vino por medio de Moisés; pero la gracia

y la verdad, o como se podría traducir mucho mejor *aleteia*, la realidad, vinieron por medio de Jesucristo; Jesucristo nos trae la gracia y la realidad de Dios; en Jesucristo conocemos a Dios con nuestro espíritu; no solamente tenemos ideas acerca de Dios, las cuales también tenemos que tener, pero le conocemos a El mismo por contacto directo, porque la gracia de Dios nos alcanza, el amor de Dios nos alcanza y experimentamos la comunión del Espíritu.

Vemos, pues, que es una intención de Dios, desde antes de la fundación del mundo, y desde la eternidad, compartirse; por eso El debe revelarse, darse y fluir hacia nosotros de manera que le experimentemos y le conozcamos por experiencia.

Jesucristo y gracia a nuestro espíritu.-

En la segunda carta de Pablo a Timoteo, el capítulo cuatro, el último versículo, el veintidós, leemos esta preciosa expresión del apóstol: *"El Señor Jesucristo esté con tu espíritu, la gracia sea con vosotros. Amén."*

Vemos aquí en esta expresión uno de los lugares en que el apóstol ubica a Jesucristo; dice: *"el Señor Jesucristo esté con tu espíritu"*; obviamente, el Señor Jesús, como hombre resucitado y glorificado está a la diestra del Padre en el cielo, pero Su Espíritu se comunica con el espíritu nuestro. Nosotros hemos recibido el Espíritu de Cristo; *si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal todavía no es de El*; por lo tanto, *el que se une al Señor, un Espíritu es con El*; como dice en primera a los Corintios 6:19; ahora es precioso, entonces, este saludo final de Pablo, esta despedida: *el Señor Jesucristo esté con tu espíritu.*

El espíritu del hombre regenerado es el órgano donde el Señor está. Una expresión similar había dicho Pablo a los Gálatas en el capítulo 6, verso 18, de su carta; dice: *"hermanos, la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu"*.

Con vuestro espíritu; la gracia de Dios viene y se comunica primeramente a nuestro espíritu; el Señor Jesucristo nos trae la gracia; escrito está que la gracia y la verdad, la realidad, vinieron por medio de Jesucristo; ¿y a dónde llegan primeramente? ¿dónde contacta en el hombre primeramente la gracia de Dios? Entonces dice Pablo: *"la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu"*, *"el Señor Jesucristo esté con vuestro espíritu"*.

El Espíritu Santo viene tomando todo lo que es de Cristo, y Cristo vino trayendo todo lo que es del Padre; y el Padre vino en Cristo; entonces el Padre en Cristo, y el Padre y Cristo por el Espíritu, trayendo el toque y la experiencia de la gracia a nuestro espíritu, mediante la fe.

El espíritu del hombre es de suma importancia para Dios; Dios se comunica directamente con el hombre en su espíritu; el Espíritu de Dios viene al espíritu del hombre; Dios es Espíritu y se comunica con el espíritu del hombre. Por eso, para conocer al Señor, debemos distinguir nuestro propio espíritu, diferenciarlo en lo que somos nosotros mismos, de nuestros pensamientos, de nuestros sentimientos, de la esfera exterior de nuestra alma. Tenemos espíritu, tenemos alma y tenemos cuerpo; pero el espíritu del hombre es el recipiente primero y más noble donde el Espíritu de Dios nos comunica la gracia, y de allí pasa a nuestro entendimiento, a la esfera de nuestra alma, fortalece nuestra voluntad, y aún nuestras emociones, y tenemos fuerza, incluso en nuestros cuerpos, y somos sanados; escrito está que un espíritu alegre, inclusive es medicina para los huesos. Pero todo comienza desde Dios fluyendo en amor, en gracia , en comunión, al espíritu del hombre.

El Señor Jesucristo sea con el espíritu nuestro, la gracia del Señor Jesús sea con vuestros espíritus; el espíritu regenerado es el depositario del Espíritu de Dios y de los elementos divinos y de Cristo que El contiene para nosotros.

(47)

Dispensarse divino al hombre redimido corporativo.-

En la economía de Dios, o en la administración de Dios, o en la dispensación de Dios, encontramos, pues, dos puntos principales: (1) lo que Dios mismo es y lo que El ha hecho para nosotros; ese es un punto; y (2) el otro punto es lo que nosotros, los seres humanos, somos para Dios; y cómo debemos colaborar con Dios, según fuimos diseñados, según fuimos preparados, y cuál es la mejor manera para colaborar con Dios en el programa divino.

Entonces, Dios tiene un programa, Dios tiene un propósito, y en ese propósito Dios ha querido como salir de Sí mismo a nuestro encuentro; ese bendito Dios misterioso, anterior a la creación, ha querido revelarse y darse, ha querido dispensarse, administrarse, distribuirse a los hombres; El quiere ser la vida eterna para los hombres; por eso El se representó en el árbol de vida, la vida eterna, de la cual el hombre en el jardín del Edén debía comer, y alimentarse de esa vida, para que los elementos de la vida divina fueran siendo constituyentes del ser humano, y Dios y el hombre fuesen uno.

La intención de Dios ha sido hacerse uno con el hombre; Dios quiere que el hombre se realice en perfecta unión con Dios, en perfecta unidad; Jesús decía: "*Oh, Padre, tú en mí, y yo en ellos, para que sean uno, así como nosotros, para que...* (para que, aquí está ese deseo del Señor, hacia donde apunta el Señor), *...para que sean uno, como Nosotros (El y el Padre en el Espíritu) somos uno*".

Entonces, vemos, pues, de parte de Dios, Su ser, Su existencia, lo precioso que El es, y como El

empieza a revelarse; Dios primeramente se revela, el Padre a través del Hijo, y entonces, el Hijo se encarna trayéndonos a Dios, y vive una vida humana, desarrolla un vivir humano, toma la humanidad sobre Sí mismo, desarrolla la humanidad hasta su perfección. El vivir humano del Señor Jesús fue para traer todas las virtudes humanas, sostenidas en Dios, a su máxima perfección en El. Todo eso lo hacía El para nosotros. Luego El muere expiatoriamente, llevando en la cruz todas las cosas negativas que han sido introducidas por la rebelión en el universo; y luego entonces resucita para introducir una nueva creación, el elemento positivo, la cosa nueva, las cosas nuevas en Dios.

Y todo esto viene al hombre por el Espíritu, para rescatar al hombre, que es el vaso que Dios se preparó para que El sea contenido, para que El sea disfrutado, para que El sea compartido, para que El sea expresado, para que El sea representado. Dios ha elegido al ser humano, a la humanidad, para este propósito; pero, por la caída del hombre, tuvo que haber una redención; y ahora el hombre redimido es la Iglesia, la cual es también un solo vaso, que es el hombre corporativo recuperado para el programa y propósito de Dios.

Entonces vemos a Dios queriendo dispensarse y fluir al hombre; y al hombre, no solo en el sentido individual, sino en el sentido corporativo, reunido en Cristo Jesús como un solo cuerpo, como una sola Iglesia, para contener, expresar y representar a Dios, tratando con su enemigo en el universo.

El Padre revelado por el Hijo.-

En la carta a los Hebreos, en el capítulo 1, leemos una expresión preciosa acerca del Hijo.

Cuando consideramos a Dios como fuente y origen de todas las cosas, y como Aquel que está desarrollando Su programa, en el cual nosotros, Su Iglesia, tenemos parte, debemos detenernos en la consideración de la revelación exclusiva de Dios.

Cuando hablamos de Dios, no podemos hablar de un Dios impersonal, de una cosa por allá que resume el todo; no, no, no; no estamos hablando de un elemento meramente filosófico, no estamos hablando de panteísmo, que es confundir las cosas con Dios; ¡no!; Nos referimos a un Dios trascendente, un Dios que es distinto, diferente, de Su creación, un Dios que es eterno, anterior a todas las cosas creadas, un Dios que es personal, que tiene conciencia de Si, que se ha revelado como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y que se ha declarado a los hombres a través de Jesucristo, encarnándose aquí en la tierra.

Entonces, por eso leemos en Hebreos esa preciosa expresión acerca de quién es Jesucristo; se nos dice allí que *Dios nos ha hablado en estos postreros días por el Hijo; y dice del Hijo: a quien constituyó heredero de todo y por quién así mismo hizo el universo.*

Aquí vemos al Hijo como el Principio y el Fin, el Heredero de todo; Este es el Fin, el Sentido; *y por quien así mismo hizo el universo*; Este es el Principio, ¿amén?; y dice más: el cual, este Hijo, siendo, ¿Quién es este Hijo? *el resplandor de Su gloria y la imagen misma de Su sustancia*, dice esta versión aquí; el original dice hipóstasis (upostasis), esa es una palabra

que hay que entenderla muy bien y no confundirla; *es la imagen misma de su hipóstasis y que sustenta todas las cosas con la palabra de Su poder.*

Vemos, pues, aquí que Dios el Padre se revela a través del Hijo; el Hijo es la expresión, es la imagen del Dios invisible, como se nos dice también en Colosenses 1:15; allí dice que Él es el primogénito de toda creación, la imagen del Dios invisible. Y como dice también en segunda a los corintios, capítulo cuatro, donde escribe el apóstol Pablo que Cristo es la imagen de Dios.

Dios se hace conocido a través de Su Hijo; por eso dice que *el que ve al Hijo, ve al Padre; si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; ¿por qué?* porque el Padre se revela a través del Hijo; el Hijo es la perfecta expresión, el Hijo es el Verbo de Dios, el Hijo es la palabra de Dios. Dios se conoce a Sí mismo, y cuando Dios se conoce y se expresa, dice: "*Yo soy el que soy*"; El se expresa, El se revela; esa revelación de Dios es Su verbo, esa es Su imagen, esa es Su expresión, es la Sabiduría misma de Dios, es el Poder de Dios; es el Padre revelándose a través del Hijo, conteniéndose en el Hijo y manifestando Su gloria a través del Hijo, que es el resplandor de Su gloria, la imagen misma de Su hipóstasis, o sea, de Su subsistencia; es el Hijo de Dios. En el Hijo conocemos al Padre; El ha venido para que conozcamos al Verdadero; y estamos en el Verdadero, en Su Hijo Jesucristo.

(49)

El Hijo Creador, Sustentador, Redentor y Señor.-

Continuando nuestra lectura en Hebreos, en los primeros tres versos, leemos que el Hijo es el resplandor de la gloria de Dios; leemos que es la imagen misma de Su hipóstasis; esa es la palabra original griega, que en alguna versión fue traducida como sustancia, en otra versión como ser, en otra versión como persona; pero la palabra exacta es hipóstasis, que se refiere a la subsistencia del Padre aquí, y Cuya Imagen o Carácter es el Hijo.

Y dice más: y quien sustenta todas las cosas con la palabra de Su poder, y continúa: y habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de Sí mismo, se sentó a la diestra de la majestad en las alturas.

Vemos, pues, aquí al Hijo como Creador también juntamente con el Padre, porque el Padre todo lo crea a través del Hijo, y lo crea en el Hijo; en El y por El y para El fueron creadas todas las cosas.

Ahora nos dice también que el Hijo, además de ser el Creador, también: *sustenta todas las cosas con la palabra de Su poder*; las cosas están sostenidas en existencia, gracias al Verbo de Dios; Dios les da su ser y los sostiene; y Cristo es, pues, el Hijo de Dios, el Verbo de Dios; no sólo el Creador, sino también con el Padre, el Sustentador de todas las cosas; es el que les dio origen, pero es también el que mantiene las cosas, el que las sostiene y el que las sustenta. Pero vemos que nos dice también que ha efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de Si mismo; entonces El es también el Redentor; es el Creador, es también el Sustentador,

y también el Redentor, el Salvador, porque El es el que efectúa la salvación y la purificación.

El Señor ha creado y ha sostenido; en ese sostén de todas las cosas el Señor ha tenido que soportar, en esa vieja creación, que llegó a ser vieja por causa de una rebelión, El ha tenido que soportarla, pero también El ha efectuado una redención; el Señor también vino a esta creación vieja, y el Señor se puso la humanidad, y el Señor destruyó todas las cosas negativas en Su cruz, purificó en Sí mismo; pero entonces El ha resucitado, y se ha sentado a la Diestra de la Majestad en las Alturas; ahora El es hecho Señor y Cristo.

Cristo, porque El es el unguido de Dios para llevar adelante a cumplimiento total el programa de Dios, la economía divina, la administración del reino; y El es Señor, porque El es el Heredero, el Amo; todas las cosas son para El; Dios está en el Hijo; el Hijo de Dios es la revelación de Dios el Padre; el Padre se nos revela, la persona del Padre se nos revela, a través de la persona de Su Hijo; el Padre es contenido en el Hijo y revelado en el Hijo; a través de El crea, a través de El sostiene, y a través de El ha redimido y ha reconciliado; "*Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo*", y también ahora El ha ascendido, y ahora está sentado sobre todo poder, sobre toda autoridad, en las Alturas a la Diestra de la Majestad, como el Señor. El Hijo es Éste, el Creador, Sustentador, Redentor y Señor de todas las cosas, y en Quien conocemos a Dios.

(50)

Co-existencia del Verbo Divino con Dios.-

Leemos en el evangelio de Juan, en el capítulo primero, un pasaje sumamente importante; leemos allí que nos dice la palabra del Señor así: "*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por El fueron hechas, y sin El nada de lo que ha sido hecho fue hecho*".

Vemos aquí declaraciones importantes; vemos que en el principio era el Verbo; no dice que el Verbo comenzó con el principio, sino que en el principio era el Verbo; aquí se nos está mostrando la preexistencia del Verbo de Dios, en relación a todas las cosas, y en relación al mismo principio de las cosas.

Y dice: *y el Verbo era con Dios*; aquí ya no solamente se nos muestra la preexistencia del Verbo, sino que se nos muestra la coexistencia del Verbo con Dios; el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios; aquí se nos muestra la divinidad del Verbo; y vuelve a repetir otra vez: *Este era en el principio con Dios*, volviendo a remarcar, a subrayar, la coexistencia simultánea del Verbo con Dios, del Hijo con el Padre.

Es importante ver esa declaración aquí; no solamente dice que el Verbo era Dios; tampoco dice solamente que el Verbo era con Dios; sino que dice las dos cosas; si dijera solamente que el Verbo era Dios, no captaríamos ninguna distinción personal entre el Padre y el Hijo; si dijera solamente que el Verbo era con Dios, pues alguno podría decir de que el Verbo era una criatura como el arcángel Miguel, o cualquier otro por allí, pero aquí nos declara las dos cosas juntas, y tenemos que ser muy equilibrados

para no tomar una sola sin la otra: el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios; Éste era en el principio con Dios.

Vemos, pues, que el Verbo co-existe con el Padre desde la eternidad. El Señor Jesús dijo estando aquí en la tierra: "*Padre, glorifica a tu Hijo con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*". *Aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*. Allí estamos viendo que antes que el mundo fuese, el Hijo compartía con el Padre la gloria; el Verbo era con Dios; el Verbo y el Padre son co-existentes; y a la misma vez, el Verbo es Dios; la divinidad es propia del Verbo, porque el Verbo de Dios, el Hijo de Dios, es el resplandor de la gloria de Dios, es la expresión de Dios; por lo tanto, contiene la gloria y es la misma gloria expresada de Dios; por lo tanto, la naturaleza divina es participada por el Verbo; el Verbo participa de la naturaleza divina, siendo Dios y estando con Dios.

La Persona de la Sabiduría Divina.-

En el Libro de los Proverbios, en el capítulo ocho, vemos algunos versos; un pasaje muy precioso, que se corresponde con aquel del numeral anterior: el Verbo que era con Dios, y era Dios, antes de todas las cosas, y por medio de Quien Dios creó todas las cosas.

En Proverbios ocho, vemos que nos está hablando la Sabiduría; inclusive la Sabiduría Personificada; porque en el verso doce dice: "*Yo, la Sabiduría*"; entonces vemos a la Sabiduría de Dios Personificada, tomando conciencia de Sí misma, y diciendo "Yo". Y desde el versículo 22, hasta el versículo 31, vemos una descripción preciosa de la Sabiduría, que se corresponde con lo declarado bajo el Espíritu Santo, por el apóstol Juan, en su primer capítulo del Evangelio; vemos allí la Sabiduría, la cual es Cristo, como lo dice Pablo: *Cristo es la sabiduría y el poder de Dios*; y la Sabiduría habla aquí en Proverbios, y dice: "*Yahveh me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras*".

Por eso es que Juan dice que El era antes de todas las cosas; y la Sabiduría dice: "*eternamente tuve el principado desde el principio*". Cuando dice: *eternamente tuve el principado*, allí vemos la pre-existencia eterna del Verbo de Dios en relación a todas las cosas.

Y dice: "*Antes de la tierra, antes de los abismos, fui engendrada*" Esa palabra engendrada no quiere decir creada; quiere decir que participa de la sustancia de Dios; cuando el Padre está resplandeciendo, entonces el resplandor de la gloria de Dios se puede decir como engendrado, pero no es que tenga principio, no es sea tenga una creación,

porque Dios eternamente es sabio, eternamente es glorioso; por lo tanto, Su sabiduría le acompaña, co-existe con El eternamente, y el resplandor de Su gloria también co-existe con el Padre eternamente y participa de la misma sustancia, de la misma esencia y naturaleza divinas; entonces, por eso es que dice allí "*engendrada*"; *antes que las fuentes de las muchas aguas, antes que los montes fuesen formados, antes de los collados, ya había sido Yo engendrada*; ese Yo es la Sabiduría Personificada, el Verbo de Dios.

"No había hecho aún la tierra, ni los campos, ni el principio del polvo del mundo; cuando formaba los cielos, allí estaba Yo, cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo, cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo, cuando ponía el mar su estatuto para que las aguas no traspasasen su mandamiento, cuando establecía los fundamentos de la tierra, con El estaba Yo ordenándolo todo".

Ésta es la Sabiduría Personificada de Dios; es el Verbo de Dios con El, o sea, con el Padre; con Dios estaba Yo; aquí vemos la co-existencia de la Sabiduría con Dios, la co-existencia del Verbo con Dios; por eso dice: "*En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios; todas las cosas por El fueron hechas, y sin El nada de lo que ha sido hecho fue hecho*"; dice: **con El**; esa es la coexistencia del Hijo con el Padre, del Verbo con Dios; *con El estaba Yo ordenándolo todo y era su delicia de día en día*; la delicia del Padre es el Hijo; *Su delicia de día en día, teniendo solaz delante de El en todo tiempo*.

Ahora, Este precioso Dios revelado en Su Hijo, dice: "*me regocijo en la parte habitable de su tierra y mis delicias son con los hijos de los hombres*". Este Verbo, pues, es quien había de encarnarse.

La voluntad, función del alma.-

Continuando en el presente numeral con el estudio que estamos trayendo acerca de las funciones del alma humana, a diferencia del espíritu del hombre, que no son la misma cosa, vamos a considerar algunos de los versos donde se nos habla de la función de la voluntad como correspondiente al alma del hombre.

Comenzamos en Números, capítulo 30, verso 2; allí leemos: "*Cuando alguno hiciere voto a Yahveh, o hiciere juramento ligando su alma con obligación, no quebrantará su palabra, hará conforme a todo lo que salió de su boca*"; vemos, pues, aquí que se nos habla de hacer voto o juramento el alma con obligación. Ligar el alma con obligación es una firme determinación, es un voto, o es un juramento; o sea, el alma es la que decide; aquí vemos como facultad del alma a la voluntad; la voluntad siendo facultad del alma.

Podemos leer en Deuteronomio, capítulo 21, el verso 14, de la siguiente manera: "*Y si no te agradare, la dejarás en libertad; no la venderás por dinero, ni la tratarás como esclava, por cuanto la humillaste*"; allí, aquella expresión que, en la versión Reina-Valera del '60 que estamos leyendo, nos dice: la dejarás en libertad, en el original hebreo se podría traducir: "*la dejarás al agrado de su alma*"; el agrado de su alma es libertad; dejarás que ejecute según haya escogido con su libre albedrío; así es el alma; el agrado del alma es la libertad del alma, propia de esta función del alma.

Podemos seguir a lo largo de las Escrituras, pues estamos espigando algunos versos importantes; lógicamente que no podemos tomarlos todos; vamos a

leer en el libro de Job, en el capítulo seis, el verso siete: nos dice allí: "*las cosas que mi alma no quería tocar, son ahora mi alimento*"; vemos, pues, aquí que el alma es la que quiere, o la que no quiere; cuando usted está queriendo algo, esa es su alma; cuando usted no quiere algo, esa es su alma; y en Job 7:15 también leemos algo parecido: "*Y así mi alma tuvo por mejor la estrangulación y quiso la muerte más que mis huesos*"; así que vemos al alma teniendo por mejor cierta cosa, y también queriendo tal cosa; así que ésta es la función de la voluntad en el alma.

Vemos, por una parte, esa emoción de deseo, y a la vez, esa decisión conforme a esa emoción de deseo radicada en el alma del hombre; Salmos capítulo 27, el versículo doce, para terminar en este numeral estas citas, leemos también: "*No me entregues a la voluntad de mis enemigos*"; el original dice: "*No me entregues al alma de mis enemigos*", dice el hebreo; y el Salmo en la versión Reina-Valera traduce a la voluntad; vemos, pues, aquí confirmado que la voluntad es una función del alma del hombre.

La mente, función del alma.-

Habíamos considerado en el numeral pasado algunos de los versos que nos muestran a la voluntad como radicada en el alma del hombre, la voluntad como parte y función del alma humana.

Ahora consideraremos algunos versos de la palabra del Señor donde vemos a la mente del hombre, ya no la voluntad, sino la mente del hombre como relacionada al alma del hombre; podemos leer, por ejemplo, en Génesis 49, en el versículo 6, que dice así: "*En su consejo no entre mi alma*"; vemos, pues, aquí relacionada el alma al consejo; aquí vemos esa función de la mente, del entendimiento, del consejo, porque los consejos están relacionados al entendimiento y a la mente; y vemos aquí en cierto modo también a la voluntad; vemos aquí: *en su consejo no entre mi alma, mi alma*.

Una expresión similar podemos encontrar también en el Salmo 13, el versículo 2; nos dice allí: "*Habló mentira cada uno con su prójimo, y habló con labios lisonjeros y con doblez en el corazón*"; así nos lo dice la versión Reina-Valera; sin embargo, en el hebreo nos habla de consejos en el alma, consejos en el alma.

El Salmo 139, verso 14, nos dice de la siguiente manera, relacionado a este tema de la identificación de la mente como función del alma: "*Te alabaré porque formidables y maravillosas son tus obras, estoy maravillado y mi alma lo sabe muy bien*"; la que sabe, es, pues, el alma; la que tiene conciencia de sí misma y de lo que sabe, así como de lo que quiere, es el alma; por eso es que leemos en Proverbios, capítulo 2, que nos dice así: "*Cuando la sabiduría entrare en tu corazón, y la ciencia fuere grata a tu alma*"; la

ciencia grata al alma nos muestra, pues, la función de la mente como propia del alma, al igual que la función de la voluntad; eso está también en unos versos más adelante en el mismo capítulo dos de Proverbios, verso 10; el que leímos, y Proverbios 3: 21 y 22; nos dice de la siguiente manera: "*Hijo mío, no se aparten estas cosas de tus ojos y guarda la ley y el consejo, y serán vida a tu alma*"; la ley y el consejo siendo vida al alma; en cambio Proverbios 19, el versículo 2, nos dice de la siguiente manera: "*el alma sin ciencia no es buena*".

Vemos, pues, la ciencia y el consejo relacionados al alma del hombre; es la función de la mente en el alma humana.

La emoción, función del alma.-

Estamos considerando en estos numerales últimos, las funciones del alma; y vamos a comenzar hoy leyendo en Lamentaciones, el capítulo 3, el versículo 20, donde en este versículo vemos aunadas dos funciones del alma: tanto la de la mente, como la de la emoción. Lamentaciones 3: 20 dice así: "*Lo tendré aún en memoria, porque mi alma está abatida dentro de mí*"; vemos aquí la relación de la memoria y el abatimiento.

Muchas veces nuestros pensamientos influyen en nuestros sentimientos; por eso es necesario pensar conforme a la mente de Cristo y al Espíritu de Cristo, para que nuestros sentimientos sean conformes también a Cristo, y nuestra voluntad llegue a decidirse a colaborar con Cristo; aquí vemos en lamentaciones 3:20, que nos habla de la memoria: "*lo tendré aún en memoria*"; y dice: *porque mi alma está abatida dentro de mí*".

El sentimiento de abatimiento corresponde al alma del hombre; y también influye en la memoria del hombre; las emociones traen recuerdos. Ahora es muy importante que nosotros identifiquemos lo que es del alma, a diferencia de lo que es del espíritu del hombre; porque en relación al espíritu del hombre se nos insta y exhorta en la palabra de Dios a andar en el Espíritu, a ser fervientes en espíritu; en cambio, en cuanto al alma del hombre, se nos exhorta a negarnos a nosotros mismos, a someter nuestros pensamientos, nuestras decisiones, nuestras emociones a la cruz, para que resuciten dirigidas por el Espíritu de Cristo desde nuestro espíritu; así que es de suma importancia en la vida espiritual distinguir el espíritu del alma.

Vamos a ver otros versos donde se nos habla de las emociones que siente el alma, y como estas emociones no deben ser dejadas en libertad, sino que deben pasar por la cruz; tampoco anuladas, sino utilizadas conforme a la medida del Espíritu de Dios en nuestro espíritu.

Leemos, por ejemplo en Job, capítulo diez, la siguiente expresión, para ver las emociones que existen en el alma del hombre, algunas; "*está mi alma hastiada de mi vida, daré curso libre a mi queja, hablaré con amargura de mi alma*"; vemos, pues, que este sentimiento de hastío y estos sentimientos de amargura son propios del alma del hombre, ahora, Job está diciendo que le dará libre curso; sin embargo, el Señor Jesús nos dijo que nosotros debemos llevar la cruz y negarnos a nosotros mismos; o sea, negar la vida del alma; no es anular el alma como existencia y como órgano, sino la independencia del alma; nuestra alma debe ser sometida y gobernada por el jinete del Espíritu de Dios; no debe ser nuestra alma como un caballo indómito, brioso, que salta de arriba para abajo, inestable en sus emociones, ¡no! El Espíritu de Dios debe controlar la medida exacta de nuestras emociones, para que nuestras emociones sirvan para expresar las emociones de Dios, y no expresen simplemente nuestra propia personalidad rebelde.

Distintas clases de emociones del alma.-

Como en los últimos numerales pasados, también en este continuaremos examinando algunas de las importantes Escrituras que nos muestran la importante diferencia entre las funciones del espíritu y las funciones del alma; ¿por qué importante? porque se nos insta y exhorta a andar en el espíritu, y se nos insta y exhorta a negarnos a nosotros mismos; es decir, someter nuestra alma a la cruz, para que resucite dirigida por el Espíritu de Dios, expresando el sentir de Dios, la mente de Dios y la voluntad de Dios; así que examinemos otras de las emociones comunes del alma.

La emoción está radicada en el alma del hombre; y como decíamos en otro numeral, hay distintas clases de emociones: emociones de afecto, de deseo y de sentimiento, para resumirlas en estas tres palabras. Veamos algunas de las emociones de afecto; no todos los afectos son agradables; hay también afectos que son desafectos; por ejemplo, en Job 33, verso 20; leemos la expresión que dice: "*que le hace que su vida aborrezca el pan y su alma la comida suave*"; vemos aquí que esta "vida" se identifica con la vida del alma, la vida de la psique, aborreciendo; el alma es la que aborrece; cuando a usted no le gusta cierta comida, esa es su alma aborreciéndola.

Veamos otro ejemplo de emociones de afecto en el alma; leemos en Deuteronomio 6:5, ya no en el sentido de aborrecer, sino por contrario, en el el sentido de amar, vemos que en Deuteronomio 6:5 dice: "*Y amarás a Yahveh de todo tu corazón, y de toda tu alma y con todas tus fuerzas*". Así que con el alma se aborrece, y con el alma se ama también a Dios. Claro que hay un amor que nace del Espíritu;

es el amor *ágape*; pero ese amor tiene que controlar las emociones de nuestra alma, y el alma tiene que amar también con todas sus fuerzas, controlada por el Espíritu, y sostenida por el Espíritu; amar al Señor y amar al prójimo.

Veamos un ejemplo del alma ligada en amor; en primero de Samuel, Capítulo 18, verso 1; leemos que dice allí: "*aconteció que cuando él hubo acabado de hablar con Saúl, el alma de Jonatán quedó ligada con la de David y lo amó Jonatán como a sí mismo*"; vemos, pues, aquí que este afecto entrañable, este afecto fraternal, es una función del alma. Cuán importante es también el alma para el hombre, cuando no está ligada allá en su libertinaje, sino cuando está gobernada por el Espíritu de Dios. Vemos, pues, al alma hastiada, o al alma aborreciendo, o al alma amando.

Podemos leer en el Salmo 107, otro sentimiento peculiar del alma; no todos son agradables; el versículo 8 de salmo 107 dice: "*alaben las misericordias de Yahveh y sus maravillas para con los hijos de los hombres, porque sacia el alma menesterosa y llena de bien el alma hambrienta*".

Vemos, pues, aquí, el alma menesterosa y el alma hambrienta siendo saciada y siendo llenada de bien por Dios. El alma es la que ama. En Cantares 1:7 se nos habla de que *ama mi alma*; en Zacarías 11:8 se nos dice que *el alma se impacienta* y que el alma aborrece; en cambio en Lucas 1:46 se dice que el alma engrandece a Dios. Estas son distintas clases variadas de afectos, que son funciones propias del alma, la emoción del alma.

Constitución tripartita del hombre.-

Resumiendo los numerales pasados acerca de la constitución del hombre, podríamos resumirlo así: el hombre, como templo de Dios, está compuesto de tres partes: el espíritu, el alma y el cuerpo, asemejados en el lugar santísimo, el lugar santo y el atrio del templo de Dios.

Con el espíritu, nosotros tenemos conciencia de Dios, mediante las funciones del espíritu, que podemos resumir en estas tres palabras: comunión, intuición y conciencia; conciencia, intuición y comunión, las funciones del espíritu del hombre.

El hombre también tiene, como lugar santo del templo que es él, el alma; el alma es el yo del hombre, es la personalidad del hombre, es el asiento de tres partes constituyentes del alma del hombre que son a saber: la mente, la voluntad y la emoción. Hemos estado considerando en los numerales pasados, distintos versos de la Biblia donde se nos muestran estas cosas, el sustento de estas declaraciones en las Sagradas Escrituras.

Entre las emociones, vimos también variedad de emociones; por ejemplo, emociones de afecto, de distintas clases de afecto, de deseo, de sentimientos, etc.; toda esta es el área de la emoción, que es una de las funciones del alma.

Y el atrio de este templo de Dios que es el hombre, es el cuerpo; en el cuerpo nosotros tenemos los sentidos, tenemos también distintos aparatos; por ejemplo: el aparato óseo, el circulatorio, el endocrino, el reproductor, el digestivo, el respiratorio, etc.; y distintos sentidos, que son, como por ejemplo, la vista, el olfato, el oído, el gusto, el tacto y otros

sentidos como el que se llama el cenestésico o sentido del dolor, del cansancio, y también el llamado sentido vestibular o sentido del equilibrio; son distintos sentidos del cuerpo. Es decir, con el cuerpo nosotros tenemos contacto con el mundo exterior; el ser humano participa del universo visible y del universo invisible; el ser humano liga los dos universos; el ser humano es como un radio que tiene un receptor y un transmisor; el mundo invisible y la presencia de Dios se comunican con el espíritu del hombre, que pasando a través del alma del hombre, y del cuerpo del hombre, permiten al Espíritu de Dios señorear en la naturaleza. La intención de Dios es pasar a través del hombre; el Espíritu de Dios quiere pasar al espíritu del hombre, y junto con el espíritu del hombre pasar por el alma del hombre, y por el cuerpo del hombre.

Entonces, resumimos a grandes rasgos estos numerales pasados, con esta declaración: el hombre es tripartito: espíritu, alma y cuerpo; en el espíritu tiene conciencia de Dios, con el alma tiene conciencia de sí mismo, y con el cuerpo tiene conciencia del mundo material; este es el templo que Dios se ha preparado para Sí mismo.

(57)

Antropología y hamartiología del espíritu humano.-

Dentro de la antropología, es decir, la enseñanza acerca del hombre, desde la panorámica cristiana hemos estado considerando distintos aspectos acerca del hombre.

Primero, el origen y la creación del hombre; segundo, la misión para la cual fue creado el hombre; tercero, la constitución tripartita del hombre en relación a la misión del hombre; pero también tenemos que introducir un nuevo capítulo que, con la ayuda del Señor, estaremos considerando desde aquí en unos próximos numerales, Dios mediante, y es la caída del hombre.

El hombre cayó; hemos de considerar primeramente, como lo hemos hecho, la creación del hombre, su misión y su constitución; ahora vamos a ver la caída del hombre, y como la caída del hombre afectó las tres partes del hombre, perjudicando la misión del hombre.

Entonces, Dios mediante, posterior a estas consideraciones, estaremos viendo la restauración del hombre a través de la salvación plena en Cristo Jesús, quien es el Verbo de Dios que se hizo hombre.

Entonces, siendo el hombre tripartito, con espíritu, alma y cuerpo, debemos considerar qué aconteció al espíritu con la caída. Primeramente comprendemos que el espíritu es el órgano de comunión con Dios, el órgano de aprehensión directa, el órgano de captación de Dios; el Espíritu de Dios entra directamente en contacto con el espíritu del hombre; en la primera carta de

los Corintios, capítulo 6, verso 17 dice: "*el que se une al Señor, un espíritu es con él*"; de manera que el espíritu del hombre es el que ha sido diseñado por Dios para entrar en contacto directo con el Espíritu de Dios. El espíritu humano es lo que hemos llamado: "el receptor de Dios".

El alma es a través de la cual el hombre debe interpretar y transmitir; el alma debe interpretar el movimiento de Dios en el espíritu, y expresarlo; y el cuerpo es aquel órgano que obedece los dictados del alma, que a la vez está bajo la dirección del espíritu.

Cuando el hombre se separó de Dios, entonces vemos que su espíritu murió; la Biblia dice que estábamos muertos en delitos y pecados; estábamos muertos, muertos en delitos y pecados; así nos lo enseña el apóstol Pablo en la carta a los Efesios, en el capítulo dos.

¿Qué clase de muerte era ésta? ¿Quería decir, acaso, que no teníamos sentimientos, que no teníamos emociones, que no teníamos voluntad? Pues no; nuestra alma parece que estaba muy viva, muy obstinada; inclusive parece que muy entregada a los placeres; nuestro cuerpo seguía respirando, seguíamos pensando, seguía caminando; entonces, ¿a qué muerte se refiere el apóstol Pablo cuando dice muertos en delitos y pecados? Se refiere a la muerte del espíritu; cuando el hombre pecó, el espíritu del hombre perdió la comunión con Dios, el contacto con la vida divina; el hombre fue destituido de la gloria de Dios; y al hombre, que había sido diseñado para comer del árbol de vida, le fue prohibido el camino al árbol de vida, y la vida divina pasó a ser extraña al hombre, y el espíritu del hombre murió.

En numerales sucesivos consideraremos otros aspectos, Dios mediante.

(58)

El espíritu y el alma humanos tras la caída.-

En el numeral anterior habíamos comenzado a considerar la caída del hombre, lo que aconteció al ser tripartito del hombre con la caída, con el pecado que se suele llamar original, o sea el primer pecado del hombre; no nos referimos aquí al pecado que tuvo comienzo en el cielo con Satanás; ahora estaremos hablando del pecado del hombre.

El espíritu del hombre se separó de Dios, murió; por eso la sensibilidad del espíritu humano quedó amortecida para distinguir el movimiento del Espíritu de Dios. Con el pecado, entonces, sucedió la muerte del espíritu humano, la separación del espíritu del hombre de la vida de Dios; quedó, entonces, el hombre muerto.

Recordemos que hay tres palabras para vida en el Nuevo Testamento: una, *bios*, que se refiere a la vida biológica del cuerpo; otra, *psiqué*, que se refiere a la vida psíquica del alma; y la vida zoé, que se refiere a la vida divina, la vida del árbol de vida; es árbol de zoé, la vida de Dios; el hombre quedó excluido de la vida de Dios por el pecado.

Ahora bien, si eso le sucedió al espíritu del hombre, y si el hombre había sido diseñado para tener comunión con Dios, y guiarse por Dios desde el espíritu, entonces ¿qué le sucedió al alma del hombre, ya no al espíritu, el lugar santísimo de este templo, sino al alma, el lugar santo? Pues bien, como el espíritu quedó separado de Dios, entonces el alma tomó por sí sola la dirección del hombre; el alma llegó a establecer su propio gobierno; el hombre comenzó a auto-gobernarse separado de Dios; es

decir, el alma se convirtió en el yo auto-centrado, se convirtió en el ego; ahora el alma no se sujetaba a la dirección del Espíritu de Dios, sino que el alma se gobernaba por sus propios pensamientos, por sus propios sentimientos, por su propia obstinación; empezó a desarrollar el ego, a hacer lo que se le da la gana; eso es lo que comenzó a suceder en el alma del hombre después de la caída.

Es curiosa la pregunta que le hace el Señor a Adán en el momento de la caída; en Génesis, capítulo tres, le pregunta el Señor: *¿dónde estás tú?* verso 10; y él respondió: *oí Tu voz en el huerto y tuve miedo porque estaba desnudo y me escondí.* Y Dios le dijo: *¿quién* (que pregunta tan sabia de Dios), *quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mande, no comieses?* Vemos que, con la pregunta de Dios, el alma del hombre queda expuesta. Cuando el Señor le dice: *¿quién te enseñó?* También el enemigo es expuesto; nos damos cuenta de que el hombre había empezado a actuar en independencia de Dios; no era el plan de Dios que el hombre actuara independientemente de Él; cuando Dios le pregunta: *¿quién te enseñó?*, Dios está haciéndole discernir al hombre la fuente de su conocimiento; si su conocimiento venía de Dios, de una comunión con Dios, del Espíritu de Dios, o si había sido simplemente de otra fuente.

El hombre comenzó a hincharse a sí mismo, a desarrollar su propio ego rebelde; y por eso el Señor le dijo: *¿comiste del árbol que yo te mandé no comieses?* También la voluntad del hombre comenzó a desarrollarse en una dirección contraria a la voluntad de Dios; la voluntad le fue dada al alma del hombre, para estar en un acuerdo libre con Dios; pero desde la caída el hombre se volvió egoísta.

Carne y naturaleza pecaminosa.-

Con la caída del hombre el espíritu se separó de Dios; el espíritu del hombre, el espíritu humano, murió en delitos y en pecados. A su vez, con la caída del hombre, el alma del hombre se enorgulleció, llegó a ser el ego, llegó a ser el elemento caprichoso gobernante de la vida del hombre; el hombre empezó a andar según sus propios caprichos, los caprichos de su alma; eso es lo que le pasó al alma, el yo pasó a ser el gran ego.

Ahora bien, ¿qué le pasó al cuerpo? El cuerpo del hombre indudablemente fue hecho bueno por Dios; el cuerpo no era malo; el cuerpo debía ser el instrumento de todo el hombre; el espíritu debería ser como el presidente, el alma debería ser como el mayordomo, y el cuerpo debería ser como el siervo que ejecuta las órdenes del mayordomo, quien a su vez interpreta la voluntad de su presidente.

¿Qué le pasó, pues, al cuerpo del hombre? Encontramos que aparece en la Biblia un nuevo término: "carne". En el Diluvio el Señor declaró: *"he aquí el hombre ha llegado a ser carne"*; esta palabra "carne" indica ahora una situación bastante seria; porque si hacemos un estudio detenido en la palabra del Señor de lo que es la carne en ese sentido, (porque hay varios), carne en el sentido más amplio, y en el sentido en el que el Nuevo Testamento la expone, el apóstol Pablo especialmente en el capítulo siete de la carta a los Romanos, encontramos que en la carne opera lo que se ha dado en llamar la ley del pecado y de la muerte que está en los miembros, esto es, en la carne.

Así que la concupiscencia del hombre comenzó a obrar en la carne del hombre; la caída descompuso al hombre en todas sus partes: en su espíritu, en su alma y en su cuerpo; no que los separó, sino que los depravó; el espíritu separado de Dios, el alma convertida en un ego monstruoso, y la carne vendida al pecado; la corrupción comenzó a operar en la carne del hombre.

Entonces vemos allí que entró lo que se llama el pecado y la ley del pecado; no estamos hablando aquí solamente de los pecados como transgresiones, sino de la naturaleza de pecado. Antiguamente la naturaleza de pecado estaba fuera del hombre; la naturaleza de pecado obraba en Satán. Satanás es el origen del pecado, y el pecado empezó en el cielo con Satanás; sin embargo, desde la caída del hombre, cuando el hombre comió del árbol de la ciencia del bien y del mal, él se abrió a la influencia de Satán en su ser, y dio paso para que penetrara en su ser la complicidad con la naturaleza del pecado; y la naturaleza de pecado llegó a ser parte del hombre caído.

(60)

Hamartiología.-

Al considerar a grandes rasgos la caída del hombre, y al recordar, como lo hicimos en el examen de este tema en numerales mucho más anteriores, acerca de la caída de Satanás, vemos que nos encontramos con un nuevo tema, o un nuevo capítulo, dentro de lo que se ha dado en llamar teología sistemática; es el capítulo acerca del pecado. Hemos considerado la creación, incluida la de los ángeles, y la caída de los ángeles, con la de Satán; luego la creación del hombre, su propósito, su misión, su constitución, y su caída; y nos encontramos, entonces también, con que el pecado estaba originalmente en Satán y en sus huestes; pero ahora está también en el ser humano; nos encontramos, pues, ante un nuevo capítulo: el pecado.

Se suele llamar dentro de la teología sistemática, que algunos hermanos la estudian, o la leen, y otras personas también, que se nos habla de la hamartiología, de la raíz *hamartía*, que quiere decir pecado, y *logos*, que quiere decir tratado; o sea, hamartiología quiere decir tratado acerca del pecado.

Este capítulo tiene también varios *ítems* o puntos; por ejemplo, el origen del pecado en el cielo, como el pecado comenzó en el cielo con un querubín, que ya lo estuvimos considerando en capítulos un poco anteriores; luego también tenemos que considerar en esta área que el pecado no tuvo su origen en Dios; Dios lo permitió, pero el príncipe del mundo, el padre de la mentira, es Satán; como Dios hizo a personas con libre albedrío, estas eligieron desobedecer a Dios; Dios no quería robots, Dios quería personas aliadas, con libre albedrío, voluntariamente a Él; lo cual no aconteció con Satán

y la tercera parte de los ángeles de los cielos, que llegaron a ser huestes satánicas. Luego el hombre también fue hecho con libre albedrío, y vemos que Adán también se rebeló contra Dios, al igual que Satán.

Entonces, vemos el pecado en el cielo, el pecado en las huestes satánicas, en Satanás primero, y luego en sus huestes; luego el pecado entrando en el mundo por un hombre; todo esto es el tema de la hamartiología, o tratado acerca del pecado.

Hemos de tener en cuenta los *ítems* importantes de este importante capítulo, porque antes de estudiar el importantísimo capítulo de la salvación, tenemos que estudiar el capítulo del pecado y de la situación caída; debe conocerse el diagnóstico primero, para que después pueda hacerse una aplicación del remedio, según lo que se diagnostique; así que debe estudiarse el asunto del pecado.

Vemos, pues, al respecto en las Escrituras también tres cosas, tres niveles acerca del pecado que, Dios mediante, estaremos considerando en numerales futuros; estos son: los pecados o transgresiones como actos de desobediencia, el pecado como naturaleza pecaminosa, y la ley del pecado y de la muerte que opera en los miembros del hombre pecador.

Las trasgresiones y el pecado.-

Es la epístola a los Romanos, del apóstol Pablo, la que por excelencia nos muestra estos distintos niveles del pecado que hemos mencionado en los numerales anteriores: trasgresiones, pecado y ley del pecado y de la muerte; no son lo mismo, aunque están íntimamente relacionados.

Las trasgresiones o pecados se refiere a los actos de desobediencia a Dios; a eso es a lo se le llama pecados en plural; pecados, desobediencias, trasgresiones; pero en los mismos capítulos de la carta a los Romanos, ya avanzando un poco más en la lectura, vemos que hay una diferencia en el uso de la palabra; cuando el apóstol Pablo en los primeros versos estaba hablando de las trasgresiones, después empezó a hablar, ya en singular, de el pecado. Ya no habla solamente de las trasgresiones como actos, sino de la naturaleza pecaminosa que es la que impulsa a cometer esos actos.

El problema de Dios con nosotros los hombres no es solamente lo que nosotros hacemos; el problema de Dios con nosotros es mucho más grave: es con lo que nosotros somos, con lo que llegamos a ser desde la caída del hombre y por mero nacimiento natural adámico; heredamos del primer hombre la naturaleza vendida al pecado. El pecado, en singular, entró en el mundo por un hombre.

La naturaleza adámica pecaminosa fue transmitida a toda la raza humana a través de la simple generación; por eso es que dice el salmista: "*En pecado me concibió mi madre*"; es decir, que no llegamos a ser pecadores cuando cometemos el primer pecado, sino que cometemos el primero y los demás pecados, porque nacimos pecadores. La

Palabra nos dice que, por el pecado de un hombre, los muchos fueron constituidos pecadores; eso está en el capítulo cinco de la carta a los Romanos.

Así que el ser humano es pecador por constitución; entonces, distinguimos aquí un nivel más terrible del pecado; el pecado no son solamente transgresiones; ciertamente, una de las definiciones de pecado en el plano más superficial es que el pecado es transgresión de la ley; entonces, los actos de desobediencia son el nivel del pecado como transgresión; pero estamos viendo que las transgresiones se hacen por causa de la concupiscencia de la naturaleza del pecado adámico heredado naturalmente por nacimiento natural; todo ser humano ha heredado la naturaleza pecaminosa, y a eso es a lo que ya en singular se le dice en la carta a los Romanos: "el pecado".

En numerales siguientes, Dios mediante, veremos sobre la ley del pecado y de la muerte.

La ley del pecado en mis miembros.-

Continuamos, Dios mediante, en el presente numeral, con el tema de el pecado; habíamos visto tres niveles del pecado: las transgresiones, o pecados en plural, o actos de desobediencia a la ley divina, o a la voluntad de Dios.

Consideramos también a grandes rasgos, ya no en plural, los pecados, o las transgresiones a la ley, sino el pecado en singular; es decir, la naturaleza pecaminosa adámica, la carnalidad. Ya no solamente el problema es con lo que hacemos, sino con lo que somos por naturaleza; ya no se trata solamente de que hacemos males, sino de que somos malos; el hombre es malo; necesita, por eso, ser perdonado, regenerado y liberado, y muchas otras cosas que, Dios mediante, se estarán considerando más adelante; pero estamos deteniéndonos en un diagnóstico a *grosso modo* de el pecado.

Ahora bien, la carta a los Romanos, en el capítulo siete, nos muestra qué es lo que opera en el hombre, qué es lo que hace al hombre malo; entonces nos encontramos con este nuevo nivel más profundo del pecado, que es lo que la palabra de Dios lo llama una ley: *la ley del pecado y de la muerte*. Vamos, entonces, a estar considerando esto en una lectura, primeramente en Romanos, capítulo siete; vamos a leerlo desde el verso 14: "*Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, eso hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el (el, el, el, en singular) el pecado que mora en mí*".

Este es el nivel de la naturaleza de pecado; ya no son meramente actos, sino que es el pecado morando en el hombre; y sigue Pablo; "*Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, (en mi carne) no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí*". Volvemos a encontrar esta expresión: "el pecado que mora en mí".

Ahora llegamos al verso 21 de Romanos siete, y dice así: "*Así que queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley...*"; ahora sí que la cosa se pone seria, porque ahora es una ley de la naturaleza caída; ya no es solamente un acto, sino que es una naturaleza en la cual opera una ley, el pecado y la muerte; dice: "*hallo esta ley, que el mal está en mí*", el mal está en mí como ley; es una cosa terrible. Gracias a Dios por la redención en Cristo que también incluye esto. Seguimos leyendo: "*Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí!, ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte? Gracias a Dios, por Jesucristo Señor nuestro.*"

Así que Jesucristo es el que nos libra de las transgresiones, del pecado y de la ley del pecado. La ley del pecado es el nivel más terrible de la situación caída del hombre.

(63)

Triplicidad.-

En numerales anteriores estábamos ya comenzando a considerar Romanos, capítulo siete. Continuando en esta consideración, observamos, en un sentido, como tres tipos de “vidas” en el hombre que ha caído, incluso el redimido.

Habíamos, pues, visto en numerales anteriores que el ser humano es tripartito; tiene tres partes: espíritu, alma y cuerpo; habíamos visto qué le pasó a estas tres partes del hombre con la caída; el espíritu murió y se separó de Dios, el alma llegó a gobernar al hombre entero como un ego al que se deslizó el yo incapaz de vencer por sí solo al poder del pecado, y el cuerpo del hombre llegó a ser meramente carne; también el hombre íntegro llegó a estar sometido a la carne, a la carnalidad.

De manera que en el ser del hombre, si este hombre caído recibe al Señor para ser salvado, entonces queda convertido en un campo de batalla, donde interactúan tres clases de “vidas”, que vamos a identificar, con la ayuda del Señor, en este numeral.

En el espíritu del hombre regenerado, cuando este hombre, que ha caído como todo ser humano, recibe al Señor para ser salvado, al recibir el Espíritu de Cristo, entonces en su espíritu tiene la vida divina; por eso es que en Romanos ocho se nos dice que *el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia.*

Así que en el espíritu del hombre regenerado, habiendo recibido a Cristo, está la vida divina; pero claro está que no solamente la vida divina está en el hombre que es un hijo de Dios ahora, el que ha recibido a Cristo; ahora está también, y continúa

estando como lo estaba antes de recibir a Cristo, la vida humana, la vida natural, en su alma, en su propio yo, en su propia personalidad; esa persona sigue siendo un hombre normal, un hombre natural; así que, además de encontrar la vida propiamente divina, la naturaleza divina por el Espíritu de Dios en el espíritu del hombre, encontramos también la vida humana, la vida psíquica del hombre, su personalidad, su vida natural. La vida de Dios es una vida sobrenatural en relación al hombre, es una vida increada, es una vida eterna; en cambio, la vida natural del hombre es una vida creada, es una vida que tiene sus limitaciones en comparación con la vida divina

Pero vemos también que hay algo en la carne del hombre; algo que se llama *el pecado y la ley del pecado en mis miembros*, como dice Pablo; y que él lo llama *el cuerpo de muerte*; y como dice en Romanos ocho, en este cuerpo de muerte vemos que ahí está operando el pecado; y el pecado es la naturaleza típica de Satanás, es la participación de Satanás en el hombre adámico; el hombre caído está vendido al pecado, y el pecado es la naturaleza del mal; es el mal en mí que tuvo su origen en Satán.

Entonces, vemos el mal en nuestros miembros, en nuestro cuerpo de muerte, como dice aquí el apóstol Pablo; vemos también la vida humana natural, creada por Dios en el hombre en el principio; y la vez, en los hijos de Dios, en los regenerados, vemos la vida increada y eterna de Dios; estas tres luchan, interactúan y convierten en un fenómeno a los hijos de Dios, en un fenómeno de lucha espiritual.

Cristología y soteriología.-

En los numerales anteriores, hemos estado considerando el terrible capítulo, decimos terrible por su contenido, de la hamartiología; de la raíz griega *hamartía* (amartía), que quiere decir pecado, y *logos* que quiere decir tratado; o sea, el tratado del pecado.

Hemos visto que el pecado comenzó en los cielos con Satán, pasó a la tercera parte de los ángeles, y se introdujo en el mundo por un hombre; y hemos visto el nivel de los pecados o transgresiones, que son los actos de desobediencia, hemos visto también el pecado como naturaleza pecaminosa en el hombre, como se nos dice en Efesios capítulo dos, que *éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos*; vimos también en Romanos siete que en la carne del hombre opera la ley del pecado y de la muerte, una tendencia natural del hombre adámico que lo lleva cautivo al pecado y a la muerte.

Es terrible verdaderamente este capítulo, la consideración de estas cosas en la palabra de Dios, y en la realidad, en los hechos cotidianos; el pecado es una cosa muy oscura; gracias a Dios que, conociendo el diagnóstico, Dios proveyó el remedio para lo diagnosticado; lógicamente que un cáncer no se curaría con un alka-seltzer, porque un cáncer no es un dolor de cabeza, ni es un dolor de estómago; así mismo, la situación caída del hombre es más grave que lo que aparenta; no solamente que el hombre hace cosas malas, sino que el hombre es malo; de manera que la redención de Dios, la recuperación del hombre de parte de Dios, tiene que proveernos no solamente el perdón de los pecados, sino que tiene que proveernos también la liberación del pecado,

tiene que regenerarnos, tiene que renovarnos, tiene que transformarnos; el trabajo de Dios con el hombre caído es sumamente grande; pero por más grande que sea el pecado, más grande es la gracia; como dice el apóstol Pablo: *donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*; y la gracia del Señor no solamente nos trae el perdón, sino que nos trae toda la recuperación completa, toda la redención completa; entonces, ante el problema en el universo del pecado, y el problema del pecado del hombre, entonces Dios interviene con la redención; aquí se abren las puertas de nuevos capítulos en la revelación divina.

Entraremos, pues, por ahora, en dos partes interrelacionadas: una, la cristología, que trata acerca de Cristo; en numerales muy anteriores, habíamos hablado del Hijo del Dios en el aspecto celestial, el Verbo de Dios en el aspecto de la divinidad; pero no habíamos entrado en Su encarnación; entonces, claro está que, debido al pecado, también el Verbo de Dios se hizo carne, y vino a realizar la redención. Todo lo relacionado a la persona de Cristo, todo Su vivir humano, y también Su obra en la cruz del Calvario, en la resurrección, en la ascensión, forman parte de la cristología, y de la soteriología, de *sotería*, que quiere decir salvación; o *Soter* que significa Salvador; entonces la soteriología es el capítulo que trata sobre la salvación de Dios.

Ante el diagnóstico del pecado, la salvación de Cristo. En numerales siguientes, Dios mediante, estaremos considerando este tema mas detenidamente.

Cristología, Soteriología y Pneumatología.-

Ante la tremenda realidad del pecado, gracias a Dios que el Señor no nos dejó abandonados; el Verbo de Dios se hizo carne y vino para salvarnos; Dios estaba en Cristo reconciliando consigo el mundo.

Pues, hay tres capítulos dentro de la revelación divina, dentro del consejo de Dios, que se refieren fundamentalmente al remedio de Dios para la caída del hombre; no sólo la caída original, sino el estado caído de cada ser humano y de la raza humana en general; a estos tres capítulos los hemos estado llamando: Cristología, Soteriología y Pneumatología.

Cristología, porque se refiere a la persona de Cristo; trata acerca de quien es Cristo, que naturalezas hay en Cristo, la divina y la humana, como estas naturalezas están unidas en una sola persona, la persona del Hijo de Dios; como El vivió una vida sin pecado, como El nos reveló a Dios, como El murió una muerte expiatoria, como El resucitó corporalmente, como ascendió, como está como mediador a la diestra del Padre, como ha derramado el Espíritu Santo.

Todo esto es el tema propio de la Cristología; Cristo es el remedio de Dios para el hombre; la persona de Cristo, pero también la obra de Cristo, la obra de la salvación en Cristo Jesús; la parte de Dios y la parte nuestra en fe y en obediencia de la fe; entonces entramos en este segundo capítulo de la Soteriología. La palabra soteriología viene, pues, de la raíz griega "*soter*", que quiere decir salvador, y *logos* que quiere decir tratado; Soteriología, o sea, el tratado de la salvación; aquí incluiríamos todo lo que

el Señor ha hecho en la cruz de Cristo, todo lo que en la cruz fue incluido para nuestra salvación, y todo lo que en la resurrección de Cristo fue incluido también para nuestra salvación, y en la ascensión de Cristo; vemos también, la parte del hombre, la parte de la fe, la parte de la obediencia de la fe, como decir el bautismo, el andar en el Espíritu, etc.

Entonces, para esto hay un nuevo capítulo, el de la Pneumatología, de la raíz griega "*pneuma*" (pneuma), que quiere decir espíritu, y *logos* que quiere decir tratado; o sea, el tratado acerca del Espíritu, todo lo que es el Espíritu, todo lo que contiene el Espíritu, todo lo que nos comunica el Espíritu, la parte del Espíritu en la recuperación del hombre.

Entonces, Dios mediante, estaremos considerando estas tres grandes áreas del consejo de Dios: la Cristología, la Soteriología y la Pneumatología, como la respuesta de Dios: Cristo, Su obra y Su Espíritu, la respuesta de Dios para la condición caída del hombre.

Encarnación del Verbo Divino.-

Para revelarnos a Dios, y para salvarnos, el Verbo de Dios se hizo carne; en el evangelio según San Juan, en el verso catorce del capítulo uno, nos dice: “*Y aquel Verbo se hizo carne (fue hecho carne) y habitó entre nosotros (en el original griego dice: tabernaculizó entre nosotros), y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*”.

La encarnación es una de las grandes maravillas de las cosas que han sucedido en la historia del universo; es lo principal; si Dios no se hubiera encarnado, y no hubiera habido tampoco crucifixión, ni resurrección, no habría salvación para la humanidad; gracias a Dios que el Creador de todas las cosas, y Sustentador de ellas, también es el Redentor; y el Verbo de Dios, Aquel por medio de Quien el Padre creó todas las cosas, también se hizo carne.

En esta declaración acerca del Verbo de Dios, que es la Imagen de Dios, el Resplandor de Su gloria, la Sabiduría Divina, la expresión de Dios, el Hijo de Dios, el Verbo de Dios se hizo carne. Debemos detenernos en esta consideración. No dice la palabra del Señor que el Verbo de Dios descendió sobre una carne; es decir, como si hubiera una persona humana y una persona divina hubiera venido a morar dentro de esa persona humana, lo cual serían dos personas; ese fue el error que se atribuye en la historia a Nestorio, el “Nestorianismo”; no, no se trata de dos personas; se trata de que el Verbo de Dios, participante de la naturaleza divina, de la substancia divina, se hizo carne, fue hecho carne; es decir, tomó la naturaleza humana.

Aquí vemos el misterio de las dos naturalezas en la única persona del Señor Jesucristo; en cuanto Verbo de Dios, El es divinidad; pero en cuanto se hizo hombre, llegó a ser semejante a nosotros; entonces participa también de la naturaleza humana; la naturaleza divina y la naturaleza humana son propias de esta única persona que es el verbo de Dios encarnado, el Hijo de Dios, el Cristo.

En la carta de Pablo a los Filipenses, en el capítulo dos, se nos declara también algo muy estrechamente relacionado con lo que nos dice Juan 1; dice el verso 5: “*Halla, pues, en vosotros este mismo sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual **siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo hecho semejante a los hombres***”; aquí vemos, pues, la encarnación del Señor; El, siendo en forma de Dios, o sea el Verbo de Dios, no estimó el ser igual a Dios como algo para aferrarse; es decir, era igual a Dios, pero no se aferró, sino que hizo exactamente lo contrario de lo que hizo Satán. El pecado de Satán fue una usurpación; él, sin ser Dios, pretendió ser semejante a Dios; en cambio, el Señor Jesús, el Verbo de Dios, siendo en forma de Dios, no se aferró a serlo, sino que se sometió a condiciones de siervo, tomó forma de siervo; El, en cuanto a divinidad, no era siervo; era Señor; pero tomó forma de siervo, semejante a los hombres; y no solamente se hizo carne; es decir, no solo asumió la corporalidad humana, sino que se hizo semejante a los hombres; nos lo dice filipenses; es decir, tomó íntegramente la naturaleza humana con espíritu, alma y cuerpo humanos.

El Verbo de Dios hecho carne, semejante a los hombres, para salvarnos.

Kenosis y concepción virginal.-

En contraste a la usurpación de Satanás, el Verbo de Dios, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; esto es la “*Kenosis*”, lo que en el griego se llama *kenosis*, o despojamiento del Señor. Él estaba circunscrito a las circunstancias divinas; pero entonces se sometió a circunstancias y a condiciones humanas; de condiciones de Creador se sometió a condiciones de creatura, en cuanto Verbo encarnado de Dios,

El es Creador, El es Dios, pero en cuanto se hizo hombre, llegó a ser también creatura en cuanto a humanidad, no en cuanto a la divinidad. Ahora bien, esto tuvo su comienzo, como estaba profetizado, desde el vientre de una virgen; la palabra del Señor ya profetizaba en Génesis, capítulo tres, versículo 15, que el Señor decía que *la Simiente de la mujer aplastaría en la cabeza a la serpiente.*

Vemos, pues, que la palabra del Señor nos hablaba de la Simiente de la mujer; habría de haber, pues, un hombre nacido de la mujer sin la intervención del varón, el cual sería la Simiente de la mujer. La palabra de Dios se cumplió en el Señor Jesucristo. También Isaías 7:14 nos dice que Emanuel vendría por una doncella; pero doncella implica que sería una virgen que concebiría, por la que Dios se haría carne, Emanuel nos sería dado; Emanuel quiere decir: “Dios con nosotros”. *He aquí, la virgen concebirá y dará a luz un Hijo, un niño, y será su nombre Emanuel, Dios con nosotros.*

El despojamiento del Verbo de Dios es continuado con la concepción virginal del Señor Jesucristo; se suele hablar de inmaculada concepción; pero aquí no estamos hablando de la inmaculada concepción de María, sino de Jesucristo; es decir que María, siendo virgen, concibió en su vientre por el Poder del Altísimo, por el Espíritu Santo, al Señor Jesús. El verbo de Dios, desde el vientre de la virgen María, tomó humanidad; comenzó a desarrollarse normalmente en el vientre de una virgen, conforme estaba profetizado; así se fue desarrollando hasta cumplir los nueve meses normales, y nació el primogénito de María en Belén, conforme estaba profetizado por Miqueas, para llevar adelante el plan de salvación de Dios.

Recordemos siempre, entonces, el despojamiento y concepción virginal del Verbo Divino.

Desarrollo humano del Verbo de Dios.-

El Verbo de Dios, que estaba con Dios, y era Dios, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo; fue hecho carne, llegó a ser semejante a los hombres, fue concebido virginalmente; es decir que María, su madre, era una virgen cuando El fue concebido en su vientre por el Espíritu Santo, por el poder del Altísimo; es decir, por obra del Espíritu Santo y por el poder del Altísimo.

También hablamos de Su concepción virginal, en el sentido de que el Hijo de Dios, entonces hecho hombre, nació de la virgen María; ella era una virgen, ella no había conocido varón, pero Él nació de esta virgen; en ese sentido hablamos de concepción virginal.

Ahora bien, entonces el Señor comenzó a crecer; El vino como un niño; El no apareció en la historia de repente como un hombre ya hecho y derecho, sino que Él se sometió a una generación humana, a un desarrollo y crecimiento humano normal; esto es una gran obra del Señor; El no quiso excluirse del desarrollo humano; El no apareció como un hombre hecho y derecho en el templo de Jerusalén, o misteriosamente; no, no, no; El, desde el vientre de la virgen María, fue concebido, fue gestado, nació como un niño; *"niño nos es dado"*, dice la palabra del Señor; *un niño nos es nacido*; y nos dice Lucas en el capítulo dos, versos cuarenta y cincuenta y dos: *"Y el niño crecía y se fortalecía y se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios era sobre él"*; y el verso cincuenta y dos nos dice: *"Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura y en gracia para con Dios y los hombres"*.

En este desarrollo de la vida humana del Señor Jesús, vemos algo muy precioso; recordemos que la raza humana, la humanidad en general, estaba degradada a partir del pecado; ahora venía el Salvador, el Verbo de Dios, y asumía humanidad, se vestía con la naturaleza humana, con espíritu, alma y cuerpo humanos, y crecía, crecía en estatura, crecía en sabiduría; El, como Dios, no tenía que crecer en sabiduría; pero como hombre sí tenía que crecer en sabiduría; El, como Dios, era igual al Padre; pero como hombre era menor que el Padre, porque la naturaleza humana es inferior a la naturaleza divina; por eso El se despojó y asumió forma de siervo, semejante a los hombres.

Este crecer, este vivir del Señor, es una gran obra de Dios; ¿por qué? por que El estaba llevando el desarrollo de la humanidad a su máxima expresión y perfeccionamiento; las virtudes humanas estaban siendo desarrolladas, estaban siendo cumplidas; en los demás hombres operaba una degradación, pero en El operaba una madurez, una perfección; El llegó a ser el Varón Perfecto; creció y llegó a ser un hombre perfecto a favor de toda la humanidad.

(69)

Vivir humano santificante y perfeccionante del Hijo.-

En la palabra del Señor encontramos el nacimiento del Señor Jesús y su crecimiento normal como hombre; en todo sentido el Señor Jesús fue un hombre verdadero; siendo Dios, en cuanto Verbo, se hizo hombre; un hombre tal como usted y yo somos hombres, con la naturaleza humana.

En esta naturaleza humana, El creció, se desarrolló, como decíamos en el numeral pasado, y fue llevando a su perfección al hombre; la humanidad, de la cual El se vistió, fue engrandecida hasta su máxima expresión; ningún hombre había alcanzado el nivel que alcanzó El como hombre; El, para eso, se hizo hombre también; El no apareció ya como hombre hecho y derecho, sino que se fue desarrollando, fue creciendo; la Palabra nos dice, como leíamos la vez pasada en Lucas, que creció en estatura, creció en sabiduría y creció en gracia en cuanto hombre; ¿esto qué quiere decir? que El estaba llevando a su máxima expresión el potencial de la naturaleza humana; esto lo hacia El para podernos redimir, para que nosotros lo podamos asimilar, y ser también realizados en Su perfecta humanidad; ¡Que cosa preciosa es esta obra del Señor Jesús!

El vivir humano de Dios en carne: este hombre Jesús; Dios hecho hombre, el Verbo encarnado viviendo por treinta años antes de entrar en Su ministerio público; pero no apareció, repito, para iniciar Su ministerio, sino que El tenía que cumplir una misión, la de ser hombre, ser un hombre normal, pero no pecador; ser un hombre que crece, ser un hombre que aprende; y en la carta a los Hebreos, en el capítulo 5, en los versos 8 y 9, leemos esta preciosa

declaración: “ *Y aunque era Hijo, por lo que padeció, **aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado**, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que obedecen*”; de manera que el vivir humano del Señor Jesús fue un perfeccionamiento de la humanidad. El se puso una meta: la estatura del Varón Perfecto; y El creció en sabiduría, en gracia, en estatura, en obediencia a la voluntad perfecta de Dios; y las virtudes humanas fueron desarrolladas en este hombre Jesús, el prototipo de la humanidad, el Hijo del hombre, a su máxima expresión, a la perfección; por eso se dice que aprendió la obediencia y vino a ser perfeccionado. El Señor Jesús, según lo registra Juan, en el capítulo 17, en el verso 19, dice: “*Y por ellos Yo me santifico a mí mismo, **para que también ellos sean santificados en la verdad***”; por eso es que en Hebreos 2:11 se nos dice: “*El que santifica y los que son santificados, de Uno son todos*”; El creció para que nosotros seamos como El.

Tentado en todo, pero sin pecado.-

Hemos estado considerando en los numerales anteriores, la concepción, el nacimiento, el desarrollo del vivir humano normal, como hombre verdadero, del Señor Jesús, el Verbo de Dios encarnado, el Hijo de Dios e Hijo del hombre. Muy bien, consideremos otro aspecto importantísimo de este gran trabajo del Señor Jesús a favor de la humanidad.

En Hebreos, en el capítulo cuatro, leemos desde el verso 14 al 16: *“Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión, porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado; acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”*.

Que tremenda declaración ésta del verso 15; aquí en Hebreos 4 dice: *“Uno (el Hijo de Dios, hecho hombre, el Verbo de Dios encarnado, Jesús) Uno que fue tentado en todo, según nuestra semejanza, pero sin pecado”*. Esta es otra gran verdad; no solo que El creció, se desarrolló en estatura, en gracia, en sabiduría, como los demás hombres, se santificó para santificarnos a nosotros, aprendió la obediencia, fue perfeccionado; sino que todas estas cosas las hizo dentro de los marcos de la tentación satánica; o sea que Su crecimiento y Su desarrollo no fue nada fácil; El fue sometido a prueba como nosotros somos sometidos a prueba.

La palabra nos dice: *Uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado*. El Señor Jesús fue tentado como tú eres tentado, como yo

soy tentado, pero El no pecó; El venció la tentación, El venció a Satán, y por eso es que nos puede socorrer; y que precioso que dice acá: “*Un sacerdote que puede compadecerse de nuestras debilidades, por cuanto El mismo padeció siendo tentado*”; ¡Que precioso es esto! que el mediador nuestro no es solamente un Jesucristo Dios, sino un Jesucristo hombre. Ciertamente El es Dios, pero El también es hombre; El nos comprende, El sabe lo que hay en el hombre; El fue tentado, como el hombre fue tentado, y venció la tentación, y no le somos extraños, El nos comprende, nos compadece, porque El también aprendió la obediencia con sufrimiento, y por eso es que El nos puede ayudar, porque El venció; Sus victorias las comunica a nosotros el Espíritu de Dios, el Espíritu de Cristo; y toda tentación puede ser vencida en virtud de este victorioso Jesús el Cristo.

En semejanza de carne de pecado.-

Continuando con la serie de los numerales pasados acerca del Señor Jesús, leemos en Romanos, el versículo 8, el versículo tres: *“Porque lo que era imposible para la ley (es decir, que el ser humano, en su estado caído, aunque quería cumplir la ley de Dios, y agradar a Dios, se encontraba vendido al pecado, y no podía agradar a Dios; era imposible para la ley), por cuanto era débil por la carne, sigue diciendo en Romanos 8:3: Dios, enviando a Su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”*.

Hemos leído aquí una declaración muy tremenda y muy profunda, que no hay que leerla sola, sino en compañía de otras; voy a repetir: *Dios, enviando a Su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne*; vamos a leer, junto con esta, otra declaración; en la primera carta del apóstol Juan, en el capítulo tres, vamos a leer el verso cinco hasta el versículo ocho: *“Y sabéis que El apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en El; todo aquel que permanece en El, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo como El es justo; el que practica el pecado es del diablo, porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.”*

Entonces, notamos que en Romanos ocho nos dice que El vino en semejanza de carne de pecado, y que a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; y ahora nos dice Juan que El apareció para deshacer las obras del diablo, y también que El vino para quitar nuestros pecados, y que no hay pecado en El.

Así que vino en semejanza de carne de pecado, pero no hay pecado en El; en la carne del hombre mora el pecado; Pablo dice: “*el pecado que mora en mí, esto es, en mi carne*”; y en la carne opera la ley del pecado y de la muerte; el Señor vino en semejanza de carne de pecado; es decir, El asumió la naturaleza humana, que en el hombre llegó a ser el hombre; pero Satán fue el que introdujo en la naturaleza humana del hombre el pecado; pero ahora el Señor Jesús viene a hacer exactamente lo contrario de Satán; El viene a deshacer lo que hizo Satán; el Señor Jesús se hizo carne, pero resistió al pecado en la carne; El fue tentado como nosotros, pero El venció al pecado, el quitó el pecado, el condenó al pecado en la carne; aunque vino en semejanza de carne de pecado, no hubo pecado en El, sino que en Su carne hubo una lucha, y el Señor venció la tentación, venció a Satán en la carne, y condenó al pecado en la carne; por eso es que los demonios pueden confesar que Jesús es el Hijo de Dios, pero no quieren confesar que El vino en carne; porque en Su carne El fue tentado, y en Su carne El venció, y en su carne El condenó al pecado, y derrotó a Satanás.

Preámbulo a la soteriología.-

La gran obra del vivir humano del Señor Jesús, fue coronada o consumada con la crucifixión; entonces vino la resurrección, ya en un estado diferente, en un estado glorificado; pero el vivir humano, desde la concepción, nacimiento, crecimiento, tentación, victoria, fue coronado con la crucifixión; así El completó, consumó, Su obra redentora a favor de la humanidad; vivió como Dios quiere que el hombre viva, desarrolló las posibilidades de la humanidad hasta la perfección en el Varón Perfecto que llegó a ser El a favor de todos nosotros; y este hombre perfecto fue crucificado a favor de todos nosotros; y aquí comenzamos un tremendo y glorioso tema, el de la crucifixión del Señor Jesús, propio de la cristología y de la soteriología, acerca de Cristo y la salvación.

La cruz de Cristo fue el medio que Dios utilizó para deshacerse de todas las cosas negativas; así como la resurrección de Cristo introduce todas las cosas nuevas y positivas, así la cruz de Cristo se hizo cargo de las cosas negativas.

Debido a la rebelión satánica en el cielo, y de las huestes suyas, y la del hombre en la tierra, Dios tenía problemas en el universo; pero, para eso, el Verbo se hizo carne, para venir a arreglar los problemas. La hamartiología, el tratado del pecado, nos muestra un diagnóstico de la situación del problema; pero la cristología, la soteriología y la pneumatología, la verdad de Cristo, la salvación, el Espíritu, nos muestran el gran trabajo de Dios. Se centra primeramente en la crucifixión de Cristo; entonces, en Su resurrección, ascensión, mediación y envío de Su Espíritu; estos puntos centrales, hasta

que El venga, nos muestran la gran obra de salvación del Señor.

Ahora bien, la crucifixión del Señor es algo muy profundo; lo que el Señor hizo en la cruz de Cristo fue algo tremendo; por eso es que, en el Antiguo Testamento, esta gran obra del Señor estaba simbolizada en distintas clases de sacrificios; claro está que el sacrificio del Señor fue uno sólo; sin embargo, en el Antiguo Testamento, especialmente en el Levítico, el tercer libro del Pentateuco de Moisés, vemos que, en figura del sacrificio de Cristo, se nos presentan varias clases de ofrendas sacrificadas; ¿por qué? porque nos hablan de la riqueza de la obra de Cristo en la cruz.

Dios mediante, en numerales sucesivos, estaremos considerando la riqueza de la crucifixión.

Introducción a los variados aspectos del sacrificio de Cristo.-

Como lo habíamos dicho en el numeral pasado, comenzaremos a considerar, Dios mediante, desde este numeral, las riquezas de la crucifixión de Cristo a nuestro favor.

Mencionábamos aquella vez el libro de Levítico, el tercer libro del Pentateuco de Moisés; en este libro, a través de la orden que Dios le dio a Moisés, de ordenar al pueblo de Israel distintas clases de sacrificios, nos está mostrando, en esta diversidad de ofrendas, la multiforme riqueza de la cruz de Cristo. Todos estos distintos sacrificios muestran diferentes aspectos de la cruz de Cristo a nuestro favor; por ejemplo, encontramos la ofrenda por las transgresiones; encontramos también la ofrenda por el pecado; encontramos también la ofrenda de paz; encontramos la ofrenda mecida; encontramos el holocausto, o la ofrenda totalmente quemada, etc.; es decir, distintos aspectos de la obra conseguida por Cristo en la cruz para Dios y para nosotros, son representados en estas distintas clases de ofrendas.

Cuando estuvimos estudiando el capítulo de la hamartiología, del tratado del pecado, estábamos viendo que la palabra del Señor nos enseña que no sólo existen las transgresiones o pecados en plural, o sea, los actos de desobediencia; también existe lo que la Biblia llama: "el pecado"; lo que por naturaleza somos, como hijos de ira, lo mismo que los demás; la naturaleza adámica, en la cual opera la ley del pecado y de la muerte, que nos lleva cautivos a cometer el mal, a la corrupción y a la muerte; por eso es que la cruz de Cristo tenía que tratar con las transgresiones, y tenía que tratar también con el

pecado; o sea, con la naturaleza de los hijos de ira; tenía que tratar también, ya no solo precisamente en la crucifixión, sino también en la resurrección, y en el envío del Espíritu, con la ley del pecado y de la muerte en nuestros miembros.

Vemos, pues, que el Señor Jesús entonces murió como el cordero de Dios para quitar los pecados; es decir, Su sangre nos limpia de todo pecado; esto se refiere a las transgresiones; pero vemos también que la Palabra nos lo representa a El muriendo como la serpiente de bronce; vemos como el Señor dijo que como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así era necesario que el Hijo del hombre fuera levantado; por eso vemos también a la serpiente que representa a Satanás; sin embargo, el Señor Jesús, siendo levantado como una serpiente ensartada, es cuando El fue hecho pecado y maldición por nosotros; cuando el pecado, cuando el viejo hombre, estaba siendo crucificado juntamente con Cristo.

Entonces, una cosa es para traer el perdón: Cristo muriendo como el cordero, la ofrenda por las transgresiones; pero vemos también la ofrenda por el pecado: Cristo muriendo como la serpiente de bronce; es decir, siendo hecho pecado y maldición; es decir, ya no sólo para perdonarnos, sino para libertarnos, para crucificar el viejo hombre; aún en su propia vida el Señor estaba condenando a la muerte al pecado, y el viejo hombre estaba siendo derrotado en las tentaciones vencidas por el Señor Jesús; ahora en Su muerte, mucho más y definitivamente, no solamente El moría para perdonarnos, sino que moría también para libertarnos y para reconciliarnos; lo cual consideraremos, Dios mediante, más detenidamente en numerales siguientes.

(74)

Ofrenda por las trasgresiones y ofrenda por el pecado.-

Continuando con la serie de los numerales pasados, estaremos hoy volviendo a ver lo que es la ofrenda por las trasgresiones, en Cristo, y la ofrenda por el pecado, en Cristo.

Detengámonos un poco mas, porque habíamos visto que no solamente existe el problema de nuestros hechos pecaminosos; es decir, lo malo que hacemos; sino que también existe el problema, no sólo de trasgresiones, sino del pecado, en singular; ya no sólo lo que hacemos, sino lo que somos; no sólo hacemos cosas malas, sino que somos malos; de manera que Dios tiene que enfrentar esta situación en el ser humano; las cosas malas que el hombre ha hecho el Señor quiere perdonarlas; no es que El tenga un deber, en el sentido de que antes de la fundación del mundo alguien le obligara a Él; ahora sí, El mismo se sometió al deber, por cuanto El se hizo hombre; el Verbo de Dios murió por nosotros como hombre, y ahora, sobre una base de justicia, de un precio ya pagado, nosotros somos perdonados, no solamente sobre una base de misericordia, aunque también sí de misericordia, claro está, de clemencia, pero también de justicia, por cuanto la deuda fue ya pagada en el Señor Jesús.

Nuestros pecados, trasgresiones, desobediencias a la ley, actos malos, son limpiados por la sangre del Señor Jesucristo, son perdonados, si lo recibimos por la fe; en la crucifixión de Cristo, El muriendo como el cordero de Dios, derramó Su sangre para conseguirnos el perdón de los pecados, si creemos.

La primera provisión de Dios en la cruz para nosotros es la provisión del perdón; el perdón nos quita la culpa delante Dios; el Señor Jesús murió en la cruz como si El fuera el pecador, como el sustituto, y Su sangre derramada habla a Dios de que ya fue pagado el precio, y que nuestros pecados entonces son perdonados por la sangre del Señor Jesús.

Pero está claro que el problema continúa en otro respecto: lo que hemos hecho es tratado, corregido, enderezado a través del perdón; los males que hemos cometido en el pasado, si verdaderamente tomamos conciencia de ellos, pedimos perdón a Dios en el nombre de Jesucristo, descansando por fe en los méritos del Señor Jesús que no pecó, que venció, y sin embargo murió por nuestros pecados, conseguimos el perdón; pero ¿qué pasa cuando después de haber sido perdonados una y otra vez, descubrimos que seguimos cometiendo de los mismos pecados que nos habían sido perdonados? Entonces allí llegamos a lo que se había diagnosticado en el tratado del pecado; que no solamente hacemos cosas malas, sino que somos malos; que, por el pecado de un hombre, fuimos constituidos pecadores, y que necesitamos algo mas que ser perdonados; necesitamos no solo ser perdonados de lo malo que hacemos, necesitamos también ser liberados de lo malo que somos; por eso aparece el nuevo aspecto de la cruz de Cristo: siendo hecho El pecado por nosotros, ensartado en al asta como la serpiente de bronce, para crucificar el viejo hombre; no solamente morir por nuestros pecados, sino que nuestro viejo hombre fuera crucificado juntamente con El, para que no sólo seamos perdonados, sino liberados de lo que somos.

Perdón y liberación.-

En el Libro de Levítico, vemos las distintas clases de ofrendas, los sacrificios que representaban los distintos aspectos de la cruz de Cristo, de la crucifixión del Señor a nuestro favor, para obtener para Dios la recuperación del hombre, quitando las cosas negativas; lo vemos a El muriendo como la ofrenda por las transgresiones, como el cordero de Dios que derrama su sangre para limpiarnos de todo pecado y perdonarnos de toda transgresión o acto de desobediencia.

Lo vemos también a El muriendo como la serpiente de bronce, hecho pecado y maldición por nosotros, y para crucificar juntamente con El al viejo hombre, de manera de que por la victoria de El suministrada a nosotros por el Espíritu Santo, que tomó lo de El para nosotros, nosotros en virtud de la crucifixión del viejo hombre juntamente con Cristo, no solamente seamos perdonados, sino liberados del mal, liberados del pecado.

También vemos en la palabra del Señor, allí en Levítico, que se nos habla de la ofrenda de paz, la ofrenda por la reconciliación; vemos, pues, que el Señor en la cruz nos consigue, por una parte, perdón; por otra parte, liberación, y también reconciliación; estas cosas están íntimamente relacionadas, pero no son exactamente lo mismo.

El perdón se refiere a que Dios olvida nuestro pasado, El nos perdona, El decide no tomarnos en cuenta los hechos que hemos cometido; pero también la cruz de Cristo nos provee no solamente el perdón de nuestros pecados, sino también la limpieza de la mancha del pecado; la mancha del pecado es esto: una persona, por ejemplo, ha sido un ladrón; esa

persona, por causa de ser un ladrón, lo meten a la cárcel, paga su deuda, devuelve lo que robó; pero, cuando ya sale de la cárcel, la gente dice: éste es un ladrón; o sea que le quedó la mancha; aunque la persona ya devolvió lo que había robado, aunque la persona ya pagó su pena, sin embargo, le quedó la mancha, quedó manchado, quedó marcado; pero la cruz de Cristo no solamente nos perdona lo malo que hicimos, sino que nos quita la mancha del pecado; ya no somos más llamados ni ladrones, ni prostitutas, ni borrachos, ni narcotraficantes, ni pecadores, ni cualquier tipo de pecado, ni explotadores, sino que somos limpiados con la sangre del Señor, perdonados y limpiados de los pecados y de la mancha del pecado; el Señor se olvida de lo que éramos, y por la regeneración somos totalmente nuevas personas.

La liberación se refiere ya, más que al perdón, y más que a la limpieza, se refiere a que hay ahora en nosotros una victoria sobre el mal que opera en la carne del hombre; el viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo; es decir, el Señor venció al pecado en la carne, y fue hecho pecado por nosotros; lo condenó, de manera de que el viejo hombre nuestro fue crucificado en Cristo; Cristo se vistió de carne y venció la tentación, venció al viejo hombre, y el Espíritu de Cristo contiene estas victorias de Cristo. Así que en la cruz de Cristo el viejo hombre fue crucificado; por lo tanto, fuimos liberados del viejo hombre, en Cristo. Algunas personas dicen: pero si ya fue crucificado el viejo hombre, ¿por qué es que se quiere levantar de nuevo en mí? Lo que pasa es que usted está buscando la crucifixión del viejo hombre en usted mismo, pero fue en Cristo que fue crucificado; por lo tanto, si usted anda en el Espíritu, ya no tiene problemas con el viejo hombre; porque, en el Espíritu, el viejo hombre ha sido destrozado, porque el Espíritu contiene las victorias de la cruz de Cristo.

No necesitamos luchar contra el viejo hombre; el viejo hombre ya fue vencido en Cristo; Uno que ya lo venció, es el que está fluyendo a través de nosotros, si andamos en Espíritu; somos liberados a través de la cruz de Cristo, y del Espíritu. Reconciliados significa todavía algo más, que veremos, Dios mediante, en próximos numerales.

Ofrenda de paz y reconciliación.-

Las Diversas clases de ofrendas en el Libro de Levítico: la ofrenda por las transgresiones, la ofrenda por el pecado, la ofrenda de paz, el holocausto, la ofrenda medida, etc., representan distintos aspectos de la obra de la cruz de Cristo, de la obra que Cristo hizo en la cruz para nosotros.

En numerales anteriores hemos estado considerando la ofrenda por las transgresiones o pecados, también la ofrenda por el pecado; es decir, por la naturaleza caída del hombre. El hombre no solamente debe ser perdonado por Dios, sino también liberado de lo malo que es; y para eso, Cristo también murió en la cruz.

Hoy mencionaremos la ofrenda de paz, o lo que nos consigue la reconciliación; hemos visto que el perdón se refiere a nuestras transgresiones; asimismo, la liberación se refiere ya no tanto a lo que hemos hecho, sino a lo que somos. Hemos visto también que el Señor nos limpia de la mancha del pecado; pero reconciliar, está mostrándonos otro aspecto también muy íntimamente relacionado; sin embargo, tiene su peculiaridad.

Reconciliar quiere decir lo siguiente: vamos a usar un ejemplo: dos personas, que eran amigas, se enemistaron por las faltas de una de ellas; ahora bien, si esa persona se reconcilia con aquel a quien ofendió, entonces es perdonada; pero si solamente es perdonada, pero no se restablece la amistad antigua que había, entonces falta reconciliación.

Entonces, por eso vemos que reconciliación es algo más que perdón; pero seguirla manteniendo a distancia, no es aún completa reconciliación.

Reconciliación quiere decir, no solamente perdonar, sino volver a entablar con la persona perdonada una relación de amistad, una relación estrecha, no manteniéndola a la distancia, sino ignorando lo que ha pasado, como si no hubiese sucedido nada; la persona que realmente perdona, se reconcilia con aquel que lo había ofendido; es una persona que actúa haciéndole olvidar al ofensor sus ofensas, las cuales perdonó; le dice: no lo tengas más en cuenta, esto ya pasó, sigamos normalmente en amistad, en compañerismo.

Eso es lo que nos representa la ofrenda de paz, la ofrenda que consigue nuestra reconciliación con Dios; no es solamente un perdón, sino que es una comunión restablecida como si nunca hubiese sido rota; Dios es tan misericordioso, que no está interesado solamente en perdonarnos, sino de que caminemos en novedad de vida; por eso es que la redención y la regeneración no nos consiguen solamente un remiendo; no; sino una nueva creación; la vieja creación fue juzgada, y ahora el Señor ha producido una nueva creación, que desde su origen, su nuevo origen en la regeneración, es totalmente nueva.

La reconciliación, pues, nos vuelve a ser amigos con Dios, como si no hubiese sucedido nada; ¡Qué grande es Dios!

(77)

Liberación.-

Las abundantes riquezas de la gracia del Señor conseguidas para nosotros en la cruz y en la resurrección del Señor Jesús. En los numerales anteriores hemos estado considerando algunos aspectos de lo que ha hecho el Señor Jesús en la cruz para nosotros. La cruz se encarga de encarar, de parte de Dios en Cristo, todas las cosas negativas en el universo; y la resurrección, ascensión y envío del Espíritu, se encargan de introducir una nueva creación, las cosas positivas en el universo. Es por eso que la cruz de Cristo y la resurrección de Cristo, del Hijo de Dios, del Señor Jesús, ésta persona y ésta obra, son el centro de la historia del universo. Allí terminan las cosas viejas, y comienzan las cosas nuevas, en el Hijo de Dios encarnado, crucificado, resucitado; esto es el punto crucial y central en la historia.

Hagamos una mirada global de las cosas que consiguió para nosotros la cruz del Señor Jesús; son muchas, y no podemos abarcarlas todas, pero vamos a irnos acercando a ellas, Dios mediante, en este y otros numerales poco a poco; pero miremos globalmente, panorámicamente, lo cual es muy importante hacer, y luego descender, parte por parte, a cada una de estas.

El Señor nos consigue, como hemos dicho ya, perdón; nos consigue el Señor también limpieza de la mancha del pecado, de los pecados y de la mancha del pecado; nos consigue también el Señor en Su cruz: liberación; el Señor nos consigue en la cruz liberación, puesto que en la cruz de El nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El; no solamente el Señor murió, sino que nosotros hemos muerto con El; en el vigor de la victoria de Jesucristo

en la cruz nosotros vivimos; el Espíritu del Señor nos comunica lo que Cristo consiguió en la cruz; por eso es que podemos ser liberados; no fue algo que sucedió solamente en la cruz del Señor Jesús, sino que el Espíritu de Dios toma lo que sucedió en la cruz de Jesucristo; *el Espíritu tomará de lo mío*, dice el Señor; *El tomará de lo mío*; y la obra del Señor en la cruz fue crucificar el viejo hombre.

Esa es la liberación, la crucifixión del viejo hombre en Cristo; eso lo hace efectivo el Espíritu de Cristo, porque el Espíritu de Cristo contiene la victoria de Cristo sobre el viejo hombre; si nosotros tratamos de vencer el viejo hombre con nuestras propias fuerzas, vamos a descubrir que está muy vivo; y a veces nos decimos: ¿pero qué está pasando? ¿Será que resucitó el viejo hombre? ¡No! el viejo hombre en Cristo nunca resucita; lo que pasa es que estamos buscando la crucifixión del viejo hombre en Adán; pero el viejo hombre fue crucificado en el Señor Jesucristo, con Cristo.

De manera que la liberación del viejo hombre que operó en la cruz, en la muerte de Cristo, pues nuestro viejo hombre crucificado juntamente con El, nos es efectiva a través de la suministración del Espíritu de Jesucristo que contiene esta victoria.

Hemos considerado este punto de la liberación; consideraremos otras riquezas de la crucifixión de Cristo

Hecho maldición por nosotros.-

En la carta a los Gálatas que escribió el apóstol Pablo, nosotros leemos que el Señor Jesús fue hecho maldición por nosotros; eso está en el capítulo 3, verso 13; dice: "*Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición, por que está escrito: maldito todo el que es colgado en un madero*"; note que cosa tremenda: también la cruz del Señor Jesús encaró el problema de la maldición sobre los hombres por la desobediencia a la ley; se le llama: "la maldición de la ley"; la ley declaraba maldito a los transgresores de la ley; pero el Señor Jesucristo, al morir por nosotros, llevó también nuestra maldición; la maldición de la ley fue concluida en la muerte del Señor Jesucristo.

El estaba siendo juzgado como si El fuese un maldito en lugar de nosotros; El fue hecho pecado por nosotros, y también fue hecho maldición por nosotros. ¡Qué cosa tremenda! ¡qué cosa gloriosa! Es el monto de las riquezas de la gracia de Dios para con nosotros en la cruz del Señor Jesucristo.

Una maldición es algo terrible; si nosotros nos ponemos a meditar en lo que significa una maldición, vamos a comprender; quizás un poquito más, lo que el Señor hizo en la cruz del calvario. El sufrimiento del Señor no fue solamente algo físico; recordemos que el Señor dijo: "*mi alma está muy triste hasta la muerte*"; y luego, allá en la cruz, pendiendo allí del madero, El dijo: "*Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*". Mientras nosotros tengamos esperanza aquí en la tierra, es algo glorioso; pero que cosa terrible es cuando el último tribunal de apelación, Dios mismo, pronuncie una maldición; porque sucederá, porque escrito está que El dirá:

“Apartaos de mí malditos al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles”; no fue preparado para los hombres; pero, puesto que los hombres quisieron seguir a Satán, pues lo siguieron hasta el infierno.

Pues miren esto: esa declaración: *malditos, apartaos de mí, malditos*, esa es la cosa más horrenda que puede acontecer; esa es la maldición que está reservada a los hombres que se apartan de Dios, y que escogen seguir a Satán en su destino; pero que cosa gloriosa es que el Señor halla sido hecho maldición por nosotros; que la maldición de la ley halla caído sobre el Señor Jesús en la cruz del calvario, y que El halla sido abandonado por Dios en la cruz del calvario, para que nosotros, en virtud de Su sacrificio, no seamos abandonados por Dios, sino que seamos perdonados, y que la maldición se convierta en bendición; así que, el que Cristo halla sido hecho maldición por nosotros, es también una obra gloriosa de Dios, de la gracia de Dios en la cruz del Señor Jesucristo para todos nosotros.

Continuaremos examinando, Dios mediante, las provisiones de la cruz para nosotros.

Dos aspectos de la santificación.-

Gracias a los méritos de la crucifixión del Hijo de Dios, del Hijo del hombre, del Verbo de Dios encarnado, del Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero, nosotros obtenemos liberación del juicio de Dios, de la condenación eterna; obtenemos el perdón de los pecados, la limpieza de los pecados y de la mancha del pecado; nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo, para que seamos liberados del cuerpo de pecado, por desuso, por andar más bien en el Espíritu; también somos liberados de la maldición de la ley; estas y otras cosas han sido conseguidas en la cruz de Cristo para todos nosotros.

Hoy estaremos examinando un aspecto de la santificación conseguido para nosotros en la cruz de Cristo; y digo un aspecto, porque no es el único; hay varios aspectos en lo relacionado a la santificación. La santificación, por un parte, es una separación de las cosas negativas, de las cosas inmundas, de las cosas mundanas, para ser comprados para Dios; por otra parte, es participar, ya en el lado positivo, de la naturaleza divina y santa de Dios por Cristo Jesús.

Vemos, pues, en la santificación, dos cosas: una relacionada a la separación de lo negativo, y otra relacionada a recibir una naturaleza santa, la naturaleza divina, por la presencia de Cristo morando en nosotros.

De estos dos aspectos de la santificación, uno de ellos, el de la separación de las cosas negativas, para que seamos para Dios, está relacionado a la cruz de Cristo; y el otro aspecto, el de las cosas positivas, el de la naturaleza divina y santa, creados

en la justicia y santidad de la verdad en Cristo Jesús, está relacionado a la resurrección de Cristo; así que, vemos en la santificación un aspecto relacionado a la cruz, y otro aspecto relacionado a la resurrección.

Con respecto al aspecto relacionado a la cruz de la santificación, vamos a leer Hebreos capítulo diez, en los versículos nueve y diez: "*He aquí vengo, oh Dios* (dice la profecía acerca de Cristo) *para hacer tu voluntad; quita lo primero* (o sea, los sacrificios antiguos) *para establecer esto último.* (Cristo muriendo y resucitando para nosotros). Y ahora dice el verso diez: "***En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre***".

Notamos que este pasaje nos habla de la santificación por la ofrenda de Jesucristo hecha una vez para siempre. Cuando el Señor Jesús ofreció el sacrificio suyo en la cruz del calvario, fuimos santificados; ¿en qué sentido? en el sentido de que al llevar El las cosas viejas, el viejo hombre, el mundo, la carne, e incluso Satán, como estaremos viendo, Dios mediante más adelante, y llevarlos a la destrucción en Su muerte en la cruz, de esa manera nosotros estábamos siendo separados de las cosas negativas que había en el universo.

Al resucitar, y al introducir por Su resurrección una nueva creación, El se convirtió también en nuestra santificación; pero este aspecto, como mencionábamos, se refiere al aspecto positivo de la santificación, a la provisión de santidad, de naturaleza santa, que es Cristo resurrecto morando por el Espíritu en nosotros. Pero la ofrenda de Cristo en la cruz fue para terminar lo negativo, y liberarnos, y separarnos para Dios, santificándonos.

La Cruz entre el mundo y nosotros.-

En los últimos numerales de esta serie que estamos trayendo, hemos estado considerando las provisiones de la cruz, lo que el Señor ha hecho en la cruz para nosotros. Hoy estaremos considerando otra cosa que Dios hizo en la cruz; estamos viendo estas cosas sólo panorámicamente, muy por encima; cada uno de estas cosas es riquísima, y requiere no solamente un mensaje de cinco minutos; requiere mucha profundización y disfrute; sin embargo, hay que mencionarlas, considerarlas, y tenerlas presentes para escudriñarlas y para disfrutarlas.

Leemos hoy de otro aspecto; en Gálatas, capítulo seis, nos dice así la palabra del Señor en el versículo catorce: *“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, **por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo**”*.

Notamos aquí también esta visión y experiencia de Pablo, de lo conseguido también en la cruz de Cristo para nosotros; dice Pablo que *en la cruz de Jesucristo el mundo nos ha sido crucificado a nosotros, y nosotros le hemos sido crucificados al mundo*; el mundo ha sido tratado en la cruz del Señor Jesús; el Señor Jesús dijo: “Yo he vencido al mundo”; el Señor Jesucristo vino al mundo, el Señor Jesucristo batalló contra el príncipe de este mundo, y el Señor Jesucristo juzgó al príncipe de este mundo y al mundo. Cuando el Señor Jesucristo murió, El estuvo llevando a la muerte el mundo; la Escritura dice que en la cruz de Jesucristo el mundo me ha sido crucificado a mí.

Cuando una persona vive sustentada por el Espíritu de Cristo, en el Espíritu de Cristo no tiene

parte el mundo; el mundo es extraño al Espíritu de Cristo; Cristo dijo: “*el príncipe de este mundo no tiene nada en mí*”; el Señor Jesús venció al mundo; y nuestra fe en El es la victoria que vence al mundo. Nosotros no debemos tratar de separarnos del mundo por nuestras propias fuerzas; pero hay Uno que venció al mundo, y cuyo Espíritu mora en nosotros; y el Espíritu de Cristo en nosotros contiene Su victoria sobre el mundo; cuando el Señor derrotó al mundo, y murió el Señor en la cruz, el mundo fue crucificado juntamente con Cristo para nosotros y nosotros para el mundo; y por eso nosotros, al vivir por el Espíritu de Cristo, estamos también crucificados al mundo.

El mundo nos fue crucificado a nosotros, y nosotros le fuimos crucificados al mundo; el mundo ya no puede contar con nosotros para las cosas suyas; pero estamos en el mundo para las cosas de Dios, pero separados del mundo; no somos del mundo, como el Señor no es del mundo; ¿por qué? porque Jesús nos crucificó al mundo. ¡Gloria a Dios!

La cabeza aplastada de la serpiente.-

Continuamos en el numeral de hoy con la serie que estamos trayendo acerca de las provisiones de Dios en la cruz de Jesucristo. La vez pasada habíamos mencionado que habíamos sido crucificados al mundo, y el mundo a nosotros, en la cruz del Señor Jesucristo. Hoy vamos a ver algo más, relacionado íntimamente con esto.

Ya a los pies de la cruz, y considerando en la fe, en el Espíritu, las cosas hechas, el Señor Jesús dijo, como está registrado en Juan, capítulo 16, el versículo 11: *“El príncipe de este mundo ha sido ya juzgado”*. Cuando el Señor Jesús venció a Satán, dijo: *“el príncipe de este mundo no tiene nada en mí”*; el Señor fue tentado en todo, pero resistió a Satán, y lo expuso, y lo rechazó; y luego el Señor fue a la cruz, y allí fue juzgado el príncipe de este mundo; ahí fue cuando la serpiente hirió en el calcañar a la Simiente de la mujer; pero la Simiente de la mujer le aplastó la cabeza en la cruz del calvario. Por eso leemos en Hebreos, capítulo 2, versículo 14, de la siguiente manera: *“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir, por medio de la muerte, al que tenía el imperio de la muerte; esto es, al diablo, y librar a todos los que, por el temor de la muerte, estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre”*.

Que cosa tremenda nos dice el verso catorce; ya no es solamente que nuestro Señor murió por nuestros pecados para perdonarnos; no solamente que se hizo Él pecado para liberarnos, y que fue hecho maldición por nosotros; no solamente que el Señor nos ha reconciliado, nos ha limpiado del pecado y de la mancha del pecado, sino que también

el mundo fue crucificado a nosotros, y nosotros crucificados al mundo en la cruz de Cristo; pero ahora añade más; añade también aquí que *el príncipe de este mundo ha sido juzgado, y que el Señor, por medio de Su muerte, ha destruido al que tenía el imperio de la muerte.*

Antes, Satán era el que tenía las llaves de la muerte y del hades; pero ahora es el Señor Jesús el que tiene las llaves del infierno y de la muerte; y se nos dice en Hebreos 2:14: “*destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo*”; el diablo ha sido destruido en la cruz del Señor Jesús también; no solamente el mundo, no solo el pecado, no solo las trasgresiones, no solo la maldición es llevada, no solo las cosas viejas, sino que el mismo diablo ha sido vencido, destruido en la cruz del Señor Jesucristo.

Alguna persona dice: pero si el diablo fue destruido en la cruz de Cristo, ¿por qué es que anda por ahí haciendo males? Lo que pasa es que las personas se ubican en la vieja creación, y no en la nueva creación; pero en la nueva creación, en el Espíritu de Cristo, andando en el Espíritu, en el Espíritu de Cristo el diablo no tiene parte; en el Espíritu de Cristo, el diablo ha sido destruido; y cualquier hijo de Dios que ande en el Espíritu de Cristo, camina sobre la cabeza quebrantada de Satán.

El grano de trigo.-

Hemos estado viendo la provisión de Dios en la cruz del Señor Jesucristo.

Recordamos que la cruz fue necesaria; Jesús dijo: “*era necesario que el Cristo padeciese*”, y también dice: “*y que resucitase de los muertos al tercer día, y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados, comenzando desde Jerusalén*”; eso es lo que nos registra Lucas de las palabras de Jesús resurrecto, en capítulo 24 de su libro, de su evangelio; también, en la primera carta a los Corintios, en el capítulo 15, el apóstol Pablo explica que lo primero que él enseñaba era que Cristo había muerto por nuestros pecados, conforme a las Escrituras, que había sido sepultado, y que había resucitado al tercer día, conforme a las Escrituras; y que había aparecido a los apóstoles, etc., etc.; allí vemos, pues, el fundamento: el Señor Jesucristo, Su persona y Su obra; y lo central de Su obra: Su cruz y Su resurrección, con ascensión, ministerio celestial, envío del Espíritu, y esperamos Su regreso.

Estas cosas son puntos importantes; pero no tenemos una cosa: la cruz de Cristo era necesaria porque había cosas negativas en el universo, que habían sido introducidas por la rebelión de Satán y sus huestes en los cielos, y la rebelión y la caída del hombre; y por la situación caída del hombre, no solo en sus hechos, sino en su ser mismo, necesitaba ser, pues, el hombre, liberado del juicio, perdonado, limpiado, reconciliado con Dios, separado del mal, separado del mundo, librado del diablo, librado de la muerte y del temor de la muerte, librado de la maldición; para eso era necesaria la cruz; Dios hizo todas estas cosas en la cruz de Cristo.

Ahora bien, la cruz trata con lo negativo; pero hace falta también la introducción de lo positivo; hace falta un nuevo comienzo; si la cruz destruyó y dejó en ruinas el mundo de Satán, y a él mismo y su obra, ahora hace falta una reconstrucción, no de la obra de Satán, sino de la obra de Dios; lo que Satán dañó, lo que Satán destruyó, el Señor vino a arreglarlo; Él vino a deshacer las obras del diablo, El vino para que tengamos vida; para eso, entonces, es necesario el aspecto de la liberación de la vida divina en la cruz del Señor Jesús, lo cual empata con la resurrección; vemos que el Señor Jesús murió como el cordero de Dios; vemos que también el Señor murió como la serpiente de bronce que levantó Moisés; estas dos cosas muestran distintos aspectos de la cruz de Cristo, como lo muestran las distintas clases de ofrendas en el libro de Levítico; pero otro aspecto que empata con la resurrección, el paso de la cruz a la resurrección, es el aspecto de Cristo muriendo como el grano de trigo. Cristo es el grano de trigo que cayó en tierra y murió para dar fruto; es decir, para liberar la vida divina; el grano de trigo, al ser humillado en el polvo de la tierra, abre sus cáscaras, y deja que el germen de vida y de resurrección aflore.

La vida divina y humana glorificada, fue, pues, liberada en dirección a nosotros, también en la muerte de Cristo; cuando Gedeón quebró los cántaros, la luz que estaba escondida fue liberada también; asimismo, la vida divina germinó en resurrección a partir de la muerte del grano de trigo.

Vivificado en espíritu.-

En el numeral pasado habíamos quedado en el aspecto de Cristo muriendo como el grano de trigo; el señor Jesús, en Juan, capítulo 12, nos dice: “*Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no lleva fruto; pero si muere, lleva mucho fruto.*” La liberación de la vida divina, la germinación de la vida divina, está relacionada también con el quebrantamiento, con la humillación, con la muerte del grano de trigo. El Señor Jesús fue ese primer grano de trigo que murió para que la vida divina fuera liberada; así que la cruz nos quita todo lo negativo, y permite también la liberación de la vida divina.

Leamos un aspecto relacionado con esto en la muerte de Cristo, en primera de Pedro, capítulo 3, versículo 18; nos dice allí: “*Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero **vivificado** en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua*”.

Notamos allí, pues, que cuando el Señor Jesús estaba muriendo como el grano de trigo, el germen de vida estaba brotando de él; nos dice Pedro, *muerto en verdad en la carne, pero, pero vivificado en espíritu*; esta expresión, vivificado, nos muestra la germinación de la vida divina a través del morir del grano de trigo; muerto en la carne, pero vivificado en el espíritu.

La vida divina ahora podía salir y entrar en nosotros; el Señor Jesús dijo que estaba con nosotros cuando El estaba aquí en la tierra; pero El les dijo: *es necesario que yo me vaya, porque si yo no me voy, el Espíritu Santo, el Consolador, no viene*; así que era necesario que la vida divina, que estaba contenida en el Señor, que se había vestido de humanidad, y que así había vencido a Satán, fluyese; Él tenía que ser muerto para que fuera liberada esa vida divina, para que pudiera entrar en nosotros, para que el Hijo Unigénito, se convirtiera en Primogénito, para que el grano de trigo, que era solamente uno, se convirtiera en muchos, dando así ocasión a la gran espiga, el cuerpo de Cristo, la Iglesia, la casa del Dios viviente; esa es la germinación del grano. Por eso dice, *“muerto en la carne, pero vivificado en espíritu”*; estaremos continuando, Dios mediante en los próximos numerales.

Sepultado.-

Entre la cruz y la resurrección está la sepultura del Señor Jesús. Vemos que eso es muy importante; El murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras, fue sepultado, y resucitó al tercer día, también conforme a las Escrituras.

Fue sepultado; el Señor Jesús fue sepultado; el Señor Jesús descendió para enterrar todas las cosas que tienen que ser enterradas, y que tienen que ser sepultadas en el universo. Ahora bien, esa sepultura no fue sino, como decíamos la vez pasada, el abrir de la cáscara, para que también el germen de vida pudiera ser liberado a favor de todos nosotros.

El Señor Jesús murió en la carne, pero fue vivificado en espíritu, y ahora la Escritura dice algo más: que *vivificado en espíritu, también fue y predicó a los espíritus encarcelados que en otro tiempo habían desobedecido*; eso está en 1 Pedro; 3:18-20.

Notamos, pues, entonces, en este pasaje, y en otros pasajes, que cuando el Señor Jesús murió y fue sepultado para enterrar juntamente con El todas las cosas negativas, El también realizó un obra en aquella región de ultratumba, después de la muerte. Por una parte, el Señor le había dicho a aquel ladrón que moría con Él, y que le recibió y creyó en Él, y que le dijo: *Señor, acuérdate de mi cuando vinieres en tu reino*; entonces el Señor le dijo: *de cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*. Si el Señor le dijo eso, es porque eso realmente aconteció así.

También aquí en Pedro dice que fue y predicó a los espíritus encarcelados; y en esta misma carta, en el capítulo cuatro, el versículo seis, nos dice:

“porque por esto también ha sido predicado el evangelio a los muertos, para que sean juzgados en la carne según los hombres, pero vivan es espíritu según Dios”. Muchos creyentes en el Mesías que habría de venir, que confiaban en el sacrificio de los carneros, de las ovejas que se ofrecían en el Antiguo Testamento en figura de Cristo, estaban esperando la venida del Mesías. Cuando el Señor Jesús vino, murió, fue sepultado, entonces vemos esta visita que el Señor hizo; el Señor hizo una triple visita mientras estuvo sepultado; su cuerpo estaba allí en la tumba de José de Arimatea, pero El estuvo en el paraíso con el ladrón.

El también predicó el evangelio a los muertos, a aquellos que antes del Señor venir habían creído, y habían muerto en esperanza del Mesías. El fue y predicó el evangelio a los muertos también.

Y también fue y predicó a los espíritus encarcelados; esto se refiere a aquellos ángeles, aquellos hijos de Dios rebeldes que habían pecado en los días de Noé, tomando mujeres y engendrándoles gigantes, y que habían sido echados al Tártaro. Tártaro es la palabra que aparece por una única vez traducida como infierno, pero que aquí en la segunda carta de Pedro, capítulo 2, versículo 4, se refiere a la prisión de oscuridad de aquellos ángeles reservados a juicio. Jesús se identificó ante ellos como el Juez y Señor.

Esto lo hizo el Señor en Su descenso, cuando fue sepultado.

(85)

Primogénito.-

Mientras el Señor Jesús estuvo sepultado, y fue sepultado para enterrar con El las cosas negativas, las cosas que El vino a destruir del diablo en la cruz, el Señor estuvo en el Tártaro, y predicó a los espíritus encarcelados que desobedecieron en los días de Noé, vivificado en espíritu. También predicó el evangelio a los muertos en el Hades, a aquellos que habían muerto en la esperanza del Mesías que había de venir, confiando en Dios; predicó el evangelio a los muertos; eso está en 1 Pedro 4:6: *“ha sido predicado el evangelio a los muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios”*. También estuvo en el paraíso; allí, pues, fue con el ladrón que creyó en El cuando El murió, y que murió a su lado.

Ahora bien, si la palabra del Señor nos dice que el Señor descendió a las partes más bajas de la tierra, y que Su alma no fue dejada en el Hades, también vemos que la Palabra nos dice que **El llevó cautiva la cautividad**; el Señor tomó a todos aquellos que estaban esclavizados, o que estaban en aquella situación, y tomó a los que esperaban en El. El Señor resucitó, ¡y oh, que cosa preciosa!, aquí damos comienzo a la apertura en la continuación del plan de Dios; hubo una crucifixión, hubo una sepultura, pero también hubo una resurrección, hubo una liberación; la resurrección del Señor Jesús introduce muchas cosas buenas y positivas; en primer lugar, en relación a Su propia persona, el Unigénito se convierte ahora en Primogénito; el momento de la resurrección es considerado como el momento en que el Padre engendra al Hijo en un sentido (Hchs.13:33,34).

Antes de la fundación del mundo, el Verbo de Dios, la Sabiduría de Dios, fue engendrada inmanentemente por Dios sin principio, en el conocer eterno de Dios; el Verbo estaba con Dios; ese es un aspecto del engendramiento. Engendrado, no creado.

El otro aspecto es el aspecto del Espíritu Santo engendrando en el vientre de la virgen María al Señor Jesús como hombre; eso es otro aspecto; pero vemos otro aspecto que está en el discurso que el apóstol Pablo nos dio citando el salmo segundo, y está en Hechos, capítulo trece; podemos leerlo desde el versículo treinta y tres: *“la cual (promesa) Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús; como está escrito también en el salmo segundo: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy.”* Así que el apóstol Pablo está utilizando este salmo segundo con el verso: *mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy*, relacionándolo a la resurrección.

Cuando Cristo es resurrecto, en ese momento es convertido en el Primogénito; antes de la fundación del mundo El era el Unigénito, El era el único Hijo de Dios; pero El se hizo carne y llegó a ser el Primogénito; es decir, a partir de Su resurrección El puede dar cabida para muchos hijos de Dios, participantes de la naturaleza divina, por la vida de Cristo y Su Espíritu comunicado a ellos.

Continuaremos viendo algunas de las provisiones en la resurrección de Cristo para nosotros.

(86)

Declarado Hijo de Dios por la resurrección.-

Retomamos en este numeral el hilo del numeral pasado; leamos el capítulo 13 de los Hechos de los apóstoles, el versículo treinta y tres: “*Dios ha cumplido* (aquella promesa) *a los hijos de ellos* (a nosotros) *resucitando a Jesús; como está escrito también en el salmo segundo: Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy.*”

Aquí el apóstol Pablo aplica este verso del Salmo al engendramiento del Primogénito; eso no quiere decir que el Verbo de Dios no pre-existía; claro, Él, como Verbo de Dios, como Persona Divina, co-existía con el Padre y el Espíritu Santo desde antes de la fundación del mundo, y desde la eternidad. También en Su humanidad Él fue engendrado desde el vientre de la virgen María; pero resulta que ahora hay una nueva situación; Él es el Verbo de Dios con naturaleza divina; es también el Hijo del hombre con naturaleza humana; pero ahora, en la resurrección, Él entra en un estado glorificado que no existía antes; la gloria que Él compartía con el Padre antes de la fundación del mundo, era en cuanto Verbo, era como Dios; pero ahora era aplicada a su humanidad; ahora el Señor tomaba de nuevo aquella gloria, pero habiendo asumido humanidad; es decir, glorificaba a la humanidad.

Este es un tremendo comienzo; por eso es que también la palabra del Señor dice en el Salmo segundo: “*Yo te he engendrado hoy*”; este es el momento glorioso cuando el Unigénito del Padre es resucitado en un estado glorificado y es convertido ahora en el Primogénito; es decir, es cuando se posibilita la nueva creación, la regeneración de los hijos de Dios.

Algo de esto nos lo dice Romanos, capítulo uno, versículo cuatro: “*fue declarado Hijo de Dios con poder, según el espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos*”; no es que Él no era el Hijo de Dios; en cuanto Dios, lo era; pero dice allí que en la resurrección fue declarado Hijo de Dios; ahora, a partir de la resurrección, hay un estado especial; ¿por qué? porque ahora ya no es solamente el Verbo de Dios, como Dios, y no es solamente el Hijo del Hombre en un estado todavía de pasibilidad; es decir, de sufrimiento; no, ahora es el Verbo de Dios encarnado, resucitado para ser glorificado; es un estado nuevo; Él es el Hijo de Dios; por eso se dice: “*declarado Hijo de Dios con poder*”; este es el comienzo de la nueva creación; por eso Él es también el Primogénito de toda creación y el Principio de la creación de Dios.

Continuaremos en esta línea, Dios mediante, en numerales sucesivos.

(87)

Cristo, nuestra justificación y santificación, por la resurrección.-

Gracias a la resurrección del Señor Jesús, el Unigénito de Dios, el Verbo de Dios llegó a convertirse también en el Primogénito, en el Hijo primogénito de Dios. Primogénito quiere decir que ahora tiene hermanos semejantes a Él, y que Él es el Primero de ellos; ¡Que cosa preciosa! Quiere decir que la resurrección del Señor Jesús introdujo las cosas nuevas, las cosas positivas, la nueva creación; y vamos a estar considerando algunos de los *ítems* conseguidos para nosotros por la resurrección del Señor Jesús; vamos a estar mencionando algunos en forma panorámica en este numeral, para considerarlos un poco más despacio en numerales sucesivos.

A través de la resurrección del Señor Jesús, nosotros pudimos ser justificados; la justificación viene también a través de la resurrección; eso podemos leerlo en Romanos 4:25; dice del Señor Jesús: “*fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación*”; resucitado para nuestra justificación.

Así que la justificación requería también de la resurrección del Señor. Solo por la resurrección comprendemos que Él verdaderamente es el Hijo de Dios, el Mesías, y que su sacrificio expiatorio fue acepto a nuestro favor. Si hubiera quedado muerto, no tendríamos base para la fe.

Por una parte, además, la cruz nos provee el perdón, nos limpia de todo pecado; pero la intención del Señor nos es solamente perdonarnos; necesitamos, además de ser perdonados y liberados, etc., también

ser renovados, ser regenerados, ser hechos justos en naturaleza, recibir una naturaleza también justa; no sólo justificados posicionalmente; es decir, declarados inocentes porque la deuda fue pagada y la culpa borrada; sino que también necesitamos recibir una nueva naturaleza; por eso nos dice la palabra del Señor que el nuevo hombre ha sido creado en la justicia y santidad de la verdad (Efesios 4:24).

Aquí nos acercamos también a otro aspecto conseguido para nosotros en la resurrección: la santificación. Habíamos visto en numerales anteriores un aspecto de la santificación conseguida en la cruz, como leíamos en Hebreos, de que por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo fuimos santificados; eso quiere decir, separados para Dios de las cosas negativas; pero la santificación no es solamente una separación de las cosas negativas; se necesita un elemento positivo: la naturaleza santa del Señor, la nueva creación, que tiene origen en la resurrección de Jesucristo; es creada, como dice Efesios, en la justicia y en la santidad de la verdad; o sea, la naturaleza divina es justa, y la naturaleza divina es santa, y es verdadera; y nosotros, al recibir al Señor, la vida del Señor por la resurrección de Cristo, por la ministración del Espíritu, nosotros recibimos también entonces la justicia de Dios infusa, en una manera disposicional, no solamente imputada posicionalmente; Su naturaleza obrando en nosotros. Por eso es que Él es también la santificación; nuestra sabiduría, justificación, santificación y redención es Cristo (1Cor. 1:30).

Obviamente, la regeneración también es posible para los hijos de Dios, gracias a la resurrección del Señor Jesucristo. Si Él hubiera muerto, pudiéramos ser perdonados; pero si no hubiera resucitado, entonces ¿cómo ser regenerados?

Continuaremos, Dios mediante, en numerales sucesivos considerando las riquezas de la resurrección de Jesucristo para nosotros.

Regeneración y nuevo nacimiento.-

En el tema que estamos trayendo en los mensajes pasados, hemos estado viendo las provisiones de Dios para nosotros a través de la resurrección del Señor Jesucristo; hemos mencionado un aspecto de la justificación, como dice en Romanos; un aspecto, el aspecto positivo, el aspecto del compartir la naturaleza divina y santa, y la santificación, por la resurrección; y también la regeneración por la resurrección. No se puede hablar de regeneración si no hubiese habido resurrección. La resurrección del Señor Jesucristo es el sustento de la regeneración de los redimidos.

A través de la cruz, el Señor trata con las cosas negativas, quita lo negativo en la crucifixión del Señor Jesús a nuestro favor; pero la introducción a lo Nuevo, la instauración de la nueva creación, y de lo positivo, tiene que comenzar, obviamente, por la resurrección.

Con la resurrección, como hemos estado diciendo, el Unigénito se convierte en el Primogénito; el Primogénito quiere decir que ahora Dios engendra a través de Cristo otros hijos para que sean semejantes a Él; la regeneración es la introducción de la vida divina en el espíritu del creyente; cuando una persona invoca al Señor, reconoce sus pecados, pide perdón a Dios, y recibe el Espíritu de Cristo, la vida divina, la naturaleza divina, la vida de resurrección entra en el espíritu del creyente y él es regenerado; esta regeneración es lo que se llama también: el nuevo nacimiento. Por eso el nuevo nacimiento es un nacimiento del Espíritu; y el Espíritu proviene gracias a la resurrección de Cristo; Cristo debía morir, debía resucitar y debía ascender

para poder enviar el Espíritu; pero una vez que viene el Espíritu, el Espíritu de Cristo viene al espíritu del hombre para regenerarlo, para introducir la vida divina, para introducir la vida de Cristo, para introducir las victorias de Cristo, las victorias sobre todo lo negativo; y también para introducir una nueva naturaleza, con una ley diferente; es lo que en Romanos se llama: “*la ley del Espíritu de vida*”.

Todas estas cosas son conseguidas con la regeneración; la regeneración es la primera parte del caminar cristiano; si no hay regeneración, entonces todavía no hay nuevo nacimiento, porque estas dos cosas son prácticamente la misma. La persona, para tener parte en el reino de Dios, debe nacer de nuevo, debe ser regenerada, debe recibir la vida divina; si la persona no tiene la vida divina, puede tener una profesión nominal cristiana, pero no tendrá la auténtica vida cristiana, a menos que sea regenerada, a menos que tenga la vida de Dios en su espíritu.

La vida de Dios viene primeramente al espíritu del hombre, y eso es lo que se llama la regeneración; después pasa al alma del hombre, y eventualmente al cuerpo del hombre; lo cual, Dios mediante, estaremos considerando en numerales sucesivos.

Regeneración y Renovación.-

En la carta del apóstol Pablo a Tito, leemos en el capítulo tres, en el contexto de la serie de numerales que estamos trayendo acerca de las provisiones de la resurrección. Vamos a leer en el capítulo tres de la carta a Tito, desde el versículo cuatro: *“cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna”*.

En este pasaje, y especialmente en el verso cinco, vemos dos expresiones sumamente importantes: una, que nos salvó por el lavamiento de la regeneración, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia; esa es una cosa: por el lavamiento de la regeneración; la segunda cosa es: y por la renovación en el Espíritu santo.

Vemos, pues, aquí, la salvación naciendo en el corazón misericordioso de Dios, y pasando a nosotros lavándonos, regenerándonos y renovándonos; en el numeral anterior nos habíamos detenido a considerar lo que es la regeneración, la recepción por el creyente, en su espíritu, de la vida divina por el Espíritu de Cristo, que se amalgama con el espíritu del hombre. Esto sucede en el nuevo nacimiento, cuando el creyente cree y recibe al Señor Jesús como su salvador, recibe Su vida en su ser.

Muy bien, en esta carta a Tito ya no se nos habla solamente de la regeneración, sino también de la

renovación por el Espíritu santo. La regeneración tiene como característica la introducción de la naturaleza divina, del Espíritu de Cristo, de la vida de Dios, de la vida eterna, en el espíritu del creyente; pero la intención de Dios es que esta vida divina, esta naturaleza divina, este Espíritu de Cristo, no solamente se quede guardado en el espíritu humano del creyente, sino que a partir de allí comience a ganar el alma, a ganar sus pensamientos, sus emociones, su voluntad; y ese proceso de ganar el alma, del que el Señor dijo: “*Con paciencia ganareis vuestras almas*”, es lo que aquí la palabra del Señor llama **renovación por el Espíritu Santo**. Renovar es que algo que ha sido envejecido, comience a recibir un influjo de nueva vida, y comience a ser restaurado, comience a ser recuperado.

Cuando habíamos considerado en los capítulos y numerales anteriores lo que vimos acerca de la antropología cristiana, la situación del hombre caído, habíamos visto que, con la caída, el espíritu del hombre se separó de Dios y murió; en cambio, el alma del hombre, el yo del hombre se engrandeció cual ego soberbio, y el hombre comenzó a moverse por sí mismo en independencia de Dios; ahora, con la regeneración, el hombre, además de haber sido perdonado y limpiado por la sangre de Cristo, recibe la vida divina por el Espíritu de Cristo en su espíritu; pero, a partir de allí, esa vida divina comienza a trabajar para recuperar el alma, para traer a esa alma independiente y rebelde, que pensaba lo que quería, que quería lo que le daba la gana, y que sentía irresponsablemente, y en forma muy inestable, entonces ahora comienza el Espíritu de Dios, el Espíritu de Cristo, a partir del espíritu humano en el cual se amalgamó desde la regeneración, comienza el Señor a traer a sujeción y concordia el alma del hombre, los pensamientos del hombre, las emociones del hombre, la voluntad del hombre; como dice en un pasaje: *traer sujetos los pensamientos a Cristo*;

estabilizar las emociones del hombre y ganar su voluntad; a esto es lo que se llama renovación.

Así que la regeneración es la operación del Espíritu de Dios introduciendo la vida divina en el espíritu del hombre; pero la renovación es pasar del espíritu del hombre la vida de Dios a su alma, su mente, sus emociones y su voluntad. Continuaremos, Dios mediante, en numerales sucesivos.

(90)

Renovaos en el espíritu de vuestra mente.-

En el numeral pasado, después de haber recordado la regeneración del creyente como provisión de Dios, por la sangre de Cristo, en la resurrección de Cristo, porque la sangre trae el perdón, pero el Espíritu del Cristo resurrecto introducido al espíritu del creyente trae la regeneración, pues bien, después de haber recordado la regeneración, mencionamos también, y comenzamos a ver, la renovación.

La regeneración, repito, tiene que ver con la introducción de la vida divina, la vida de Cristo, en el espíritu del creyente, con el nuevo nacimiento; pero la renovación es una etapa posterior, también en virtud de la provisión de la resurrección de Cristo; Cristo resucitó, no solamente para regenerarnos, sino para que en base de esa vida de regeneración, nuestra alma comience a ser renovada; renovar nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestra voluntad, que estaban rebeldes a Dios; ahora comienzan a ser sujetados a Dios, y a palpar a la par con el Espíritu de Dios, que ha venido a morar en el espíritu del creyente desde el día en que fue regenerado, y nació de nuevo recibiendo a Cristo.

Continuemos, pues, considerando algunos versos que nos hablan de la renovación, como paso continuado, como paso siguiente a la regeneración. Leemos en la carta a los Efesios, capítulo cuatro, que nos dice del verso veintidós al veinticuatro: *“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y **renovaos** en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”*.

En este pasaje se nos hace el contraste entre el nuevo hombre y el viejo hombre; el viejo hombre tuvo comienzo con la concepción en nuestros padres; cuando fuimos concebidos ya en el vientre de nuestra madre, comenzamos a tomar parte del ser adámico, y ya participamos del viejo hombre. Cuando recibimos al Señor Jesús en nuestros corazones, la vida divina entra en nuestro espíritu, y comienza una nueva creación en nosotros; esa es la regeneración. Ahora nos dice aquí el verso 23 de Efesios 4: “*y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad*”.

El nuevo hombre participa de la justicia, de la santidad y de la verdad, y está en el espíritu del hombre, cuando él recibe a Cristo; pero la renovación consiste en el paso de la vida de Cristo desde el espíritu hacia el alma, hacia la mente; por eso dice el verso 23: “*renovaos en el espíritu de vuestra mente*”. Continuaremos en numerales sucesivos, Dios mediante.

Transformación por la renovación.-

Continuando con la serie de los numerales anteriores, estamos recordando el tema importante de la renovación por el Espíritu Santo, conforme a la expresión de Pablo a Tito, en su carta, en el capítulo tres; y en el mensaje pasado habíamos leído Efesios, capítulo cuatro, donde nos exhorta a ser renovados en el espíritu de nuestra mente. La renovación, pues, repetimos en este numeral, consiste en la transmisión de la vida divina desde el espíritu del hombre regenerado hacia el exterior de su ser; desde la parte más íntima de su ser, que es el espíritu, la vida divina comienza a tomar lugar, a establecer sus guarniciones en el alma del hombre, en sus pensamientos; por eso dice: *renovaos en el espíritu de vuestra mente.*

Una persona puede ser regenerada en su espíritu, pero sus pensamientos pueden estar aún vagando de aquí para allá, o sus emociones pueden ser inestables, suben y bajan, o su voluntad puede estar en contra de la dirección interna del Espíritu. Entonces, se necesita, no solamente ser regenerados, sino también ser renovados; traer nuestra alma, mente, pensamientos, emociones y voluntad, a la obediencia a Cristo; y esta es la renovación por el Espíritu Santo.

Por eso en Efesios 4:24 se nos hablaba también de vestirse del nuevo hombre. El nuevo hombre tiene su origen en la resurrección de Cristo, que viene, por el Espíritu de Cristo, a nuestro espíritu, en el nuevo nacimiento; pero tenemos que vestirnos del nuevo hombre; esa vida divina que nos ha sido provista, y que ya la tenemos de una vez por todas en nuestro espíritu, tiene que ir siendo aplicada a

nuestro hombre exterior; por eso es que se dice: “*vestíos del nuevo hombre*”.

Algo similar a esto escribe Pablo en la carta a los Romanos, y leemos en capítulo dos, en el verso dos: “*No os conforméis a este siglo, sino **transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento**, para que comprobéis cual sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*”.

En este pasaje vemos, pues, que se nos habla de la transformación por la renovación del entendimiento. Primeramente, por gracia, sin obras, por recibir al Señor, por la fe, somos regenerados; pero ese es el comienzo de la nueva vida; ahora, ese es el comienzo de una transformación paulatina, por una renovación del entendimiento; ahora la vida divina va compenetrándose dentro de nuestros pensamientos, los va dirigiendo, los va ordenando; y a nuestras emociones inestables, que suben y bajan, que se descontrolan, la vida divina las va controlando, las va trayendo a sujeción; y así el alma comienza a ser el transmisor de la recepción de la vida divina en el Espíritu, que pasando por el espíritu del hombre, comienza a abrirse paso en el alma del hombre, conformándolo a Cristo. Esta es, pues, también provisión de la resurrección de Cristo.

Recapitulación pro configuración.-

Recapitulando, como conviene, algunas de las provisiones de Dios para nosotros en la resurrección de Jesucristo, recordemos: la justificación, no solamente en el aspecto de ser perdonados y declarados inocentes, lo cual es una justificación posicional ante Dios, somos declarados justos delante de Dios porque Cristo ha pagado el precio por nosotros; sin embargo, la justificación también tiene otro aspecto: en Romanos se nos habla de que somos justificados por Su resurrección; de manera que hay un aspecto de la justificación relacionado a la resurrección; y es que como, Cristo fue hecho pecado por nosotros, nosotros también somos hechos justicia de Dios en Cristo, y Cristo en nosotros es nuestra justificación; Cristo puede estar en nosotros, gracias a que resucitó, ascendió y envió Su Espíritu; por eso Él puede estar en nosotros, haciéndonos justos también, ya no solamente en el sentido posicional ante Dios, sino en el sentido de nuestra misma disposición; dice que el nuevo hombre fue creado en la justicia y en la santidad de la verdad.

También, otro aspecto de la provisión de Dios es la santificación; hemos visto que la santificación tiene que ver con la muerte de Cristo, con la crucifixión, con la ofrenda de Su cuerpo, para ser santificados, en el sentido de ser separados para Dios de las cosas negativas, y ser comprados para Dios; pero, en el sentido positivo, la santificación también tiene que ver con la resurrección de Cristo, por la misma cosa y el mismo motivo que lo es la justificación.

Cristo está en nosotros resucitado, y por Su Espíritu, es nuestra santificación; no somos solamente separados de las cosas negativas, sino

que la naturaleza divina y santa de Dios, revelada en Cristo, es comunicada a nosotros por Su Espíritu. Entonces también hay un aspecto de la santificación que es Cristo en nosotros como nuestra santidad, como nuestra santificación, gracias a la resurrección de Cristo.

Justificación, santificación, también regeneración; la regeneración es el comienzo de una nueva creación en nuestro ser; es nuestra introducción al ámbito del reino de Dios, y de la naturaleza divina, con el nuevo nacimiento; esto ha sido conseguido también por la resurrección de Cristo.

Y en los últimos numerales recordábamos la renovación, que es la transmisión de la vida divina, que hemos recibido en la regeneración, al resto de nuestro ser; ir renovando nuestro ser.

Ahora, muy bien, llegamos a otro aspecto más de la renovación; esa renovación, y esa transformación, tienden a la configuración de los hijos de Dios a la imagen de Jesucristo; es decir: el sentido de la regeneración, y de la renovación, es desarrollarse hacia la configuración de Cristo en nosotros, y de nosotros a Cristo; eso lo podemos leer en Romanos, capítulo ocho, verso veintinueve: *“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para **que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo**, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”*.

Conformación a Cristo.-

La configuración del creyente a la imagen de Cristo, es solamente posible, gracias a la resurrección del Señor Jesús, a Su ascensión, y al envío de Su Espíritu, para regenerarnos, renovarnos, y yendo transformándonos hasta configurarnos a la Imagen del Hijo de Dios, hasta conformar a Cristo dentro de nosotros.

Si Cristo no hubiera resucitado, esto no sería posible; por eso era necesario que Cristo viniera, muriera y resucitara, para incluir una salvación completa; una salvación que incluye no solamente el perdón, sino que incluye también la liberación, la limpieza del pecado y de la mancha del pecado, la reconciliación con Dios, una plena salvación; eso, gracias a la cruz, y también la regeneración, la justificación, la santificación, la renovación y la configuración a la imagen de Cristo; hay otras cosas más, pero estamos deteniéndonos en la configuración a la imagen de Cristo.

Es muy importante comprender que nuestra salvación tiene un propósito. Dios no nos ha salvado para que seamos solamente creyentes salvados; es como si una persona comprara un montón de piedras, o de ladrillos, y los dejara amontonados en un lote; el propósito de esas piedras, y esos ladrillos, no es formar montones en lotes; la intención de Dios es edificar con ellos una casa.

Así es Dios con nosotros; él nos ha salvado con la intención de configurarnos a la imagen de su Hijo Jesucristo; es el verso que leíamos en el mensaje de la vez pasada, y que volvemos a leer en esta vez, porque es sumamente importante, porque determina el objetivo que Dios se ha puesto para con nosotros,

y que nosotros debemos también ponernos, en colaboración con el propósito de Dios.

Romanos ocho, verso veintinueve: “*A los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos*”. Esta configuración, esta conformación a la imagen de su Hijo Jesucristo, ya no tiene que ver solamente con el ámbito de nuestro espíritu, sino que tiene que ver con el resto de nuestro ser; la vida del Señor, que recibimos por la fe, gratuitamente, cuando recibimos al Señor, cuando Su sangre nos limpia, y cuando recibimos su Espíritu, entonces nos regenera, y nos va renovando, nos va transformando para ser configurados; ya no tiene que ver sólo con nuestro espíritu, sino con el resto de nuestro ser, con el resto de nuestras disposiciones, con nuestros pensamientos, emociones y sentimientos, con nuestra voluntad, nuestras decisiones, como lo hemos estado repitiendo insistentemente en numerales pasados. Esta es ahora el alma; el alma tiene que ser ganada para el Señor; el espíritu es regenerado en un instante, en cambio el alma tiene que ser renovada durante toda la vida; toda la vida debe someterse nuestra alma a la renovación por el Espíritu de Cristo.

De esa manera somos configurados, y Cristo se va formando en nosotros; la intención de Dios es formar a Cristo en nosotros; Pablo hablaba, no solamente de que Cristo fuese revelado a nosotros, ni de que Cristo solamente morara en nosotros, sino de que Cristo fuese formado en nosotros, lo cual consideraremos un poco mas lentamente en numerales sucesivos, Dios mediante.

Vivificación y glorificación del cuerpo.-

Cuando en numerales anteriores consideramos el capítulo de la antropología cristiana, estuvimos viendo dentro de ella, la constitución tripartita del hombre en espíritu, en alma y en cuerpo. Luego, posteriormente, en otros numerales, consideramos también panorámicamente el capítulo de la hamartiología, el tratado del pecado; como la caída del hombre afectó al hombre en su espíritu, matándolo, en su alma, independizándola de Dios y convirtiéndola en el ego, y en el cuerpo, el cual llegó a ser carne, operando en él la ley del pecado y de la muerte.

Entonces, vimos como el Señor se hizo hombre, y entramos en el capítulo de la cristología y de la soteriología, la encarnación del Verbo de Dios para salvarnos, para llevar a la humanidad a plena realización, muriendo para destruir lo negativo, y resucitando para introducir lo nuevo, la nueva creación, lo positivo.

Pues, muy bien; en la obra de Dios, para salvarnos plenamente, está el perdón de los pecados, está la liberación del pecado, está la reconciliación con Dios, la limpieza de la mancha del pecado, la justificación, la santificación, la regeneración; eso tiene que ver con nuestro espíritu; y eso es para que el hombre sea liberado del juicio eterno, y para que tenga un nuevo comienzo, el cual es la regeneración; la regeneración tiene que ver, entonces, con la recuperación del espíritu del hombre.

Ahora bien, la renovación, la transformación y la configuración a la imagen de Cristo, que hemos estado viendo también, se refieren principalmente al tratamiento de Dios, ya no sólo con el espíritu del hombre, sino también con el alma del hombre, puesto

que la caída del hombre afectó el espíritu, el alma y el cuerpo del hombre; entonces también la provisión de la gran salvación de Dios tiene que llegar al espíritu, al alma y al cuerpo del hombre.

Ahora llegamos, entonces, a ese tercer estadio: la salvación alcanzando también el cuerpo del hombre; no solamente el espíritu, ni solamente el alma, sino también el cuerpo del hombre. Primeramente, aún en esta vida, antes de ser transformados, y luego, siendo transformados a Su imagen y semejanza.

Vamos a leer un versículo en Romanos, en el capítulo ocho, y vamos a leer allí donde nos dice el verso treinta; en el veintinueve nos hablaba de la configuración a la imagen de Cristo; en el verso treinta se nos habla lo siguiente: *“a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó”*.

Aquí hay una expresión muy interesante; la expresión “glorificó”; ni siquiera dice “nos glorificará”; en Cristo Jesús, la humanidad ha sido glorificada; y ahora, al recibir a Cristo, y al asimilar a Cristo, vamos aplicando la naturaleza divina, y las victorias de Cristo, el suministro del Espíritu de Jesucristo, a nuestro espíritu, a nuestra alma y también a nuestro cuerpo; y como Cristo resucitó corporalmente, y fue glorificado, en Su glorificación la humanidad fue glorificada; y si el Espíritu de Aquel que levantó de los muertos a Jesús, mora en nosotros, también vivificará nuestros cuerpos mortales por su Espíritu.

Seguiremos en esta tónica, Dios mediante, en numerales sucesivos.

La Vida de Jesús manifiesta en nuestros cuerpos mortales.-

En la serie de numerales pasados, hemos alcanzado el estadio de la consideración de la aplicación de la gran salvación de Dios también al cuerpo del hombre; hemos considerado la salvación aplicada al espíritu del hombre en la regeneración, y al alma del hombre en la renovación y transformación y configuración paulatina a la imagen de Cristo, y ahora hemos llegado también a la aplicación de la gran provisión de Dios en la resurrección de Cristo a nuestros cuerpos; y estamos viendo dos aspectos: un aspecto, aplicar las victorias de Cristo a favor de nuestro cuerpo, aún antes de que nuestro cuerpo sea transformado y resucitado en la venida del Señor; y también, el segundo aspecto, que es la transformación y resurrección de nuestros cuerpos.

Con respecto al primer aspecto, la aplicación de las victorias de Cristo, por Su Espíritu, a nuestros cuerpos mortales, lo estábamos leyendo la vez pasada, citando a Romanos, capítulo ocho, que volvemos a citar ahora en este numeral, según el versículo once; *“Si el Espíritu de Aquel que levantó de los muertos a Jesús, mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús **vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en nosotros**”*.

Notamos que aquí se nos habla de la vivificación de nuestros cuerpos mortales, por el Espíritu del Cristo resucitado; el Espíritu de Aquel que levantó de los muertos a Jesús, transmite la resurrección de Cristo también a nuestros cuerpos, vivificándolos.

Hay una relación entre el espíritu, el alma y el cuerpo; la palabra del Señor dice que “*el espíritu abatido seca los huesos*”, el espíritu triste afecta los huesos; en cambio, dice que *el espíritu alegre hermosea el rostro*. Lo que pasa en el espíritu, pasa también a través del alma, y se manifiesta en el cuerpo; por eso es que hay una vivificación de los cuerpos mortales; claro que esto tendrá su plena expresión en la glorificación, cuando seamos transformados en cuerpo a la imagen de Cristo; sin embargo, aun antes de eso, ya recibimos beneficios en nuestros cuerpos; podemos ser sanados de las enfermedades, ser curados de nuestras dolencias, porque Él es Yahveh-Rafah, Él es Yahveh nuestro Sanador, porque por Sus llagas fuimos curados; nuestros cuerpo también reciben el beneficio de la gran salvación de Dios, en la cruz y en la resurrección de Jesucristo.

Leemos un pasaje en la segunda carta de Pablo a los corintios, en el capítulo cuatro, en el versículo diez, donde nos dice así el apóstol: “*llevando en el cuerpo siempre, por todas partes, la muerte de Jesús, para que también **la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos**. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para **que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal**”.*

Noten este pasaje: la vida de Jesús manifiesta e nuestra carne mortal, la vida de Jesús manifiesta en nuestros cuerpos. Por eso decía Pablo a los Tesalonicenses, primera, 5:23: “*El mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y **cuerpo**, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo*”.

Adopción, transformación, resurrección y glorificación de nuestros cuerpos.-

Continuamos, por la misericordia de Dios, considerando en este numeral algunos de los versos que se refieren a la salvación de nuestros cuerpos; así como hay una regeneración del espíritu, como hay una renovación del entendimiento, que corresponde al ámbito del alma, así también hay una vivificación de nuestros cuerpos mortales; hay, pues, también una adopción o redención de nuestro cuerpo, una redención completa de nuestro cuerpo; una redención es una recuperación total del hombre, incluida la aplicación de la vida divina al cuerpo del hombre en Cristo Jesús.

Cristo fue glorificado para nosotros; por eso nosotros, en El, somos declarados también glorificados por Romanos ocho, versículo treinta, donde dice: "*a estos glorificó*"; gracias a lo que Dios hizo en Cristo para nosotros, se puede decir que Cristo nos glorificó; no vemos nuestros cuerpos glorificados en este momento, pero si vemos a Cristo glorificado formándose en nosotros, y llevándonos también a nuestra glorificación; el Señor dijo: *el que me come, él vivirá por mí*; dijo: *el que no come mi carne y bebe mi sangre, no tiene vida, pero el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo le resucitaré en el día postrero*.

Nosotros, que creemos en Cristo, en espíritu ya estamos resucitados con Cristo, estamos asentados con Cristo en lugares celestiales, y desde el espíritu estamos transmitiéndolo; Él está haciendo eso en nuestras almas, y también en nuestros cuerpos; pero además, habrá un momento especial, un momento de culminación de esta operación de recuperación

de Dios, para con el hombre; esta plena salvación, nos dice Romanos, capítulo ocho, versículo veintitrés: *“no sólo la creación, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo”*.

Esa es la adopción; en Cristo tenemos regeneración, tenemos renovación, tenemos configuración a la imagen de Cristo, transformación, y tenemos también adopción de nuestros cuerpos. Eso es lo que nos dice la primera a los Corintios, en el capítulo quince, versículo cincuenta: *“Esto digo hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: no todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria”*.

Algo similar, y más resumido, decía Pablo a los Filipenses, capítulo tres, versos veinte y veintiuno: *“Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.”*

Por eso decía Juan, en su primera carta, 3:2: *“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal y como él es”*.

(97)

Ekklessía.-

Hemos venido considerando las provisiones de Dios para nosotros en Cristo Jesús, en Su crucifixión y en Su resurrección; y hemos visto un aspecto principalmente: el aspecto de estas provisiones en relación al individuo creyente; sin embargo, debemos también tener en cuenta que las provisiones de Dios en su Hijo Jesucristo para nosotros, en Su crucifixión, en Su resurrección, en Su ascensión, y en el envío de su Espíritu, y en su mediación, no son solamente para el individuo, sino también para el cuerpo de Cristo. Sí, la provisión de Dios en Cristo no es sólo para el individuo, sino también para el cuerpo de Cristo, la Iglesia, en su sentido más universal.

La resurrección del Señor Jesús dio origen, no solamente a la regeneración de los hijos de Dios, sino a la formación del cuerpo de Cristo, un solo y nuevo hombre. Aquí se nos abre la puerta de un nuevo tema, de un nuevo capítulo importantísimo dentro del plan de Dios: el capítulo de la eclesiología, de la raíz "*Ekklessía*", que quiere decir: Iglesia; o sea, la asamblea llamada a salir fuera del mundo para el Señor; eclesiología es el tratado acerca de la Iglesia, la naturaleza de la Iglesia, el propósito eterno de Dios en relación a la Iglesia, su aspecto universal, su aspecto local, su administración, etc.

Todas estas cosas corresponden al capítulo de la eclesiología; así que la eclesiología es necesariamente una consecuencia de la soteriología, o sea, de la salvación. El individuo no solamente es salvado en su vida individual, sino que es salvado de su individualismo, y de su egoísmo, paulatinamente; y es introducido en una comunión espiritual; por eso se habla también de la unidad

del Espíritu, y más adelante, de la unanimidad, que ya no es sólo unidad en Espíritu, sino unanimidad en el plano de nuestras almas, de nuestras mentes, de nuestros entendimientos, de nuestro sentir, de nuestro hablar, de nuestro pensar.

Son cosas que, Dios mediante, deben considerarse más adelante. Pero debemos tener presente, por lo menos en este numeral, que la resurrección de Cristo no solamente nos da provisiones para la salvación individual. Nunca ha sido el plan de Dios que la salvación culmine solamente en el individuo; la salvación del individuo es su reclutamiento para una edificación de Dios; esa edificación es el cuerpo de Cristo, es la casa de Dios; y también en la crucifixión, y en la resurrección de Jesucristo, y en Su ascensión, y en el envío de Su Espíritu, y en Su mediación, está el propósito de Dios de edificar Su casa.

Claro está que tiene que haber primeramente un proceso en el individuo; y ese proceso en el individuo lo va acomodando armónicamente en la comunión del cuerpo de Cristo, en la medida en que el individuo vea lo que le ha sido provisto en el Espíritu, lo viva en espíritu, y lo aplique a su alma; entonces comienzan a renovarse las relaciones interpersonales de los regenerados, de los hijos de Dios, y comienza a formarse el ambiente normal de la Iglesia.

Hay, pues, provisión de Dios para el individuo y para el cuerpo de Cristo.

Cristo magnificado en el cuerpo.-

Antes de considerar el importantísimo capítulo de la eclesiología dentro del consejo de Dios, debemos hacer un resumen preparatorio, basado en algunos versos de la carta a los Gálatas, de este proceso de salvación, que el Señor ha hecho y sigue haciendo con nosotros.

En la carta a los Gálatas, en el capítulo uno, en el verso diez y seis, Pablo habla de Dios revelar a su Hijo en él. Este es un primer aspecto de la salvación, Cristo revelado en nosotros; sin embargo, como lo estamos sosteniendo, eso no es el todo; en el capítulo dos, en el versículo veinte, el apóstol dice: *con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*. Entonces, ya no solamente Cristo le es revelado a la persona, y no solamente Cristo murió por cada uno, sino que ahora nosotros morimos con Cristo, y ahora Cristo vive también en nosotros, y nosotros vivimos en Cristo; esto es ya algo más avanzado; primero era Cristo revelado en nosotros, pero ahora es Cristo morando en nosotros, y nosotros muriendo con Cristo, y viviendo por la fe del Hijo de Dios.

Pero en el capítulo cuatro ya encontramos algo más avanzado todavía; Gálatas cuatro, versículos diez y nueve y veinte: *“Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros.”*

“Quisiera estar con vosotros ahora mismo y cambiar de tono, pues estoy perplejo en cuanto a vosotros”.

La perplejidad de Pablo no era por la salvación de ellos; ellos ya eran salvos, ya habían sido perdonados, ya habían sido regenerados, ya Cristo

moraba en ellos; pero Pablo seguía trabajando, seguía con dolores de parto, porque él quería que Cristo fuera formado también en ellos.

Hemos estado hablando del perdón, de la liberación, de la limpieza, de la justificación, de la santificación, de la regeneración, de la renovación y de la configuración a la imagen de Cristo; o sea, Cristo revelado en nosotros, Cristo morando en nosotros, y también Cristo formado en nosotros; esto corresponde a la configuración de Cristo en el creyente.

Ahora bien, en la carta a los filipenses, en el capítulo uno, en el versículo 20, dice así: “*Conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será **magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte***”.

Aquí Pablo da un paso más adelante; nos habla de Cristo magnificado en nuestros cuerpos; Cristo revelado en nosotros, Cristo viviendo en nosotros, Cristo formado en nosotros, y Cristo magnificado en nuestros cuerpos.

Magnificar quiere decir engrandecer; o sea que nosotros debemos darle lugar a Cristo, para que El se abra paso desde el interior de nuestro ser, donde El mora, porque le hemos recibido, y se vaya imprimiendo en nuestras almas, y en nuestros cuerpos mortales, y sea magnificado en nuestros cuerpos hasta el día de la completa redención.

Esto es en relación al individuo, pero continúa la provisión en relación al cuerpo de Cristo.

Colofón.-

Las piedras vivas, que son los santos redimidos, constituyen el material de la Casa espiritual de Dios, que es la edificación que el Hijo de David le hace al Padre.

A su vez, la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, en su sentido más universal, y que debe expresarse en cada población, como un candelero para iluminar la ciudad con la luz de Dios, que es Cristo, la Iglesia, pues, es la base para el reino de Dios. Así que a la eclesiología le sigue la escatología, que es la que detalla el futuro del propósito eterno de Dios.

La edificación de Dios, tiene, pues, ese sentido perenne. Todos los asuntos de la Palabra de Dios, se reúnen como capítulos de Un solo consejo divino, y un solo buen depósito, que edifican y encaminan la edificación de la economía divina de la plenitud de los tiempos.

Esta breve panorámica resumidísima introductoria a la edificación, que constituye esta serie, busca simplemente animar a entrar por esta amplia puerta. No se pretende abarcarlo todo, sino simplemente convidar a mirar por la ventana, para que todo aquel que haya sido llamado, por la polinización de la exposición de la palabra de Dios, conciba, madure y dé fruto para Dios y Su pueblo.

Los asuntos subsiguientes, que atañen a la eclesiología y a la escatología, dentro del marco unitario de la cosmovisión cristiana, son abordados por este autor en otras series y otros libros. Además, son asuntos que pertenecen al patrimonio general y universal del pueblo de Dios, accesibles en innumerables fuentes.

Bibliografía de “Edificación”

(Esta bibliografía NO significa que el autor esté de acuerdo en todo con los citados)

- Agustín de Hipona, *Sobre la Santa Trinidad*.
Ángela de Foligno, *Libro de la vida*.
Anselmo de Canterbury, *Porqué Dios se hizo hombre*.
Atanasio de Alejandría, *La encarnación del Verbo*.
Luis Berkhof, *Historia de las doctrinas cristianas*.
-----, *Teología sistemática*.
G. C. Berkouwer, *Estudios de Dogmática*.
Henry Bettenson, *Documentos de la Iglesia Cristiana*.
William Marrion Branham, *El misterio de Cristo revelado*.
E. H. Broadbent, *La Iglesia peregrina*.
Cirilo de Alejandría, *¿Por qué Cristo es Uno?*
Juan de la Cruz, *Obras completas*.
Lewis Sperry Chafer, *Teología sistemática*.
Henry Denzinger, *Enchiridion Symbolorum*.
Oscar Galdona, *La necesidad de revelación*.
Justo L. Gonzáles, *Historia del Cristianismo*.
-----, *Historia del pensamiento cristiano*.
Robert Govett, *Estudios sobre el Reino*.
José Grau, *El fundamento apostólico*.
Madame Guyon, *Autobiografía*.
-----, *Las justificativas*.
-----, *Torrentes espirituales*.
-----, *Un método breve de oración*.
Hilario de Poitiers, *La Trinidad*.
Gino Iafrancesco V., *Aproximación a Crónicas*.
-----, *Aproximación al Apocalipsis*.
-----, *Calvario y Pentecostés*.
-----, *Divinidad de Cristo*.

- , *Edificando a la Iglesia.*
 -----, *El templo de Dios.*
 -----, *Epignosis.*
 -----, *Frente a la caída.*
 -----, *Fundamentos.*
 -----, *Hacia el centro.*
 -----, *Introducción a la teología*
general.
 -----, *Isagogia Jacobea.*
 -----, *La administración apostólica de*
los misterios de Dios.
 -----, *La casa y el sacerdocio.*
 -----, *Opúsculo de cristología.*
 -----, *Provisiones de la Cruz.*
 -----, *Tres centralidades*
concéntricas, parte I.
 -----, *Una lectura de Efesios.*
 Ireneo de Lyon, *Epideixis.*
 H. Jedin, *Manual de historia de la Iglesia.*
 Stephen Kaung, *La Cruz.*
 J. N. D. Kelly, *Primitivos credos cristianos.*
 Kenneth Scott Latourette, *Historia del Cristianismo.*
 Witness Lee, *Conocimiento de vida.*
 -----, *El Cristo todo inclusivo.*
 -----, *El espíritu del hombre.*
 -----, *La Economía de Dios.*
 -----, *La experiencia de vida.*
 Martín Lutero, *Comentario a Gálatas.*
 -----, *Comentario a Romanos.*
 Martin Lloyd-Jones, *Unidad cristiana.*
 -----, *¿Qué es la Iglesia?*
 Charles McKintosh, *Estudios sobre el Pentateuco.*
 W. S. Moule, *Las ofrendas hechas semejantes*
al Hijo de Dios.
 Andrew Murray, *El Espíritu de Cristo.*
 -----, *Permaneced en Cristo.*
 Watchman Nee, *Autoridad espiritual.*
 -----, *Conocimiento espiritual.*
 -----, *El hombre espiritual.*
 -----, *Espíritu de sabiduría y de revelación.*

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- 🏠 CAMINANTE
- 🏠 INSTANCIAS
- 🏠 AFORISMOS Y REFLEXIONES
- 🏠 TRATADILLOS
- 🏠 PERSPECTIVA DEL HOMBRE
- 🏠 ASUNTOS ECLESIASTICOS
- 🏠 ENCARANDO ASPECTOS BRANHAMITAS
- 🏠 OPÚSCULO DE CRISTOLOGÍA
- 🏠 ROMA EN LA PROFECÍA DE DANIEL
- 🏠 FUNDAMENTOS
- 🏠 HECHOS EN LA CIENCIA Y LA CULTURA
- 🏠 ¿QUÉ DE LA NOCHE?
- 🏠 PRINCIPIOS DE DERECHO TRASCENDENTAL
- 🏠 EDIFICACIÓN
- 🏠 LUZ Y CANDELERO
- 🏠 FOLIA CRISTIANA
- 🏠 TROZOS DE REALIDAD
- 🏠 APROXIMACIÓN A CRÓNICAS
- 🏠 HACIA LA INTEGRALIDAD
- 🏠 ARGUMENTOS TEOLÓGICOS, EPISTEMOLOGÍA, ÉTICA Y EXISTENCIA
- 🏠 LA CONSTANTE 5 NUMERONAL
- 🏠 DE LOS TEXTOS
- 🏠 BREVIARIO POLÍTICO
- 🏠 INTRODUCCIÓN A LA TEOLOGÍA GENERAL
- 🏠 ODRE NUEVO PARA VINO NUEVO
- 🏠 LA ADMINISTRACIÓN APOSTÓLICA DE LOS MISTERIOS DE DIOS
- 🏠 EDIFICANDO A LA IGLESIA
- 🏠 FRENTE A LA CAÍDA
- 🏠 PROVISIONES DE LA CRUZ
- 🏠 HACIA EL CENTRO
- 🏠 LA CASA Y EL SACERDOCIO
- 🏠 RELACIONES
- 🏠 MYRIAM
- 🏠 MENSAJES VARIOS EN COLOMBIA

- 🏛️ RIOGRACIA
- 🏛️ ACERCA DE LA IGLESIA
- 🏛️ TERREMOTO MUNDIAL
- 🏛️ ACERCA DE LA OBRA
- 🏛️ MINISTERIO EN AMAMBAY
- 🏛️ EPIGNOSIS
- 🏛️ LA OBRA DEL MINISTERIO
- 🏛️ ELEMENTOS PARA LA CENTRALIDAD E INCLUSIVIDAD EN LA IGLESIA
- 🏛️ PROLEGÓMENOS
- 🏛️ ISAGOGIA JACOBEO
- 🏛️ MINISTERIO EN EL CARIBE
- 🏛️ TODAVÍA UN POCO
- 🏛️ MINISTERIO EN BRASIL
- 🏛️ EL TEMPLO DE DIOS
- 🏛️ TRES CENTRALIDADES CONCÉNTRICAS
- 🏛️ SEFER GITAIM
- 🏛️ LA NORMALIDAD DE UNA IGLESIA BÍBLICA
- 🏛️ LOS PEQUEÑOS LIBROS
- 🏛️ MINISTERIO EN VILLAVICENCIO
- 🏛️ EL TRIPLE TESTIMONIO DE DIOS
- 🏛️ EPIFANÍA SÉPTUPLE
- 🏛️ EL LIBRO DE LAS JORNADAS
- 🏛️ PLATICAS EN LAS REUNIONES UNIDAS
- 🏛️ INFORMES DE VIAJES
- 🏛️ CUADERNOS
- 🏛️ EPISTOLARIO
- 🏛️ CANCIONES
- 🏛️ PERSPECTIVA ESCATOLÓGICA
- 🏛️ APROXIMACIÓN AL APOCALIPSIS
- 🏛️ EDIFICACIÓN Y GUERRA
- 🏛️ MINISTERIO EN CHILE
- 🏛️ LOS MISTERIOS DEL REINO DE LOS CIELOS EN LAS PARÁBOLAS DEL SEÑOR JESUCRISTO
- 🏛️ LA DIVINIDAD DE CRISTO
- 🏛️ CALVARIO Y PENTECOSTES
- 🏛️ UNA LECTURA DE EFESIOS
- 🏛️ UNA LECTURA DE APOCALIPSIS
- 🏛️ EL RETORNO DE ISRAEL

BLOGS DEL AUTOR

<http://cristianogiv.zoomblog.com>
Libros, ensayos y artículos.

<http://giv.zoomblog.com>
Caminante

<http://exegiv.zoomblog.com>
Escritos Exegéticos

<http://filosofiagiv.zoomblog.com>
Escritos Filosóficos

<http://poemasgiv.zoomblog.com>
Escritos Poéticos

<http://232.bloghispano.org>
Escritos Políticos

<http://azoteagiv.blogspot.com>
Azotea

<http://kdln-giv.blogspot.com>
¿Qué de la noche?

<http://hcc-giv.blogspot.com>
Hechos en la Ciencia y la Cultura

<http://www.blogextremo.com/giv>
Voz

<http://mensajesgiv.blogspot.com>
Mensajes

<http://cristianogiv.newsvine.com>
Notificaciones

<http://es.netlog.com/giv1>
En varios idiomas

<http://cristiano.kupass.com>
Una puerta abierta

<http://myspace.com/giv51>

Espacio, lugar y tiempo para ver

<http://giv888.blogbee.com>

Atril

<http://blogs.diariovasco.com/index.php/presencia>

Presencia

<http://blog.iespana.es/ginoiafrancescov>

Ventana

<http://blog.iespana.es/ginetoib.eleazar>

Compilación

<http://mipagina.univision.com/cristianogiv>

Visión

<http://videosgiv.blogspot.com>

Relación de videos

<http://giv1.unblog.fr>

Paisaje

<http://www.librodearena.com/giv>

Libro de arena

http://realtravel.com/member-m3149568-gino_iafrancesco_v.html

Viajes

<http://opusgiv.blog.dada.net>

LLamado

<http://www.flodeo.com/giv>

Fotos ilustrativas

<http://giv.es.tl>

Web.giv

<http://giv1.blogcindario.com>

Prójimo

<http://giv888.blog.co.uk>
Presente

<http://giv1.blogia.com>
Umbral

<http://giv1.obolog.com>
Trompeta

<http://del.icio.us/giv1>
Videos em português

Esta 1^a edición del libro:
“**EDIFICACIÓN**”,
de Gino Iafrancesco V.,
se terminó de imprimir en junio de 2008
en los talleres de Dupligráficas Ltda.
Calle 18 sur No. 5-70 Bogotá, Colombia

